



Notas sobre la autoría del *Lazarillo*

José Luis Madrigal
Graduate Center (CUNY)

RESUMEN:

Este artículo propone un nuevo enfoque en los estudios de atribución —y, más en particular, en la autoría del *Lazarillo*— mediante el empleo de métodos cuantificadores procedentes de la estilometría, pero sin ignorar en ningún momento el tradicional análisis comparativo de paralelismos verbales y temáticos. Los múltiples cotejos llevados a cabo en el inmenso corpus que nos proporciona la red y en un corpus tan especializado como CORDE (Corpus Diacrónico del Español) ponen de manifiesto que los documentos que surgen de una misma fuente tienden a compartir series de palabras y frases sin apenas correspondencia con otros textos, mientras que todos los experimentos realizados con las dos partes del *Lazarillo* parecen indicar que el texto que más se acerca a su repertorio verbal es *Coloquios de Palatino y Pinciano* del jurista Juan Arce de Otálora.

ABSTRACT:

This article lays out the foundation for a new approach in attribution studies and *Lazarillo's* authorship by combining quantification methods along with a more traditional literary analysis. With the help of a search engine like Google and a very specialized corpus of Spanish texts such as CORDE (Corpus Diacrónico del Español), it is established that documents originated from a same source tend to share sets of words and word strings with few or no matches with the rest of documents, while all tests carried out with CORDE point to *Coloquios de Palatino y Pinciano* by Juan Arce de Otálora as the text with the closest verbal repertoire to both the First and Second part of *Lazarillo de Tormes*.

Más de una vez he sospechado que el autor del *Lazarillo* representaba para mí algo así como lo que es Moby-Dick para el capitán Ahab; otras, cuando creía haberlo capturado, me he sentido como el viejo en la historia de Hemingway, inerme entre los tiburones. En momentos de mayor desánimo he renegado de la búsqueda y, como otros, he pensado que era una tarea inútil, incluso absurda. ¿Por qué afanarse en buscar, entre cientos de nombres, el nombre del autor del *Lazarillo*? ¿Y qué más da un nombre que otro? ¿Mejoraría

el *Lazarillo* por ello? Afortunadamente ni éstas ni parecidas dudas han podido paliar mi curiosidad o corroer la certeza de que el *Lazarillo* lo escribió alguien allá en la mitad del siglo XVI. Y así cuando me han cuestionado la tarea de buscar el autor del *Lazarillo*, he contestado lo mismo que George Mallory cuando le preguntaron por qué intentaba escalar el Everest: lo intento *porque está allí*.

*

Sí, ¿pero dónde está el autor del *Lazarillo*? La ballena blanca del capitán Ahab o la cima del Everest apenas se dejan ver, pero nadie duda de su ominosa presencia. El autor del *Lazarillo*, en cambio, se caracteriza por su completa invisibilidad. ¿Cómo puedo decir entonces que el autor «está allí»? ¿Dónde? ¿En algún documento notarial, entre los legajos de un descendiente, en un remoto *illo tempore* que ya nunca volverá? Si el autor es de por sí el gran ausente, si todo autor no deja tras de sí más que un nombre y, si acaso, algunos datos biográficos, ¿cómo puedo decir que el autor de una obra anónima *está allí*? ¿Dónde está ese *allí*? Pues lo diré: el *allí* de un autor está en el conjunto de palabras y frases que forma su obra, como todo sujeto está en el conjunto de sus predicados.

*

Si digo «*x* cruzó el Rubicón y conquistó las Galias», *x* tiene que ser Julio César, ya que sólo Julio César realizó estas dos acciones, de igual modo que las frases «*Gallia est omnis divisa in partes tres*» o «*veni, vidi, vinci*» están asociadas irrevocablemente a Julio César, así como el nombre de Julio César está irrevocablemente asociado a las clases de latín que yo tomé en el ya lejano bachillerato.

*

Esta sencilla reflexión me lleva a pensar que ninguna frase empleada por mí es aleatoria, sino que, muy al contrario, está sujeta a las contingencias de la memoria. Borges imaginó una biblioteca universal compuesta de innumerables libros, todos del mismo tamaño, cada uno de los cuales encerraba una azarosa combinación de letras: libros y más libros con todas las posibles combinaciones del alfabeto extendidas a lo largo y ancho de idénticas salas que se perdían en pasillos infinitos. En potencia todos los libros estaban allí —los escritos y los no escritos, los legibles y los ilegibles—, pero en esa vasta inmensidad de galerías lo difícil, por no decir imposible, era encontrar un libro no ya sólo legible, sino con algún renglón o frase que tuviera algún sentido. Con ironía, el narrador del informe refiere que años atrás su padre había leído, en la penúltima página de uno de los innumerables libros existentes en la biblioteca, la frase «*Oh tiempo tus pirámides*» incrustada en un «*laberinto de letras*».¹ Sin duda, dentro de una biblioteca universal e infinita, la secuencia «*Oh tiempo tus pirámides*» no pertenece a nadie y aparecerá de manera recurrente en infinidad de otros textos, sea en una versión casi literal de *La Eneida* o en una traducción al vascuence llena de erratas, pero en nuestro mundo particular y finito tal frase remite de manera inevitable y casi fatal a Jorge Luis Borges. Veamos de qué manera.

*

La Red (llamada Web en inglés) es un hipertexto electrónico que contiene millones y millones de páginas con los más variados textos e imágenes; su volumen aumenta a diario en una progresión tal que no es impensable conjeturar que en un tiempo no muy lejano

1.- «La biblioteca de Babel», en *Ficciones*, Alianza, Madrid, 1977, p. 88.

la casi totalidad de lo escrito estará encerrada en su telaraña informática. Sin embargo, a diferencia de la biblioteca universal de Borges, la Red nunca es ni puede ser total, sino un espacio finito en el cual cada libro, cada página y hasta cada frase ocupa un lugar exclusivo accesible al lector de manera instantánea. En la infinita y descatalogada biblioteca de Borges «Oh tiempo tus pirámides» está en todos los libros y en ninguno, pero en la Red basta un segundo para comprobar a través de un buscador como Google que «Oh tiempo tus pirámides», o su más cercana versión, «¡Oh, Tiempo! tus efímeras pirámides», sólo se lee en «La biblioteca de Babel», en un poema escrito en 1942 por el propio Borges² y en estudios y documentos que hacen referencia a estos dos textos borgianos. En uno de ellos, por cierto, Borges nos informa que la frase procede del Soneto 123 de Shakespeare, que empieza «No *Time*, thou shalt not boast that I do change *Thy pyramids* built up with new might», y en otro comenta que el referido soneto alude «a la doctrina del tiempo circular, que profesaron los pitagóricos y los estoicos y que San Agustín refutó».³ La interpretación del soneto no parece original, pero sí el uso, la intención y, sobre todo, la acuñación de la frase «Oh, tiempo, tus pirámides», inextricablemente unida al hombre Borges, como su ADN o sus huellas dactilares.

*

El hombre Borges, he dicho. En un famoso y breve texto, «Borges y yo»,⁴ el escritor argentino se desdoblaba, como el Dr. Jekyll y Mr Hyde, entre el autor público que escribe, publica y aparece en «un diccionario biográfico» y el hombre privado que vive, o se deja vivir, para que el otro, el autor, trame una literatura encaminada a justificar una existencia, aunque el Borges de carne y hueso añada, con cierta resignación, que ninguna página, por buena que sea, puede salvarle, «porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición». El eco del aserto nos resulta familiar. Es, con variantes, la tesis sostenida por buena parte de la modernidad en relación con la autoría. Algo parecido leemos en Mallarmé, en Eliot, en Heidegger, en la Nueva Crítica americana; ésta es, aunque ya de manera radical, la tesis sobre la impersonalidad de todo texto defendida por Barthes cuando en «La muerte del autor» afirmaba que nunca podemos saber en realidad quién habla en un texto determinado: «le texte est un tissu de citations, issues des mille foyers de la culture».⁵

*

Barthes lo ilustraba con un pasaje del cuento *Sarrasine* de Balzac en el cual se compara al protagonista de la historia, el castrado Zambinella, con una mujer:

C'était la femme avec ses peurs soudaines, ses caprices sans raison, ses troubles instinctifs, ses audaces sans causes, ses bravades et sa délicate finesse de sentiment.

¿Quién habla así?, se preguntaba Barthes. ¿Es el héroe de la historia? ¿Es Balzac el hombre, que expone su teoría sobre la mujer? ¿Es acaso Balzac el autor, quien se acoge a

2.- «...cuando el juicio retumbe en las trompetas Últimas y el planeta milenario Sea obliterado y bruscamente cesen ¡Oh Tiempo! tus efímeras pirámides, Los colores y líneas del pasado Definirán en la tiniebla un rostro Durmiente, inmóvil, fiel, inalterable...» Jorge Luis Borges, «Del infierno y del Cielo» en *Obra poética* (1923-1964), Buenos Aires, Emecé Editores, pp. 147-148.

3.- J. L. Borges, *La poesía de William Shakespeare* [<http://br.geocities.com/rogelsamuel/borges.html>] (2.10.07)

4.- Borges, *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, p. 50.

5.- Roland Barthes, «La mort de l'auteur» en *Le Bruissement de la langue. Essais critiques IV*, Paris, 1984, p. 65.

las ideas literarias sobre la feminidad? ¿Es la sabiduría universal? ¿Es la psicología romántica? Nunca lo sabremos:

pour la bonne raison que l'écriture est destruction de toute voix, de toute origine. L'écriture, c'est ce neutre, ce composite, cet oblique où fuit notre sujet, le noir-et-blanc où vient se perdre toute identité, à commencer par celle-là même du corps qui écrit.

*

La deshumanización que se advierte en esta proclama tiene algo de espeluznante. Reparemos: la escritura, especie de baba deletérea, destruye toda voz, borra cualquier origen, absorbe toda identidad. No hay en el texto una voz personal, sino una pluralidad de ecos que el lector oye e interpreta a su manera. El autor muere a fin de que el lector goce de completa autonomía. Balzac no habla; habla, más bien, la lengua, y, más allá, el lector —o el crítico— a modo de ventríloquo. Foucault, poco después, matizaría la posición de su colega y en un estudio seminal⁶ hablaría del autor como de una «función» que sirve para archivar textos en torno a un nombre propio, además de delimitar la proliferación del significado. El autor sería de este modo una etiqueta cultural, una firma legal y, en último término, un fundador de discursos, como Marx, como Freud o como él mismo. En cuanto al autor visto como artífice o hacedor de textos, eso apenas parece interesarle a Foucault, como tampoco le interesa su individualidad. De hecho, su estudio concluye con el deseo de que algún día sea del todo indiferente saber quién habla o quién escribe.

*

Es un hecho que la modernidad ha recelado del individuo, probablemente por su herencia romántica. Me explico. El romántico exalta la individualidad y, a la vez, es plenamente consciente de su condición falible y efímera. El romántico alza el cuello, alza la voz, se alza incluso en armas, pero nada de eso le hace perder el sentimiento trágico de su finitud. Cuanto más individual, más mortal se siente. De ahí que desde Schopenhauer se hayan buscado distintas estrategias para salirse de las coordenadas espacio-temporales que individualizan al ser en un *aquí y ahora* doloroso y fugaz. Entre esas estrategias, quizá la más común —al menos entre los artistas— es fundir el sujeto singular en un predicado universal que lo trascienda.

*

Barthes en su personalísima interpretación de *Sarrasine*⁷ insiste en que el motivo recurrente a lo largo del relato es la ambigüedad social, sexual, literaria, gramatical y hasta interpretativa que el texto genera en el lector. Su método de trabajo, que consiste en escoliar renglón a renglón todo el cuento, evita por principio cualquier comparación textual, pero en un momento de su análisis no tiene más remedio que acordarse de otra obra de Balzac, *La chef-d'oeuvre inconnue*, para señalar las obvias semejanzas entre el pintor Frenhofer y el escultor Sarrasine⁸. Aquí no parece haber ninguna ambigüedad. Igual que en el mito de Pigmalión, los dos artistas se sienten arrastrados por un deseo malsano de poseer, cada

6.- «Qu'est-ce qu'un auteur» en *Bulletin de la société française de philosophie*, LXIII (1969), 3, 73-104.

7.- Roland Barthes, *S/Z*, Paris, Éditions du Seuil, 1970.

8.- Véanse las muy atinadas reflexiones de Antoine Compagnon al respecto en *Le Démon de la théorie*, Paris, Seuil, 1998. Yo utilicé la versión inglesa *Literature, Theory and Common Sense*, Princeton University Press, 1994, p. 53.

uno a su manera, el producto artístico que han creado en su imaginación. La ofuscación de ambos personajes queda perfectamente reflejada en el siguiente paralelismo:

<i>Sarrasine</i>	<i>La Chef-d'oeuvre inconnu</i>
Sans cesse je penserai à cette femme imaginaire en voyant une femme réelle	Le vieillard absorbé ne les écoutait pas, et souriait à cette femme imaginaire

Se puede negar la intención del autor y poner en duda su autonomía, pero si espigamos en la Red documentos que contengan la secuencia «à cette femme imaginaire», vemos que todos ellos, salvo uno o dos casos irrelevantes, pertenecen a estas dos obras firmadas por Honoré de Balzac.

*

Esta correspondencia no es ni casual ni única. Si deseamos aclarar un poco más el mal que aflige a Sarrasine, oigamos primeramente la queja expresada por la princesa de Cadignan en otra de las novelas de *La Comedia humana*:

On lui aurait bientôt caché la femme inconnue qui est en moi, sous le faux portrait de la **femme imaginaire**, qui est la vraie pour le monde (*Les secrets de la princesse de Cadignan*, 1844)

Y, a continuación, esta descripción del proceso amoroso de las «jeunes filles» que se lee en *La femme de trente ans*, tan similar al experimentado por el escultor hacia el *castrato* Zambinella:

Les jeunes filles se créent souvent de nobles, de ravissantes images, des figures tout idéales, et se forgent des idées chimériques sur les hommes, sur les sentiments, sur le monde; puis elles attribuent innocemment à un caractère les perfections qu'elles ont rêvées, et s'y confient; elles aiment dans l'homme de leur choix **cette créature imaginaire**; mais plus tard, quand il n'est plus temps de s'affranchir du malheur, la trompeuse apparence qu'elles ont embellie, leur première idole enfin se change en un squelette odieux.

La ambigua sexualidad de algunos personajes masculinos en *La Comédie humaine* es bien conocida y este pasaje no hace sino corroborar que Sarrasine se enamora del castrado con parecido atolondramiento al de las atolondradas jovencitas.

*

La presencia de un autor en sus textos no se puede borrar así como así. Barthes cuestionaba la *originalidad* de la definición de «femme» que aparecía en el cuento de *Sarrasine*, pero la *oeuvre* de Balzac no está falta de opiniones semejantes:

Les filles sont des êtres essentiellement mobiles, qui passent sans raison de la défiance la plus hébétée à une confiance absolue. Elles sont, sous ce rapport, au-dessous de l'animal. Extrêmes en tout, dans leurs joies, dans leurs désespoirs, dans leur religion, dans leur irréligion, presque toutes deviendraient folles... (*Splendeurs et Misères des Courtisanes*)

Naturalmente podemos pensar que esta opinión no es en realidad de Balzac, sino un lugar común sobre la psicología femenina *circa* 1830, pero el hecho de que Balzac vuelva a

ella en sus escritos y que lo haga en un estilo semejante, revela, cuando menos, una que-
rencia personal hacia ciertos tópicos y formas de expresión. El quid es determinar, claro
está, hasta qué punto el texto de *Sarrasine* es reconocible como de Balzac si eliminamos su
nombre de la portada. O, formulado de manera más general, debemos saber si 1) es posi-
ble distinguir la voz de un autor dentro de un texto; y 2) si su voz es enteramente singular
y única.

*

Vimos hace un momento un paralelismo casi exclusivo entre *Sarrasine* y *La Chef-
d'oeuvre inconnu*, pero si recogemos ahora todos los casos en donde aparece la palabra *fe-
mme* en la novelita del bello *castrato* y su ofuscado admirador y hacemos luego un análisis
de concordancias con el resto de novelas integradas en *La Comedia humana*, nos encon-
tramos con una docena de secuencias de al menos cuatro palabras en torno a la palabra
femme compartidas por uno o más textos del corpus:

s'écria la jeune **femme** épouvantée
les plus jolies **femmes** de Paris
une des plus ravissantes **femmes**
s'emparer de cette **femme**
en faveur de cette **femme**
une **femme** de théâtre
un coeur de **femme**
au cou d'une **femme**
femmes puisent dans
choses que les **femmes**
les **femmes** refusent

Varias frases en esta lista son clichés frecuentes en la literatura de la época, pero no
creo que ningún autor francés se acerque ni de lejos al grado de coincidencias que obtene-
mos en este cotejo. Y desde luego podemos estar seguros de que cualquier emparejamien-
to que hagamos con estas frases no aportará, si buscamos en Google, más documentos
que *Sarrasine* o documentos relacionados con Balzac.

*

Sarrasine, lejos de ser un artefacto verbal autónomo como quería Barthes, está ligado
en cada una de sus frases al resto de frases que dejó Balzac al morir. No habla la lengua
o escribe la literatura francesa cuando leemos el cuento de *Sarrasine*: habla y escribe en
francés el hombre llamado Honoré de Balzac. O lo que es lo mismo: la memoria de Bal-
zac, la voluntad de Balzac, el cerebro de Balzac, con sus gustos y manías, con sus filias y
fobias, con su idiosincrasia. La idiosincrasia de un hablante equivale a su idiolecto. Idio-
lecto significa lengua o habla singular, pero ¿hasta qué punto es singular la singularidad
de un idiolecto?

*

No hay un solo hablante que pronuncie una palabra sin haberla oído antes en su en-
torno lingüístico. Ni una palabra ni en muchos casos una frase. El hablante no inventa al
hablar o al escribir; más bien lo que hace es reproducir, replicar, repetir. La repetición, sin
embargo, nunca es igual, por más que muchas de las secuencias verbales las haya emplea-
do ya antes. Esta variación que se observa en el discurso de cualquier hablante recuerda a

las figuras poliédricas que aparecen en un caleidoscopio: el mosaico nunca es igual, pero sí las teselas que lo forman.

*

El lexicógrafo Sinclair propuso hace ya años un doble principio para la producción del lenguaje: el principio modal (*idiom principle*) y el principio de libre elección (*open-choice principle*).⁹ El principio modal reproduce *in toto* las expresiones fijas de la lengua, desde modismos hasta refranes o frases hechas.¹⁰ El principio de libre elección, por su parte, combina las palabras individualmente, sin más cortapisas que las que ponen la gramática y la sintaxis¹¹. Así, «femme de chambre» («doncella») es una unidad indivisible sin ninguna posibilidad de permutación, mientras que «s'écria la jeune femme épouvantée» («gritó la joven espantada») es una oración susceptible de múltiples variantes en cada una de las palabras que forman la frase. Por ejemplo, se puede decir, sin apenas cambio de sentido, «s'exclama la jeune fille effrayée». Esta consciente permutación verbal que acabo de realizar no es, sin embargo, tan común dentro de un mismo idiolecto: lo normal es que el hablante se decante por unas mismas formas lingüísticas. Así, en el corpus de *La Comédie humaine* la frase «s'écria la jeune femme» aparece en al menos cuatro ocasiones, mientras que «s'exclama la jeune femme», con casi el doble de documentos en la Red, resulta una variante inexistente en Balzac.

*

El grado de frecuencia de una secuencia verbal suele ser inversamente proporcional al número de palabras que contiene: «s'écria'» se encuentra aproximadamente en medio millón de documentos en la Red; «s'écria la jeune femme», en menos de dos mil; añádate «épouvantée» y los únicos documentos que encontramos, además de *Sarrasine*, son *La Maison du chat-qui-pelote* del propio Balzac y *La Belle Gabrielle* (1853-55), una novela de Auguste Maquet. Es más que posible que el colaborador de Alejandro Dumas recordara la frase más que acuñarla por su cuenta, pero si queremos asegurarnos de la autoría de Balzac, busquemos en Google esta misma frase junto a, por ejemplo, «femme de chambre» y comprobaremos que ya solo aparecen los dos textos de *La Comédie Humaine*.

*

Resulta evidente, pues, que las secuencias verbales recurrentes son las señas de identidad de un texto. A mayor número de recurrencias, mayores serán las posibilidades de identificación; y, a su vez, cuanto más exclusivas sean, mayor será el índice de probabilidad de que ese texto particular pertenezca a un autor entre todos los demás que componen un corpus dado.

*

Las recurrencias verbales deben medirse en función de su índice de frecuencia en el corpus general de la comunidad lingüística al que pertenece el texto en cuestión. No es lo mismo la frase nominal «femme de chambre», con casi medio millón de documentos en

9.– John Sinclair, *Corpus, Concordance, Collocation*, Oxford University Press, 1991.

10.– «The principle of idiom is that a language user has available to him or her a large number of semi-preconstructed phrases that constitute single choices», *ed. cit.*, p. 110.

11.– «This is a way of seeing language as the result of a very large number of complex choices. At each point whose a unit is completed (a word or a phrase or a clause), a large range of choice opens up and the only restraint is grammaticalness», *ed. cit.*, 109.

la Red, que una combinación libre del tipo «s'écria la jeune femme épouvantée», apenas compartida por tres textos. Con todo, no es aconsejable clasificar un texto dentro de un corpus particular por el hecho de haber hallado unas cuantas correspondencias raras o incluso exclusivas. En realidad, sólo una recurrencia sistemática entre textos, marcada por el principio modal y el principio de libre elección, debe ser el criterio para determinar una autoría, y ello tras haber agotado cualquier posibilidad que pueda existir de imitación, préstamo o incluso colaboración.

*

Los problemas de atribución textual están unidos, como no puede ser menos, al concepto que tengamos del autor en los estudios literarios. Si un texto se ve como un objeto impersonal y autónomo perdido en una compleja red de otros muchos textos, la autoría no sólo resulta irrelevante, sino imposible de detectar, caso de estar oculta. ¿Dónde puede estar la paternidad de un texto si no tenemos la firma del autor o un testimonio absolutamente fidedigno?

*

Hay, además, un hecho incontrovertible: ningún texto es como otro, de igual modo que en el jardín de aquella princesa que cuenta Leibniz, el caballero escéptico que cuestionaba el principio de identidad fue incapaz de encontrar dos hojas iguales.¹² Y si esto es así y no hay dos hojas o dos textos iguales, ¿cómo podemos pensar que seremos capaces de clasificar los textos bajo la rúbrica de un mismo autor, a no ser que el autor los declare por suyos con su firma?

*

Por lo visto hasta ahora, podemos afirmar que un texto delata su origen y su identidad con respecto a otros por el grado de recurrencia, pero a poco que reparemos, topamos con la paradoja del montón. ¿En qué punto de la escala ponemos la raya para determinar, por ejemplo, que las correspondencias entre *Sarrasine* y el corpus de Balzac indican un mismo origen? ¿Cuántas secuencias se necesitan? ¿Cinco, diez, quince secuencias raras o exclusivas? Y aun si nos decidimos a elegir como línea de demarcación diez, ¿quién me asegura que no hay otro autor fuera del corpus que en lugar de diez pueda tener once? Eso sin contar con un posible colaborador. Imaginemos por un momento que el cuento *Sarrasine* fuera tan anónimo como el *Lazarillo de Tormes*. ¿No sería posible y hasta muy atractivo pensar que un muy joven Auguste Maquet, con secuencias tan raras como «s'écria la jeune femme épouvantée», habría podido colaborar en la redacción de *Sarrasine*, como lo hiciera luego con Alejandro Dumas en *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo*? Naturalmente la firma «Honoré de Balzac» y los datos biográficos que manejamos de los dos autores convierten esta hipótesis en absurda, pero eliminemos el nombre de Balzac en *Sarrasine* y de inmediato entramos en el terreno escurridizo de las atribuciones basadas primordialmente en datos textuales.

12.- «Je me souviens qu'une grande Princesse, qui est d'une esprit sublime, dit un jour en se promenant dans son jardin, quelle ne croyoit pas qu'il avoit deux feuilles parfaitement semblables. Un gentilhomme d'esprit qui 'était de la promenade crût qu'il seroit facile d'en trouver : mais quoyqu'il en cherchât, beaucoup il fut convaincu par ses yeux, qu'on pouvoit toujours remarquer de la difference » en *Samlichte Schriften und Briefe*, Livre, II, p. 231. Y también este pasaje sobre la identidad de los indiscernibles: «Sequitur etiam hinc non dari posse <in natura> duas res singulares solo numero differentes... neque unquam duo ova, aut duo folia vel gramina in horto perfecte sibi similia reperientur» en *Opusculum et fragments de Leibniz*, Paris, Felix Alcan, 1903, p. 519.

*

No quiero con ello insinuar que sea imposible demostrar una autoría si carecemos del nombre del autor en la portada de la obra, pero sí advertir de las enormes dificultades que entraña un estudio de atribución basado en el análisis interno y el peligro evidente de incurrir en el error si el corpus no es suficiente o si se hace una apresurada interpretación de los datos analizados. Desde luego parece claro que «Oh tiempo tus pirámides» ya nunca podrá disociarse de Borges y difícilmente habrá otro texto fuera de *La Comedia humana* —salvo imitación o parodia— que comparta, a la vez, «sécria la jeune femme épouvantée» y «à cette femme imaginaire». Los millones y millones de documentos amasados en la Red dan, sin duda, fe de ello. Ahora bien: la tentación de dejarse convencer por correspondencias menos claras o ignorar el hecho indudable de la existencia de préstamos entre autores a la hora de escribir puede llevar a espectaculares errores en la atribución de textos.

*

Llegado es el momento, pues, de confesar mi propio y craso error. Durante años defendí la atribución de Cervantes de Salazar como autor del *Lazarillo* con parecida ofuscación a la de Sarrasine por el castrado Zambinella. Me atrajo de Cervantes su perfil biográfico, el lejano eco de *Lázaro* en su segundo apellido, el eco mucho más cercano —o así lo pensaba yo— de la anónima voz del *Lazarillo* entre los episodios de la *Crónica de la Nueva España*. El espejismo se consolidó definitivamente al reunir decenas de correspondencias idénticas. ¿Cómo no podía ser éste el autor si aparecían, a la vez, secuencias tan raras como «antes que la noche viniese» y «la tela de Penélope» o si, al analizar el Prólogo anónimo, me encontraba con que todos los *topoi* estaban en los prólogos del humanista toledano?

*

En mi descargo debo decir que en 2002, cuando realicé el grueso de mi investigación,¹³ el corpus que empleaba era todavía muy escaso y rudimentario. Faltaban muchos textos contemporáneos y estaban presentes otros alejados ya en el tiempo. Además, la búsqueda y comprobación de los cotejos era una labor pesada y carente del rigor que nos permite en la actualidad un corpus como CORDE. Sin duda, entre los textos utilizados por mí entonces Cervantes de Salazar era quien más se acercaba al texto anónimo, pero ahora comprendo que lancé las campanas al vuelo con demasiada alegría.

*

Un hecho en especial que me llevó a apostar decididamente por el humanista toledano fue encontrarme con claros paralelismos en sus obras publicadas antes de 1554.¹⁴ ¿Era posible imaginar una situación en la cual Cervantes de Salazar influyera primeramente en el autor del *Lazarillo* y, años después, el *Lazarillo* en Cervantes de Salazar? A mí me resultaba improbable. Alguien podría argüir, claro está, que los supuestos «paralelismos claros» alegados por mí no lo eran tanto y que, aun si lo eran, no podían ser razón suficiente para concluir que había influencia directa en uno o en ambos casos. En su momento desestimé tal razonamiento y aún ahora, cuando ya sé que Cervantes de Salazar no es ni puede ser el

13.– «Francisco Cervantes de Salazar, autor del *Lazarillo*», *Artifara 2: Rivista di lingue e letterature iberiche e iberoamericane*, Università degli Studi di Torino, 2004-2005 (255-359).

14.– *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado, y traducido...*, Juan de Brocar, Alcalá de Henares, 1546.

autor, me cuesta trabajo aceptar que las correspondencias no sean resultado de influencia o de préstamo. Veamos algunas.

*

El «primer escalón para la sabiduría» es, según decía Vives, «conocerse cada uno a sí mismo» y para Lázaro el oficio de aguador al servicio del capellán fue «el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida». Este «primer escalón» del futuro pregone-ro es muy distinto al preconizado por el adagio antiguo, especialmente si lo ponemos al contraluz del pasaje entero, tal como aparece en la *Introducción y camino de la sabiduría* traducido por Cervantes de Salazar:

Por cierto todo lo demás de la vida pende de cómo nos criamos y enseñamos en la niñez, la cual es el fundamento malo o bueno de todo lo que después se hace. El que pues quisiere verdaderamente ser sabio suba por aquel primer escalón para la sabiduría que fue tan celebrado de los antiguos: *conocerse cada uno a sí mismo*. (3v)

En clave irónica, ahí creo yo ver encapsulada buena parte de la intención moral del *Lazarillo*, a la vez que la frase «subir el primer escalón» delata una preferencia lingüística semejante, ya que en la traducción de Astudillo, contemporánea a la de Cervantes de Salazar, *primus gradus* del original latino se traduce por «el primer paso»:

Todo el resto de la vida cuelga de la crianza de la mocedad. Sea pues en esta carrera que tomamos de la sabiduría el primer paso aquel dicho tan trillado de todos los antiguos, que es: «que se conozca cada uno a sí mismo».¹⁵

Cervantes de Salazar, al escoger «primer escalón», podría haberse acordado de aquella escena de la *Celestina* cuando Calixto, irritado por los consejos de su criado Pármeneo, le replica: «¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente?»¹⁶. En todo caso, no es recomendable unir y relacionar textos con expresiones relativamente comunes, a no ser que queramos subir por la escalera de la que habla Calixto.

*

La cita ciceroniana «la honra cría las artes» que aparece en el Prólogo del *Lazarillo* no es rara en los textos del siglo XVI. Hernán Núñez y el *Baldo* la reproducen de manera idéntica, pero quizá sea Cervantes de Salazar, al principio de la continuación de *La dignidad del hombre*, quien la utilice dentro de un contexto más parecido:

<i>Dignidad del hombre</i>	<i>Lazarillo</i>
Si (la fama) quitásemos de en medio, pocos o ninguno acometería grandes cosas, porque... el camino es dificultoso... por lo cual... dijo Cicerón... la honra sustenta las artes... (23r)	Porque si así no fuese (comunicar a todos la obra y alcanzar con ello fama), muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo... Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes».

El razonamiento con que se defiende la fama sigue los mismos pasos en ambos pasajes y ambos lo rematan con la misma cita, pero aquí, a diferencia de lo que veíamos en la

15.- J L. Vives, *Introducción a la sabiduría en Obras escogidas de filósofos*, BAE, 1873, p. 240.

16.- *La Celestina*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 190.

traducción de Vives, Cervantes de Salazar se decanta por palabras distintas: el nombre propio es «Cicerón» y no «Tulio» y la forma verbal «cría» se sustituye por «sustenta». En su momento no quise darle importancia, pero la realidad es que el humanista toledano emplea siempre en su corpus, salvo una vez, «Cicerón», preferencia muy significativa, especialmente al tratarse de un nombre propio, como veremos más adelante.

*

Resté importancia a esta preferencia y a otras en vista del cúmulo de secuencias paralelas encontradas en la *Crónica*, algunas de ellas de gran rareza en todo el corpus del siglo XVI. Daré un solo caso entre muchos. En una de las múltiples perífrasis que lleva a cabo Cervantes de Salazar sobre el texto de López de Gómara, leemos:

Vamos no donde los **hados**, sino donde Dios y los **pecados** de nuestros enemigos nos llaman¹⁷

La «colocación» *hados / pecados* es tan rara en la literatura española que hasta la fecha sólo tenemos este testimonio y el testimonio del *Lazarillo*: «Quisieron mis **hados** o, por mejor decir, mis **pecados**». Si a ello se añade que en otro pasaje de la *Crónica* aparece una frase cortada por el mismo patrón («encomendando sus ánimas a los dioses, o por mejor decir, a los demonios»), debe reconocerse que la atribución de Cervantes de Salazar no estaba del todo injustificada.

*

Había, sin embargo, alguna que otra pega. La frase con «hados» y «pecados» de la *Crónica* tenía una versión anterior en una de las notas que Cervantes de Salazar había puesto al *Apólogo de la ociosidad* publicado en 1546; pero allí, curiosamente, la colocación «hados / pecados» estaba ausente. Julio César, antes de cruzar el Rubicón, dice a sus hombres:

Vamos donde los milagros de los dioses y la maldad de los enemigos nos llaman. Echado es el dado, como quien dice. Hecho es. (39r)

¿Qué había pasado entre una versión y otra? Probablemente la mediación del *Lazarillo*, pero hasta hace muy poco pensé que quien compartía coincidencias significativas con el texto anónimo antes de su publicación en 1554 no podía compartir coincidencias significativas después sin que él fuera el principal mediador.

*

Tampoco sería del todo justo conmigo mismo si diera ahora a entender que me dejé deslumbrar por unas cuantas frases llamativas. En estudios posteriores a 2002 cotejé sistemáticamente el texto del *Lazarillo*, tanto en relación con el corpus de Cervantes de Salazar, como con un amplio corpus formado por textos del siglo XVI. Entre las varias pruebas, hice un exhaustivo examen de concordancias con palabras claves (lo que en inglés se conoce con las siglas KWIC por Key Word In Context), ya fueran cláusulas de relativo o palabras comunes del tipo «día», «tarde» o «noche». En todos los cotejos y en todos los exámenes realizados, Cervantes de Salazar siempre consiguió los mejores resultados respecto al resto de autores y obras que formaban el grueso de mi corpus casero. Busqué también en Google muchas de las secuencias y pude comprobar que frases como «el pi-

17.– Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, ed. Manuel Magallón, Atlas (Madrid), 1971, vol. II, p. 109.

co de la cual» o «sobrado la comida» no tenían equivalente en ningún otro documento, como tampoco si combinaba otras muchas secuencias entre sí. Mi atribución no carecía de datos favorables, pero la lectura que de ellos hice fue, ciertamente, errónea. Los dos errores fundamentales en mi atribución fueron, a mi juicio, pasar por alto preferencias lingüísticas significativas no compartidas por Cervantes de Salazar y el *Lazarillo* e ignorar la posibilidad real de que existiera otro autor fuera del corpus empleado con un idiolecto aun más cercano al texto anónimo, como así terminó por pasar.

*

La forma del discurso hablado o escrito varía continuamente, pero no la materia que lo compone. La materia, según la Escolástica, es el principio de individuación: *materia sub quantitate determinata est principium individuationis*.¹⁸ Y de igual modo que resulta de todo punto imposible que yo empiece a generar, de pronto, células con un ADN diferente, no es posible tampoco que pueda cambiar de un día para otro mi repertorio verbal. Puedo poco a poco renovarlo —incluir tal palabra, acuñar tal expresión—, pero mi identidad está en mi recurrencia: soy yo y no otro por lo que recuerdo, por lo que repito y por lo que rehago.

*

Hay otro rasgo que define mi individualidad aún mejor, y es el lugar que ocupo en cada momento de mi existencia. Soy yo y no otro no sólo por estar ocupando ahora un lugar que no ocupa nadie más en el mundo, sino porque sólo yo he estado alguna vez en el Parque del Retiro de Madrid y en el barrio de Sheepshead Bay de Brooklyn, en los bosques de Valsaín y en los bosques de Woodstock, en una pastelería del pueblo de Collado Mediano y en un supermercado de la ciudad de Los Ángeles. Los lugares en los que he estado y las rutas que recorro me identifican con tanta o mayor precisión que mi ADN o mis huellas dactilares.

*

Voy a Google y busco documentos que incluyan los topónimos «Retiro de Madrid» y «Sheepshead Bay», y nada encuentro. Repito la misma operación con «Valsaín», Retiro de Madrid» y «Collado Mediano»; y tampoco. Entre todas las posibles combinaciones con los topónimos antes nombrados, el número de documentos resultantes en la Red es limitadísimo y nada personal. ¿Qué pasa si hago lo mismo con los topónimos del *Lazarillo*? Cervantes de Salazar, toledano y con familia en la comarca de Torrijos, tiene en su corpus nada más que Toledo y Salamanca. Poca cosa. Voy a CORDE y busco en textos del siglo XVI «Tejares», «Salamanca» y «Toledo». Aparecen tres documentos, además del anónimo: *Los Coloquios de Palatino y Pinciano* del jurista vallisoletano Juan Arce de Otálora; *Los Anales de Aragón* del historiador Jerónimo Zurita y *La Segunda Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* del padre Sigüenza. Añado «Torrijos» y se cae de la lista el jurista, pero si en lugar de Torrijos, pongo «Castilla la Vieja» es el jurista el único que aparece, además del *Lazarillo*. Combino ahora «Tejares» y «Costanilla» y sólo aparece Otálora y el *Lazarillo*. Busco entonces «aquella Costanilla» y otra vez sólo aparece el texto de Otálora. Me ha bastado esta simple operación para comprobar que el texto de los *Coloquios de Palatino y Pinciano* está mucho más cerca del *Lazarillo*, al menos en cuanto

18.— Tomás de Sutton, *De principium individuationis* en <http://www.corpusthomicum.org/xp9.html>. (2.10.07)

a su topografía, que el corpus de Cervantes de Salazar y, en realidad, de cualquiera de los textos que componen el corpus del CORDE.

*

Todo nombre propio remite a un objeto o sujeto particular y suele traer aparejado una serie de descripciones más o menos invariables. El objeto puede ser real o no, pero si leo «Salamanca» en un texto del siglo XVI, casi seguro que en una gran mayoría de los casos el nombre vendrá asociado a su universidad, de la misma manera que «Penélope» se asocia a castidad y «Alejandro Magno», entre otras muchas cosas, a liberalidad. «Honos alit artes» no puede separarse de Marco Tulio Cicerón, ni «Nullus est liber tam malus ut non aliqua parte prosit» puede atribuírsele a otro autor que no sea uno de los dos Plinios. La descripción de los nombres propios nunca varía en lo esencial. Nadie dice, a no ser en clave irónica, que Penélope es liviana, ni atribuye a Plinio, salvo ignorancia, la frase «la honra cría las artes». En cualquier repertorio verbal, pues, el nombre propio está condicionado por su referente. El nombre propio ancla el texto en una realidad externa y por ello puede revelar mucho mejor el origen y hasta la intención de quien lo emplea.

*

El *Lazarillo*, si se excluyen los topónimos, tiene nueve nombres propios: *Tulio*, *Plinio*, *Alejandro Magno*, *Galeno*, *Penélope*, *Macías*, *Ovidio*, el *Conde de Arcos* y *Sancto Tomás*.¹⁹ De ellos, cinco son autores y el resto personajes históricos o de ficción. Si voy a CORDE y vuelvo a hacer la operación que hice poco antes con los topónimos, me encuentro con que no hay un solo documento que los incluya a todos, pero si dejo fuera *Conde de Arcos*, que al fin y al cabo no parece hacer referencia a nadie en particular, y le quito el calificativo de *Magno* a *Alejandro*, descubro que Arce de Otálora vuelve a ser el único autor que los reúne a todos en sus *Coloquios*.²⁰ En un texto tan extenso no debería ser sorprendente, pero sí lo es cuando analizo más de cerca las palabras que giran en torno a cada uno de los nombres. De «Tulio» no tenemos la cita del *Lazarillo*, pero en una de las entradas aparece la secuencia «a este propósito dice Tulio». Ni que decir tiene que este grupo de palabras es único tanto en la Red como en todo el corpus de CORDE. La cita de Plinio está por dos veces en los *Coloquios* y, en una de ellas, las coincidencias formales son notables:

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»	como dice Plinio el Mozo: «no hay libro tan malo que no tenga algo bueno» (I, 460)

La conocida treta de la mujer de Ulises está expresada en parecidos términos, aunque no se emplee como analogía:

19.– He dejado fuera al *Comendador de la Magdalena* y al *Arcipreste de San Salvador* por razones que explicaré más adelante.

20.– Juan Arce de Otálora, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, ed. José Luis Ocasar Ariza, Madrid, Turner, 2 vol., 1995

parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche.	y a Penélope, que esperó diez años a Ulises, destejiendo de noche lo que había tejido de día (I, 533)
---	---

La analogía de «Macías», en cambio, sí es igual y está, además, dentro de un mismo contexto de galanteo amoroso:

Y, como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió.	¿Qué les parece a vuestras mercedes qué Macías está hecho el señor mi compañero...? (II, 840)
--	---

En cuanto a Ovidio, autor citado con frecuencia en los *Coloquios*, existe también una secuencia sin otro equivalente en CORDE: *que Ovidio escribió*.²¹ Debo hacer notar, además, que la palabra «dulzuras» se asocia siempre con las prácticas amorosas de los protagonistas en la obra y, en un caso, se encuentra dentro de un pasaje con reminiscencias a la escena amorosa del Escudero y las «dos rebozadas mujeres», tanto por algunas palabras empleadas («pedir de almorzar», por ejemplo), como por el trato con las damas:

... estas señoras... parecen que están en el estado de la inocencia, según lo poco que se alteran de las **dulzuras** que las habéis dicho. Veisme aquí lavado y peinado, que las podría **pedir de almorzar**, como niño, sino que he miedo que nos manden primero ir a misa. Por tanto, será bueno ganar honra e irnos luego, que cuando volvamos no sean tan desenamoradas que no nos tengan alguna consolación.

*

La intrincada red de asociaciones entre distintos textos puede enredar a cualquiera y, mucho más, en estudios de atribución, por lo cual, de momento, dejaré de lado comparaciones con pasajes extensos, como el señalado arriba, y me preocuparé, más bien, de comprobar quién, dentro de un corpus como CORDE, alcanza un mayor grado de concordancia verbal con el *Lazarillo*. El primer examen hecho con nombres propios y topónimos ha situado de inmediato el texto anónimo en los linderos de la obra de Arce de Otálora, pero veamos qué ocurre con otras series relacionadas con campos semánticos específicos.

*

El vocabulario que gravita en torno a la alimentación suele ser bastante estable en el idiolecto de todo hablante y, por ello, un buen índice para medir el grado de cercanía entre textos. Cierto que un libro de cocina puede incluir todos los platos que habitualmente uno come, pero será muy difícil dar con dos personas que coincidan en un mismo menú, especialmente si no son familia. En el *Lazarillo*, como se sabe, el hambre acosa al protagonista durante buena parte del relato, pero la lista de alimentos, al final, no es nada despreciable. La dieta es, sin duda, rica en grasas. Abundan las carnes: *la cabeza de carnero* y los *sesos* que come el cura de Maqueda; la *uña de vaca* que comparten Lázaro y el Escudero;

21.- «Y lo que a mí más me convence es aquella carta que Ovidio escribió a Tiberio César...» *Coloquios*, ed. cit., I, 472.

el *faisán* que les gustaría comer a los dos. Hay también productos de charcutería como la *longaniza* y los *torreznos*. Tampoco falta la mención al *queso*, aunque el bueno del protagonista lo eche en falta «puesto en alguna tabla». Encontramos hortalizas (*berzas*, *lechugas*, *cebollas*), frutas (*uvas*, *un melocotón*, *un par de duraznos*, *peras verdinales*, *naranjas*, *limas*) y hasta el *almodrote* para sazonar la vianda. De toda la amplia lista de palabras relacionadas con la comida (véase Apéndice I), los *Coloquios* de Arce de Otálora vuelve a ser el texto con mayor número de coincidencias (30/34), seguido a cierta distancia por el inmenso corpus de Fernández de Oviedo (24/34) y los *Diálogos familiares* de Juan de Pineda (23/34). Antonio de Guevara, muy bien representado en CORDE y con una obra tan personal como las *Epístolas familiares*, obtiene ya un resultado mucho más bajo (16/34).

*

CORDE detecta y discrimina palabras en el océano de textos de su corpus con enorme precisión y elegancia. En pocos segundos el usuario sabe los casos que existen de tal y cual palabra y cuántos documentos las incluyen. Se pueden buscar palabras, frases e incluso series que incluyan varias palabras o frases y comprobar en qué documentos están. Un instrumento así es tan revolucionario en la atribución textual como lo ha sido el sónar en la búsqueda de barcos hundidos en el mar, especialmente si aceptamos como principio que el repertorio verbal de todo hablante es limitado, singular y recurrente.

*

La coincidencia verbal entre Arce de Otálora y el autor del *Lazarillo* es a veces extraordinaria. El buldero llega a los pueblos repartiendo «una lechuga», «un par de duraznos», «sendas peras verdinales» y en los *Coloquios* de Arce leemos que un médico recomendó a una mujer enferma

que cenase unas *lechugas* y unas *peras*; y cumpliólo y hallóse bien dello, porque comió de un pato y cenó de una ensalada y dos o tres *peras verdinales*... (I, 285)

La frase nominal «peras verdinales» (o «verdenales») no tiene más caso en CORDE que Arce y el *Lazarillo*; y lo mismo si buscamos «un par de duraznos» o «sendas peras». Incluso «un melocotón» aparece tan solo en fray Luis de León entre todos los documentos del siglo XVI.

*

Imaginemos varios menús a la carta con el repertorio de comidas del *Lazarillo*. Por ejemplo, «migajas», «berzas» y «carnero» y busquemos en CORDE. ¿Qué documentos aparecen? Pues, como es de esperar, un libro de cocina, *El libro de guisados* de Roberto Nola, además de nuestro Arce de Otálora y otro compañero de viaje que empieza a aparecer con extraña frecuencia, el franciscano Juan de Pineda. Está también el *Guzmán de Alfarache* y las poesías de Quevedo. En total, seis documentos. Démosle algo de sabor al menú y añadamos «almodrote». Ahora tenemos solo cinco; ha desaparecido del cuadro el Guzmán. Ya sabemos que si pedimos fruta, nos quedamos sólo con Arce, así que, en su lugar, veamos qué pasa con «conservas», aunque no sean de Valencia. Obtenemos cuatro documentos: el *Lazarillo*, Arce, Pineda y *El libro de guisados*. Escojamos ahora un menú diferente: «bodigo», «nabo» y «torreznos». Esta vez los únicos documentos son los *Coloquios* de Arce y los *Refranes o Proverbios* de Hernán Núñez. Si sustituimos «torreznos» por «longaniza», Arce de Otálora desaparece por primera vez y queda únicamente Hernán

Núñez, pero si lo que sustituimos son «sesos» o «uña de vaca», Arce es quien se queda solo junto al *Lazarillo*. Podría continuar el juego de las permutaciones con otros posibles menús o platos, pero ya vemos que el jurista ganará siempre la partida, pues salvo «longaniza», «rebanadas», «migaja» y «mendrugo», su despensa reúne todos los ingredientes que tiene el *Lazarillo*; y éstos cuatro que le faltan, tampoco los reúne en un mismo documento ningún otro autor en el corpus del siglo XVI.

*

Otros campos semánticos corren parecida suerte. Si pasamos de la despensa al ropero del *Lazarillo*, vemos que el de Arce incluye desde las «calzas», el «jubón» y el «sayo», hasta el «talabarte» o el «pañó de manos». En todo el vocabulario relacionado con la ropa (véase Apéndice I), los *Coloquios* vuelve a obtener el mejor resultado (19/23); y solo *Inventarios Reales. Bienes muebles que pertenecieron a Felipe II* (18/23) y los *Diálogos familiares* de Pineda (17/23) se acercan. Pero se puede hilar aún más fino. Por ejemplo, la serie de palabras «birrete», «bonete» y «capuz» no aparece en más documentos que en los de Arce y *Lazarillo* dentro de todo el corpus de textos del siglo de Oro incluidos en CORDE; y lo mismo si, junto a «pañó de manos», buscamos «(servicios /servir) de pelillo». En realidad, la estrechísima correspondencia del vocabulario de Arce de Otálora y el *Lazarillo* queda de manifiesto casi en cualquier corte semántico que hagamos. Tanto si creamos series con monedas (*blanca, maravedí, escudo, cornado*), como con enseres de la casa (*olla, asador, candelas, mandiles, mantas, sábanas, arca, tablillas*), tanto si la lista encierra hombres de iglesia (*sacerdote y clérigo y fraile y clérigos y frailes y sacristán y canónigos y echacuervos*), como oficiales o cargos públicos (*mesonera y molinero y herrero y pregonero y escribano y alguacil y pregonero*), el texto de los *Coloquios* resulta ser el único documento que aparece junto al *Lazarillo*, acompañado ocasionalmente por el vasto corpus de Fernández de Oviedo, Antonio de Guevara o Juan de Pineda. A veces, sin embargo, bastan dos palabras, como *mujercillas* y *pobreto*, o *pobreto* y *echacuervo*, para establecer la singular correspondencia entre el texto del jurista y el texto anónimo.

*

El repertorio verbal de cada hablante, como el nido de un pájaro, está constituido por el material de su entorno. Aisladamente, palabra por palabra, difícilmente identificaremos los escritos de nadie. La identificación de un texto anónimo sólo es posible si dentro de un conjunto amplio de textos coetáneos se encuentra también incluido el corpus del autor que produjo el texto en cuestión. Si ello es así, el grado de proximidad se hará notar de inmediato debido a que, en primer lugar, el repertorio verbal de cada hablante está compuesto por una muy particular selección de palabras, modismos y expresiones fijas y, en segundo lugar, porque dentro de la libre creación de enunciados que todo hablante produce habrá secuencias recurrentes de una enorme rareza con respecto al resto de enunciados producidos por la comunidad.

*

Como hemos visto, un buen método para discriminar textos y establecer así la mayor o menor cercanía entre ellos es valerse de topónimos, nombres propios y campos semánticos específicos. Desde luego, si dos textos de manera independiente nombran «Tejares» y «aquella Costanilla», reproducen una secuencia tan rara como «a este propósito dice Tulio» y comparten en exclusiva una misma lista de comidas y de enseres caseros, no hay

más remedio que sospechar algún tipo de relación. La autoría, sin embargo, debe ser la última explicación posible, por lo menos mientras no se hayan descartado otras posibilidades, como influencia o pertenencia a un mismo círculo.

*

La primera grieta en la atribución de Cervantes de Salazar surgió cuando en una serie de pruebas llevadas a cabo en CORDE con expresiones fijas muy comunes sacadas del *Lazarillo*, noté que, en lugar del humanista toledano, era el jurista vallisoletano quien aparecía con más frecuencia. Las pruebas no eran en absoluto rebuscadas. Por ejemplo, en el Primer tratado seleccioné cinco frases modales sacadas de los primeros párrafos, tal como aparecen reproducidas en la edición de Francisco Rico, y busqué en CORDE. Sorprendentemente, salvo una pequeña variante (así/ansí), los dos únicos documentos que compartían la misma serie eran Arce de Otálora y el texto anónimo:

ante todas cosas y En este tiempo y de manera que y Otras veces y ‘Y fue así (*Laz*)
ante todas cosas y En este tiempo y de manera que y Otras veces y ‘Y fue así (*A de O*)

Se me ocurrió entonces hacer una selección más amplia a lo largo del *Lazarillo* con conectores oracionales del tipo de «con todo eso» y «hecho esto». Volví a respetar fielmente la edición de Rico, aun a sabiendas que las mayúsculas y minúsculas condicionaban arbitrariamente la búsqueda. En el primer intento, el *Lazarillo* resultó ser el único documento que reunía todos los componentes de la serie:

‘Y hecho esto y ‘Y esto hecho y Con todo eso y con todo esto y A todo esto y
hecho esto

Ahora bien, si ponía con minúscula la primera «a» de «a todo esto» y con mayúscula la «h» de «hecho esto», el texto de los *Coloquios* pasaba a ser el único documento:

‘Y hecho esto y ‘Y esto hecho y Con todo eso y con todo esto y a todo esto y He-
cho esto

Y si dejaba todo con minúsculas, salvo «Y hecho esto» y «Y esto hecho», Arce de Otálora volvía a aparecer, aunque esta vez acompañado de Díaz del Castillo y Fray Luis de Granada:

‘Y hecho esto y ‘Y esto hecho y con todo eso y con todo esto y a todo esto y hecho
esto

Naturalmente nada definitivo puede extraerse de un experimento de esta naturaleza, salvo confirmar: 1) que el repertorio verbal de Arce de Otálora está muy próximo en todos sus aspectos al texto del *Lazarillo*; y 2) que ningún otro autor de los representados en el corpus de CORDE, incluido Cervantes de Salazar, está tan próximo.

*

No sabemos mucho de Juan Arce de Otálora, pero los pocos datos que manejamos nos dibujan el siguiente perfil biográfico.²² Nace en Valladolid hacia la segunda década del siglo XVI dentro del seno de una familia hidalga. Su padre, Pedro de Arce, sirvió como

22.– Saco la mayoría de los datos biográficos de la introducción que escribe José Luis Ocasar Ariza para su edición de los *Coloquios*. Véase también María Isabel Lorca Martín de Villosres, *El jurista Juan Arce de Otálora (s. XVI): pensamiento y obra*, Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada, 1997.

mozo de cámara de la reina Isabel y su abuelo materno, de origen vascongado, había desempeñado el cargo de secretario del Consejo de Castilla. Estudia Leyes en el Colegio del Arzobispo de Salamanca, reservado tradicionalmente a la clase dirigente, y tras un breve paso como docente por las universidades de Valladolid y Salamanca, pasa a formar parte de la administración de justicia. En 1540 es nombrado fiscal de la Chancillería de Granada y en 1551 se le nombra oidor, uno de los cargos más importantes dentro del poder judicial de la época, algo así como juez del actual Tribunal Supremo. Lo ejercerá durante años en la Chancillería de Granada y, por fin, en 1559 se trasladará a la Chancillería de Valladolid. Morirá en 1561. Casado con doña Catalina de Balboa, tuvo al menos dos hijos, uno de los cuales, don Diego, llegó a ser corregidor. Se sabe también que varios de los descendientes de don Juan Arce de Otálora van a ocupar puestos de responsabilidad dentro de la administración pública hasta bien entrado el siglo XVIII. Todos los testimonios lo retratan como un hombre culto, ingenioso y muy respetado como jurista. Aparte de ello, su fama en la época le viene por un libro escrito en latín sobre la hidalguía titulado *De nobilitatis & immunitatis Hispaniae causis*,²³ en el cual, junto a una defensa de los privilegios inherentes a su clase, hay una visión muy humanista sobre lo que significa la verdadera honra. Además de esta obra, escribió un voluminoso diálogo en romance que jamás llegó a publicar, *Los Coloquios de Palatino y Pinciano*, una especie de poliantea o miscelánea llena de asuntos diversos que se va entretejiendo al hilo de la conversación que mantienen dos jóvenes estudiantes mientras hacen un viaje de ida y vuelta entre Salamanca y Valladolid durante las vacaciones de septiembre. Un poco de todo entra en este diálogo, desde anécdotas, chascarrillos y lances amorosos, hasta cuestiones legales, teológicas o de candente actualidad, como la limpieza de sangre en los colegios universitarios; desde comentarios sobre la vida estudiantil a reflexiones más o menos críticas sobre la profesión médica o judicial; y todo ello sazonado, aquí y allá, con facecias provenientes de Poggio, historias con frailes o echacuervos y hasta una *novella* a lo Boccaccio como broche final. El tono festivo es inequívocamente erasmista, como lo es, en muy buena medida, su crítica, ya sea contra la honra mal entendida, la hipocresía de los religiosos o el irónico elogio que se hace de la locura. Arce de Otálora se revela, a su vez, como un auténtico literato; posee un vasto conocimiento de literatura clásica y está al corriente de todas las novedades. Ha leído muy bien a Antonio de Guevara y lo cita con admiración, aunque no se le escapan ni las extravagancias del obispo ni su peculiar estilo, que en más de una ocasión imita y en otras parodia. Menciona frecuentemente *La silva de varia lección* de Pedro Mejía. Conoce al dedillo las *Celestinas* y los libros de caballerías, lo cual le dará pie, por cierto, a entablar una discusión precursora de la que se encuentra en la Primera Parte del *Quijote*. Cita las *Coplas* de Jorge Manrique, las *Trescientas* de Juan de Mena, la poesía de Garcilaso y Boscán, el *Cancionero General*; recita versos provenientes de romances. Está familiarizado con la literatura de escarnio de una generación anterior a él. Admira a Villalobos, al truhán don Francés de Zuñiga y presume de saberse de memoria muchas de las coplas jocosas que escribían los criados del almirante Fadrique Enríquez. Si algo queda claro es que no se acerca a la literatura con ojos de moralista. Mucho de lo que escribe tiene como fin último divertir, por más que repita que las veras se esconden detrás de las burlas. El diálogo

23.- Se publicó primeramente en Granada (1553) y una segunda versión ampliada en Salamanca (1559).

adquiere a veces un tono goliardesco, como cuando se cuenta la competición que hicieron varios colegios universitarios para dirimir cuál de ellos tenía el mejor vino; otras, como no puede ser menos tratándose de estudiantes, hay contactos con la literatura picaresca, desde el tema del hambre y las carestías pasadas en el pupilaje, hasta la afición a las bur-las. El desenfado en la conversación tiene ecos celestinescos, aunque se relacione también con la *festivitas* de los propios *Coloquios* erasmistas, a veces fuente de inspiración en alguna historia. Uno de los aciertos, entre muchos de este diálogo, está en el cuidado que ha puesto su autor en describir por lo menudo la convivencia de los dos interlocutores, más allá de los temas tratados. La comida, el alojamiento, las visitas turísticas, las pullas que se lanzan, o los encuentros y desencuentros que van teniendo a lo largo del viaje, cobran un papel esencial en la configuración de la obra.²⁴ Pero, sobre todas las cosas, destaca la maestría narrativa del jurista en los varios relatos cortos que pueblan el diálogo, llenos todos de «gracia y donaire», sin apenas moralina, sin más fin que entretener al lector con la burla o el engaño que conforma cada historia, en donde no es infrecuente que el burlador pase a ser el burlado y el burlado burlador, como ocurre con el vendedor de caballos que previamente había estafado a un caballero o como terminará ocurriéndoles a los dos estudiantes con sus dos moriscas en la novelita que cierra los *Coloquios*. Esta última historia, por sí sola, otorga a Arce de Otálora un lugar privilegiado entre los narradores del siglo XVI, pero a mí me parece que el cuento del fraile portero, que paso a comentar, lo hace, además, un muy firme candidato para la autoría del *Lazarillo*.

*

En el convento de Valparaíso existe la buena costumbre de dar de comer a sus visitantes, pero un día de mucho calor llega a su puerta un gentilhombre con muy malos modales, «al tiempo que no estaba allí el portero, sino un mozuelo labradorcillo». Informado el fraile de la conducta del intruso, decide darle un buen escarmiento. Sin recriminarle nada, antes bien con toda cordialidad, se ofrece a enseñarle el convento antes de la comida; y así tras hacerle pasar «de un patio en otro», le lleva a besar la mano del abad, le pasea por los claustros y se demora en explicarle «los fundamentos de la casa», mientras que

... el pobre no se podía tener en pies, de flaco, y no hacía sino acortar envites y atajar las pláticas, y el fraile a contarle los milagros de sant Bernardo. A este tiempo, bajaron abajo, el galán algo consolado por pensar que iban a comer, y agradecía mucho al fraile la caridad y honra, y preguntóle de la renta de la casa y si tenía jurisdicción. El padre se lo paró a contar tan de raíz que al otro le pesó haberlo preguntado. Al fin desto le dijo:

— Vea vuestra merced la bodega, que es de las buenas piezas y de ver que hay en toda la casa, porque es de bóveda y muy grande.

El triste quisiera ver más una pieza de vaca, aunque fuera fiambre. Entraron dentro, y hízole contar las cubas, y decíale cuáles eran añejas y cuáles nuevas y cuáles de blanco y cuáles de tinto y cuántas cántaras hacía cada una; y no acabara si no le dijera el pobre hombre

— Vamos de aquí, que el tufo me hace mal a la cabeza.

24.— El amigo del autor, en la carta que va al principio de la obra, ya señalaba el interés del autor en describir «menudencias, como es pintar al vivo cuándo comen y cenan, cómo entran o salen de la posada, lo que hablan levantándose o oyendo misa, etc., que son cosas necesarias para guardar el decoro ya dicho» (*Coloquios* I, 19).

Y debía ser así, ¡mal pecado! segund era grande; y él estaba desvanescido, porque ya había un hora que andaba en vistas. Estaba junto la panadería y luego una puerta chica que sale a un soto, que veremos mañana, y metióle por ella, alabándole aquélla por la mejor recreación de toda la casa, aunque para él no lo era. El padre, como le vio allá, díjole:

— Ya es tiempo que coma vuestra merced, que lo tendrá gana. Yo voy a ver si está a puncto, y volveré luego.

Y salióse cerrando la puerta de golpe, y fuenos a contar cómo dejaba en el bosque un lobo hambriento. Y tenía tan buena gracia en contarlo que nos daba placer, aunque teníamos lástima dél. (I, 93)

Las ganas de comer del visitante y su creciente frustración porque nunca llega la hora de hacerlo recuerdan de inmediato el paseo de Lázaro en esa primera mañana toledana con el Escudero, y más cuando comprobamos algunos paralelismos formales que se dan entre los dos textos:

<i>Coloquios</i>	<i>Lazarillo</i>
y el pobre no se podía tener en pies de flaco	vine a tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre.
bajaron abajo, el galán <u>algo consolado</u> por pensar que iban a comer	Y con aquello <u>algún tanto consolado</u> , tornando a cerrar me volví a mis pajas
El triste quisiera ver más una pieza de vaca, aunque fuera fiambre	levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa
y no acabara si no le dijera el pobre hombre	se abalanza el pobre ciego

Al final «el galán» se irá del convento corrido y aun más hambriento de cómo llegó, mientras quienes asisten a los burlones comentarios del fraile no pueden evitar «finarse de risa», un poco como le pasaba a Lázaro cuando oía recontar al ciego sus hazañas:

<i>Coloquios</i>	<i>Lazarillo</i>
Esto decía el fraile con tan buen donaire que, aunque era crueldad, nos finábamos de risa. (I, 96)	con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír.

El paralelismo no necesita de mayor comentario, pero añadiré sólo una nota al margen, y es que la secuencia «estaba tan maltratado» del pasaje del *Lazarillo* tiene su exacta correspondencia muy poco antes, cuando el burlado caballero, ya preparado para marcharse del convento, «volvióse a limpiar el sudor y comenzó a componer su caballo, que **estaba tan maltratado como él**» (I, 95). Otros casos como éste, no muchos, se encuentran en el corpus del siglo XVI,²⁵ pero ninguno, como es natural, dentro de un pasaje con otras coincidencias tan significativas.

25.— CORDE presenta tan solo un caso, además del *Lazarillo* y este pasaje, el *Libro de la oración y meditación* de Fray Luis de Granada; y Google Books trae otro en el *Palmerín de Inglaterra* (*Libros de caballerías, Segunda Parte*, BAE, 1908, p. 57).

*

El acopio de recurrencias nos ayuda a revelar la identidad de un autor y a veces, también, su intención. No hay posibilidad de interpretar una frase (no digamos ya un pasaje o un texto) si no tenemos previamente otro caso similar en que apoyarnos. Palatino y Pinciano, los dos interlocutores, discuten sobre la burla del fraile. Mientras que al primero le resulta una burla de lo más cruel, el segundo opina que lo que hizo el fraile con el maleducado galán fue una obra de misericordia. Sorprendido por la respuesta del amigo, Palatino le pide explicaciones; Pinciano se las da: «la primera y principal obra de misericordia de las espirituales... es avisar al necio y ignorante». Palatino pregunta si no habría sido mejor avisarle «fraternalmente», sin tanto rigor. Esto es lo que contesta Pinciano:

Sí fuera, mas no son los hombres tan perfectos que las puedan cumplir todas... Para que mejor avisase y quedase confirmado en gracia, fue bien que la pena fuese áspera porque no se le olvidase, como el bofetón que dan a los niños en la confirmación. (I, 98)

Al buen entendedor estas pocas palabras bastan y aun sobran para ponerlas en relación con la calabazada que le propina el ciego al descuidado Lázaro en el «diablo del toro», una burla que el ciego también ríe mucho y que al mozo le sirve para «despertar de la simpleza en que como niño estaba». ¿Estaba de acuerdo el autor del *Lazarillo* con Pinciano y pensaba que la acción del ciego tenía, en efecto, un valor propedéutico o que, por el contrario, era en extremo cruel, como piensa Palatino de la burla del fraile? No es momento ahora de entrar en este debate, pero de lo que sí empiezo a estar seguro es que las burlas del «negro fraire» y el «maldito ciego» salen de una misma cabeza.

*

De una misma cabeza, sin embargo, no sale la acuñación «negro fraile». Feliciano de Silva, en su *Segunda Celestina*, la repite hasta por dos veces, precisamente aplicada a un fraile echacuervos a quien le gastan una «áspera burla» del tipo de las que gastaba Fraudador de los ardides en la tercera parte de *Florisel de Niquea*, tal como señala el propio Palatino en el pasaje ya comentado

Con todo eso, el portero tuvo poca caridad e más gracia de la que fuera menester. Fraudador de los ardides, el de Feliciano, no inventara tan áspera burla. (I, 96)

La intrincada red de conexiones textuales se evidencia en cualquier obra mínimamente compleja, pero en la actualidad resulta mucho más fácil encontrar el hilo que nos lleva hasta el final de la madeja. La hilacha «negro fraile» relaciona la burla del fraile del convento del Valparaíso con la burla que padece el «ministro echacuervo de las bulas» en *La Segunda Celestina*,²⁶ y, a su vez, se eslabona con la burla del astuto buldero y su «negro alguacil» en el Quinto Tratado del *Lazarillo*. Nada parece casual. La huella de Silva está en los *Coloquios* y lo está también en el *Lazarillo* y, al estarlo, solo nos cabe preguntar por qué tanta proximidad entre los dos textos. Pero antes veamos más ejemplos.

*

Lázaro se venga del ciego llevándole por «los peores caminos», y aunque él también sufre lo suyo, con tal de hacerle mal «holgábame a mí quebrar un ojo por quebrar dos al que

26.- Feliciano de Silva, *Segunda Celestina*, ed. Consolación Baranda, Madrid, Editorial Cátedra, 1988, p. 421.

ninguno tenía». El refrán está, ya años después, en Sebastián de Horozco, pero tengo la impresión que el autor del *Lazarillo* se inspiraba en la *Segunda Celestina*:

Hija, nunca **por quebrar los ojos a otro te los quiebres a ti**; bebe y no cures de motes (503)

Concedo que esta expresión puede ser común, pero no así el paralelismo que pongo aquí debajo:

<i>Lazarillo</i>	<i>Segunda Celestina</i>
Mas no había piedra imán que así trajese a sí ¹ como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha	que pienso que no hay piedra imán que a ssí traiga el azero como con su boz los coraçones de las mugeres llama (327) Que no hay piedra imán , señora, que más traiga a ssí el azero que la lengua dulce al coraçón que tiene ya blando... (374)

El empleo de «piedra imán» como analogía aparece en otros textos, pero en ninguno el paralelismo es de tal calidad, ni siquiera en Arce de Otálora, aunque el hecho de que éste lo emplee en varias ocasiones en sus *Coloquios*²⁷ contribuye a acercar su repertorio verbal al del *Lazarillo*, sin olvidar, claro, que el jurista es también buen lector de Feliciano de Silva.

*

La cercanía entre el *Lazarillo* y los *Coloquios* se puede establecer a través de un par de topónimos particulares (*Tejares* y *Costanilla*), con una secuencia en torno a un nombre propio (*a este propósito dice Tulio*) o gracias a un menú frugal (*uña de vaca* y *bodigo*), pero también con un par de frases nominales del tipo *piedra imán* y *paja larga* sacadas de párrafo comentado más arriba, pues salvo Arce y el *Lazarillo*, no existe un solo documento en todo el corpus de CORDE que las comparta, como tampoco las comparte ni uno solo entre los millones y millones que el buscador Google peina en la Red. Un renglón más abajo leemos que Lázaro «metiendo (la paja) en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches». Arce de Otálora, en sus *Coloquios*, trae: «todos han perdido la fe y me han dejado a buenas noches» (II, 1169). Si nos vamos a CORDE y buscamos la expresión *a buenas noches* entre los textos del siglo XVI, encontramos que hay solo diez casos, cuatro de ellos en los *Coloquios*; y con el verbo *dejar a buenas noches*, nada más que Arce, aparte del *Lazarillo*.

*

El grado de recurrencia es altísimo en cualquier párrafo queelijamos. Veamos, por ejemplo, un pasaje del Primer Tratado que ha resultado de difícil lectura. A oídos del mayordomo llega la «conversación» que mantiene el negro Zaide con la madre de Lázaro;

27.- En siete exactamente. Aquí pongo dos casos: «Y aun las piedras dellos me parece a mí que deben de tener virtud atractiva para atraer el dinero, como la piedra imán el acero» (*Coloquios*, I, 298) y «Como veis, el acero es una de las cosas pesadas del mundo, y la piedra imán le alza y lleva tras sí» (II, 1019)

hecha pesquisa, se descubre que se dedicaba a robar «la mitad por medio» de la cebada y otras muchas cosas de la encomienda, desde salvados y leña hasta las mantas y sábanas de los caballos, con todo lo cual —aclara el narrador— «acudía a mi madre para criar a mi hermanico». El castigo que recibe el padraastro será ejemplar y quizá mayor de lo que merecía su culpa, especialmente cuando se piensa que, al fin y al cabo, lo hacía para ayudar a su familia. Lázaro verterá la siguiente reflexión:

No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

El comentario se ha interpretado de varias maneras, pero lo que yo creo que da a entender Lázaro, con muy sutil ironía, es que si un ser tan indigno como un esclavo negro roba por amor a su familia, no deberíamos escandalizarnos que hagan lo mismo los clérigos y los frailes por parecida causa. Pero el pasaje se aclara aun más cuando lo contrastamos con el comentario de Arce de Otálora sobre aquellos que se empeñan en dejar todo tipo de blasones y letras en sus mausoleos, incluido el famoso Obispo de Mondoñedo, cuando, como dice, hasta una famosa cortesana «deseó dejar memoria de su persona y deshonesto vivir»:

Ahora no me maravillo de los letreros y armas y vanidades y blasones que se usan en el mundo en portadas y capillas y enterramientos, ni de los pleitos y diferencias que hay sobre ellos, ni del señor don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, que tantos letreros dejó en Sanct Francisco de Valladolid, cuando una mujer pecadora como ésa tanto deseó dejar memoria de su persona y deshonesto vivir. (II, 1189)

La composición del párrafo se asienta en una misma lógica («no me maravillo de eso cuando esto otro ocurre»), aunque la conclusión resulta claramente absurda y hasta irreverente, muy en la línea de la parodia sacra, que es típica tanto del *Lazarillo* como de los *Coloquios*.

*

La manifestación más común de la parodia sacra consiste en volver del revés un pasaje de las Sagradas Escrituras o darle un sentido subversivo a cualquier punto del dogma cristiano. Al comienzo del Primer tratado Lázaro cuenta que su padre, tras ser acusado de robar «en los costales de los que allí a moler venían... confesó y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados». El empleo chistoso del texto sagrado salta a la vista y no lo comentaré, habiéndose ya comentado en otros sitios; quiero solo señalar que Arce de Otálora es muy aficionado a este tipo de humor. Por ejemplo, nada más llegar al convento de Valparaíso, Pinciano comenta:

éste es Valparaíso, y el paraíso es el Reino de los Cielos, y en el Reino de los Cielos por fuerza se ha de entrar, pues dice el Evangelio: «Regnum celorum vim patitur et violenti rapiunt illud»²⁸ (I, 98)

El paralelismo es significativo, pero quizá lo es más este otro pasaje sobre las bienaventuranzas que les competen a los «pobres opositores»:

28.- *Mat.* 11:12.

Porque ellos son bienaventurados por ser pobres, y gozarán el reino de los cielos por mansos, poseerán la tierra porque son humildes, serán consolados porque siempre lloran, hartarse han de justicia porque siempre la buscan, alcanzarán misericordia porque son misericordiosos, y por ser pacíficos serán hijos de Dios, y por ser perseguidos y murmurados, ternán parte en el cielo. (II, 1083)

No parece necesario subrayar las concomitancias con el *Lazarillo*, si bien la interpretación burlesca del texto sagrado adquiere matices distintos. Por ejemplo, el opositor busca la *justicia*, pero es porque presumiblemente está todo el día estudiando leyes, con lo cual no debe extrañar que se harte de ella.

*

El uso paródico de la religión en los *Coloquios* se extiende también a las obras de caridad y a los diez mandamientos. Fijémonos en el quinto, sin duda hilarante:

En el quinto mandamiento (los opositores) no pecan de obra, porque no matan a naide, mas desean que se mueran los que tienen cátedras, por heredarlas. A lo menos, confórmanse con la voluntad de Dios cuando se mueren. Y si está enfermo no le dicen misa de salud, antes le ayudan a morir, a poder decir «vaya, vaya; fiat, fiat». Y antes que esté en la cama dicen que está sangrado, y antes que le confiesen dicen que está oleado y desahuciado. Y acaece que otro día va a leer, y por esto algunos tienen tanto miedo al «amén, amén», que no osan publicar que están malos, y salen a mostrarse a las gentes *ut videantur ab hominibus*. Verdad es que juntamente con este mal deseo tienen otro bueno, que los desean ver honrados y proveídos de audiencias y oficios preheminentes, porque les dejan sus cátedras. (II, 1075)

El desear la muerte de otros para propio provecho está, como bien sabemos, en el *Lazarillo* con un tratamiento humorístico casi idéntico:

Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo, y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

El contexto, sin embargo, es distinto. Lázaro reza a Dios para que se lleve a los moribundos de «aqueste mundo» por puro instinto de supervivencia, ya que su amo el sacerdote lo mata de hambre y sólo en los mortuorios, donde existía la costumbre de dar de comer a los presentes, es cuando tiene oportunidad de llevarse algo a la boca. Allí, por cierto, el amo de Lázaro, que hipócritamente aseguraba que los sacerdotes tenían que ser templados en «su comer y beber», «comía como lobo y bebía más que un saludador». La glotonería de los clérigos en tales eventos aparece recogida en otros textos coetáneos, como el *Cróton*,²⁹ e indirectamente lo mismo se observa en los *Coloquios*, con alguna que otra alusión a los mor-

29.- «Ofreçíanme cada domingo mucho pan y vino, y cuando moría algún feligrés toda la hazienda le comíamos con mucho placer en entierro y honras: teníamos aquellos días muy grandes papilorrios, que así se llaman entre los clérigos aquellas comidas que se dan en los mortuorios.», *El cróton*, ed. Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 1990, p. 153.

tuorios³⁰ y, sobre todo, al «canibalismo» de los clérigos, a quienes se les compara con los «carriberas», esto es, con los abogados que viven de las desgracias de los demás:

(Los carriberas) me parece a mí que tienen mejor vida que todos, porque gozan de la corte y comen de muertos, como clérigos... (II, 914)

*

La proximidad entre el *Lazarillo* y *los Coloquios*, como vamos viendo, queda de manifiesto en la tupida red de conexiones temáticas. Nada parece haber en un texto que no tenga el otro. Con todo, el fenómeno más significativo sigue siendo la extraordinaria singularidad observada en el repertorio verbal de ambas obras. Tomemos, sin más, el pasaje anterior sobre los *mortuorios* y elijamos varias palabras o secuencias verbales. Por ejemplo, esta serie de cuatro palabras:

cofradías y mortuorios y templados y hartaban

En todo el corpus de CORDE nada más que la obra de Arce de Otálora y el texto anónimo las comparten. No se piense que es un único caso. Si ahora añado a *cofradías y mortuorios* la expresión *Dios me perdone*, el resultado es el mismo. Y si combino *Dios me perdone* y *Dios me lo perdone*, en todos los textos del siglo XVI sólo aparecen juntos los *Coloquios* y el *Lazarillo*. Seguro que otras series depararán de vez en cuando obras distintas, pero mayoritariamente estará siempre presente el texto de los *Coloquios* y, a cierta distancia, los *Diálogos familiares* de Juan de Pineda, una cercanía que deberá ser estudiada con detenimiento a su debido tiempo, aunque desde luego ni Pineda ni ningún otro autor pueden presumir de un paralelismo tan exclusivo como el que pongo aquí debajo:

mayormente que tenía	el estómago hecho a	más pan (<i>Laz</i>)
como lleva	el estómago hecho a	manjar delicado ² (<i>Col</i>)

*

El hambre que pasa Lázaro con sus primeros amos tiene más de una semejanza con el hambre de los estudiantes en el pupilaje, según nos lo describe Arce de Otálora en los *Coloquios*. Los pupilos entran alegres, con «el pan de la boda y los regalos que traían de la tierra, y cada uno tiene por punto de honra decir que se halla bien y que no hay otra vida en el mundo», pero a los pocos días «van perdiendo los bríos y el contentamiento, y comienzan a dar señal dello en la color y gesto, y desean las vacaciones por volver a visitar la tierra». Al mes empiezan a murmurar del bachiller y al cabo del año, cuando han probado «la aspereza de la religión pupilar, allí pierden junto el miedo y la vergüenza, y no murmuran en ausencia y entre dientes, sino públicamente, quejándose del comer, que es poco y malo y mal aparejado; y deste tema arman mil grimas». Tampoco vale ser frugal. Palatino, según dice, se conformaría con una simple libra de carnero al día, pero su amigo le aclara que de la libra de carnero:

saca el despensero su media nata, y luego el ama su sisa, y después el mozo la falcidia, y cuando llega al plato, ya viene sacado el tercio y quinto.

30.– Por ejemplo ésta: «Dísteles tanto mazapán y confitura que podrían empedrar las calles con ello. Creo que pensábadas que era la caridad que se da en vuestra tierra al acompañamiento de los mortuorios». (II, 676)

Afortunadamente los estudiantes se lo toman todo con buen humor:

Si la carne es flaca, péganla a la mano y dicen como Job: «Pelli mee, comsumptis carnibus, adhesit os meum». Si el pan es duro, dicen al bachiller: «Domine, dic ut lapides isti panes fiant»... Cuando el caldo viene flaco y sin farandura, quitan con ello las manchas de los bonetes; y si parece algún garbanzo, hacen que se desnudan para entrar por él a nado... Si viene alguna paja a vueltas, guárdanla para limpiar los dientes, y si sale alguna guedeja de cabellos en el plato, no falta quien la toma por empresa del ama, y a las veces hay para un cordón de sanct Francisco. (I, 553)

Muchos de estos chistes en torno a la escasez de comida en los pupilajes proceden seguramente del folclore estudiantil, como el chiste del garbanzo, que está en la *Floresta* de Santa Cruz y ya, muchos años después, en el *Buscón* como una hipérbole entre muchas para describir la indescriptible miseria en la que vivían los pupilos del dómine Cabra;³¹ aunque a mí lo que me importa señalar ahora es que para un contemporáneo del *Lazarillo* resultaba muy fácil asociar la figura del cura de Maqueda con un bachiller de pupilos, y el hambre de Lázaro con el hambre que padecían los estudiantes en el pupilaje. Y nada mejor para corroborarlo que cotejar el título completo del *Lazarillo* con un pasaje de los *Coloquios* en donde Pinciano se acuerda risueñamente de los tormentos y naufragios de «la vida pupilar»:

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades	Algunas veces me acuerdo de la vida pupilar y de sus fortunas y me muero de risa de los tormentos y naufragios que en ella se pasan, y el buen ánimo y alegría con que se llevan (I, 550)
---	---

*

La vida de Lázaro no es, evidentemente, para morir de risa, pero quien la escribe se vale del modelo pupilar que vemos en la obra de Arce de Otálora. Puedo dar más ejemplos. El pobre Lázaro descubre con extraordinario pesar que el lacerado de su amo está tapando con clavos y tablillas «todos los agujeros de la vieja arca» y exclama:

«¡Oh Señor mío —dije yo entonces—, a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos y cuán poco turan los placeres de esta nuestra trabajosa vida!

Francisco Rico notaba en su edición que el pasaje parecía transparentar algunos versos de las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique; y puede que sea así, especialmente a tenor de lo que dice Pinciano respecto a algunos pupilos que, mientras están de vacaciones en sus casas, no disfrutan, sabiendo lo poco que les va a durar el placer:

31.— «A un estudiante que era pupilo de un colegio echáronle, en un escudilla grande, mucho caldo y sólo un garbanzo. Desabrochóse, y rogó a su compañero que le ayudase a desnudar. Preguntando para qué, respondió: Quiérome echar a nadar, para sacar aquel garbanzo», Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Barcelona, Editorial Crítica, p. 133. «Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo», Francisco Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, Universidad de Salamanca, 1980, p. 36. Véase Maxime Chevalier, *Folclore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, pp. 120–127.

Otros dicen que no gozan de aquel placer, acordándose que se ha de acabar presto, y suspiran con don Jorge Manrique diciendo «cuán presto se va el placer, cómo después de pasado da dolor» (I, 555).³²

*

La penuria de la vida pupilar empieza con la pobretona *celda* en donde se alojan los pupilos, en la cual, a lo sumo, hay «una media cama de campo», «un arca encorada y un par de medias sillas de espaldas», si es que los estudiantes son «gente de presunción», porque si son de los «de tortis», no habrá entonces sino «una cama de cordeles y un arca y un banco y mesa de pino», junto a los libros. Claro que Lázaro lo tiene mucho peor en la casa «triste, lóbrega y oscura» del Escudero, pues allí todo lo que hay son paredes

sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras.

Tal desnudez se asemeja, más que a un pupilaje, a las posadas alemanas, según la descripción que hace de ellas Pinciano en los *Coloquios*:

A medianoche os mostrarán la cámara, tan limpia como el tinelo y tan desnuda que no terná mesa ni banco ni silla ni candelero... (II, 1207)

La enumeración «mesa ni banco ni silla ni...» encaja casi a la perfección con «silleta ni tajo ni banco ni mesa ni...» del pasaje del *Lazarillo*, pero si queremos asegurarnos de la calidad del paralelismo podemos ir a CORDE para comprobar que la simple combinación <ni banco y cámara> solamente se encuentra en el texto anónimo y en la obra de Arce de Otálora. Y si deseamos un dato aún más vistoso, se puede añadir que la serie de adjetivos «triste, lóbrega y oscura» tiene como réplica en los *Coloquios* la colocación³³ «tristes y lóbrigos»: «era de los más tristes y lóbrigos del mundo» (II, 978).

*

El motivo del hambre ocupa buena parte del *Lazarillo*, pero tan importante o más es el tema de la honra, que se inicia en el mismo prólogo, se convierte en el asunto central del Tercer tratado y termina siendo la piedra angular en donde se asienta *el caso* que le cuenta el pregonero a Vuestra Merced. Como el tratamiento es claramente burlesco, muchos han dado en pensar que el autor era un cristiano nuevo o, cuando menos, alguien fuera del sistema, una especie de *outsider*, aunque muchas veces se olvida que las críticas más aceradas contra el sistema suelen provenir de quienes están más integrados en él, debido a que, por estar dentro, conocen mejor tanto las fallas como sus contradicciones o excesos. Tal es el caso, por lo menos, de Arce de Otálora, defensor a ultranza de los privilegios de la hidalguía, pero a quien no se le escapa ni la tiranía de la «negra honra» ni la difícil situación —rayana en lo ridículo— en la que vivían los escuderos del tipo del que aparece en el *Lazarillo*.

*

Así, en los *Coloquios*, se entabla un debate sobre quién aporta más a la sociedad, si el escudero o el labrador. Pinciano, *alter ego* del autor, recuerda que sus antepasados eran

32.– Y también éste, casi igual: «Si nos damos estos días a placer y holgura, después de pasados sentiremos más la ruina y suspiraremos con don Jorge Manrique diciendo *cuán presto se va el placer, cómo después de pasado da dolor* y quedaremos tristes, quia extrema gaudii luctus occupat» (*Coloquios* I, 53)

33.– En lexicografía se entiende por *colocación* «the occurrence of two or more words within a short space of each other in a text» (Sinclair, ed. cit, p. 170).

escuderos y declara, con orgullo de casta, que prefiere mucho más «descender de un escudero pobre que del más rico labrador de Campos, porque escudero no difiere de caballero sino en el nombre y en la renta». Palatino le hace notar que «nombre» y «renta» marcan todas las diferencias en la sociedad, siendo así que los labradores tampoco se diferencian de los caballeros más que en eso, a lo que Pinciano replica que se diferencian también —y sobre todo— en el oficio, ya que el labrador está obligado a cavar, mientras que el escudero hace lo mismo que el caballero, esto es, defender la tierra y servir al rey. Palatino cita entonces con malicia a uno que decía que les llamaban «escuderos porque eran escusados en el mundo, y sin provecho». Pinciano puntualiza:

Escusados son de pechos y tributos, porque son hijosdalgo; sin provecho no, sino provechosos y necesarios... Escudero quiere decir noble e hijodalgo, e que no son escusados en el reino, sino escudos del reino. (I, 237)

Palatino, nada convencido, insiste en que si son escusados de tributos es por ser pobres, ya que «la regla dice que a quien no tiene, el rey le hace franco; y por la mayor parte ellos lo son». El labrador, en cambio, sostiene a todos los demás estados de la república. Pinciano no puede menos que aceptarlo e incluso inicia la alabanza del labrador, aunque termina indicando que precisamente porque Dios le crió «para servicio de todos y para trabajo» el labrador está un escalón por debajo del escudero. Con todo, no se puede negar que el escudero «muere de hambre y se anda paseando con una capa frisada y ¡viva la gala! Mucha honra y susténtanla con locura y pobreza, que son dos joyas que cualquiera dellas envilesce et *ridiculos homines facit*». ³⁴ Palatino, tras la concesión de su amigo, remacha:

A mi cuenta, dificultosamente un pobre puede ser hidalgo ni noble, por más escudero que sea, porque los antiguos llamaron hidalgo al rico que tenía algo, y tuvieron la hacienda por origen y principal causa de la nobleza, y la que la conserva. (I, 238)

Pinciano, en la línea de su autor, rechaza que el poder del dinero pueda ennoblecer y señala que «la hidalguía o nobleza que se funda en dineros y hacienda es bastarda y artificial, y no se iguala con la de un escudero noble de solar conocido». A Palatino no le persuaden en absoluto las razones de su amigo:

Antes la hidalguía sin hacienda, como la de los escuderos, es hidalguía muerta, como la fe sin obras... El labrador rico fácilmente se puede hacer escudero e hidalgo, e no al contrario, porque el Rey el día de hoy fácilmente hace a los ricos que se lo pagan hidalgos e caballeros y dificultosamente hace ricos a los pobres escuderos. (I, 239)

Uno y otro, finalmente, convienen en que la mejor nobleza reside en la virtud y que cada uno debe ser hijo de sus obras, si bien Pinciano añade que «por la mayor parte y casi siempre, los de buena casta son virtuosos y naturalmente inclinados a bien». El final del debate está imbuido de espíritu cristiano. Pinciano lo resume muy bien:

34.— La clara alusión al Escudero del *Lazarillo* queda explícita en los primeros manuscritos de los *Coloquios*: «... y viva la Gala, sino preguntadlo a Lazarillo de Tormes, mucha honra...» en J. L. Ocasar Ariza, «Coloquios by Arce de Otálora» en *Text in Multiple Versions*, ed. Luigi Giuliani et al, Editions Rodopi, Netherlands, 2007, p. 177.

Procuremos ser buenos y virtuosos, que ésta es la verdadera nobleza y hidalguía; todo lo otro es aire. Todos somos hijos de Adán y Eva. (I, 241)

El menosprecio de la honra mundana, dicho quizá de boquilla, no le impide a Pinciano poner una nota de buen humor; y así, mientras salen de la ciudad que acaban de visitar, le advierte a su amigo que no hable muy fuerte en contra de los hidalgos, ya que los de este lugar «son gente de tanta presunción y fantasía que os podrán pedir cuenta con pago de lo que contra ellos dijéredes; y podránse salir con ello, como con otras cosas más graves». Palatino lo corrobora:

Ya sé que son gente presumptuosa. Condición es de caballeros, que... naturalmente son soberbios e hinchados. (I, 243)

Con todo, los verdaderos caballeros «cuanto más tienen de nobleza y buena sangre, han de tener más de virtud y humildad y buena condición. Y parte de la virtud es ser manso y humilde, y así... «(las) Leyes de las Partidas dicen que los caballeros han de ser magnánimos y afables y mansos y honestos y graves.» (I, 244)

*

Me he extendido quizá en exceso en las citas, pero creo que nos ayuda a entender mucho mejor la caracterización que se hace del Escudero en el *Lazarillo*, personaje claramente ambivalente: por un lado, afable y magnánimo en el trato con su criado; por otro, hinchado y lleno de «presunción y fantasía» en todo lo que toca a la «negra honra», la cual, evidentemente, sustenta «con locura y pobreza», hasta hacer de él un ser completamente ridículo. Por cierto que «la locura del linaje» ya estaba mencionada al principio de los *Coloquios* al referirse a aquellos que, como el Escudero, «tratan siempre de sus solares y de sus armas y blasones, y no miran sus vicios y faltas», ni se acuerdan del «memento homo» ni de que todos «somos hijos de Adán y Eva». La vanidad de la honra es un motivo que recorre los *Coloquios* desde su comienzo, como de algún modo pasa con el *Lazarillo*; y así, Palatino, cuando debate con su amigo qué orden religiosa le agradecería tomar, aclara que el mayor peligro para condenarse es la «negra honra»:

la principal causa porque yo estoy mal con el mundo y la más recia ocasión que me da para apartarme de Dios y condenarme es esta negra honra; y por esto, huiría a ser fraile. Y si, siéndolo, a este fin me volviesen a cebar con ser procurador o prior o predicador o perlado, sería mayor el peligro que antes y hallarme hía muy recio y arrepentido. Un pobre y simple sacerdote bien holgara de serlo, sin que me pasasen de allí. (I, 158)

La «negra honra» es la principal falta que tienen los frailes, tal como se formula poco después en los *Coloquios*, con palabras muy semejantes a las que dice Lázaro con respecto a su amo el Escudero. Véase el contraste entre los dos pasajes:

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
Sólo tenía dél un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad.	PALATINO.– A mí todo me parece bien dellos, sino esa competencia y pundonor que tienen unos con otros, que es de gloria y honra mundana, que es lo que principalmente ellos renuncian y más habían de menospreciar. PINCIANO.– No os maravilléis deso ni les culpéis por ello, que esta negra de honra a ninguno perdona, como la muerte; a lo menos, hasta acometerle. (I, 154)

Y es que la búsqueda de honra es la fuerza motriz en la mayoría de los actos humanos:

Todo el mundo y las gentes *ambulant in vanitate sensus sui* ((Ef 4:18) *et volant in stolis ambulare, in primos cathedris sedere in sinagogis et primos recubitos in cenis* (Mc 12: 38-39) *et salutationes in foro et vocari ab hominibus rabi* (Mt 23: 7) *et multi ex principibus dilixerunt gloriam hominum magis quam gloriam Dei* (Jn 12: 43). Y aun los filósofos que escribieron del menosprecio de la honra y gloria mundana, en el principio y frontera de sus libros pusieron sus nombres para gozar la misma gloria que reprehenden. Como dice Tulio en sus *Oraciones*, todos pican en este cebo de vanidad. Los frailes y legos todos somos unos, y ellos los mejores y por quien Dios sustenta el mundo y a nosotros nos hace bien y merced. (I, 155)

La cita vuelve a ser extensa, pero aquí está encapsulado el núcleo temático del Prólogo del *Lazarillo*. Nótese el paralelismo entre «todo va desta manera» del anónimo y «todo el mundo... *ambulant in vanitate...*», reforzado por el dicho de Tulio («todos pican en este cebo de vanidad»), además del hecho de que los pasajes testamentarios hacen referencia a la hipocresía de los fariseos y el deseo de fama de los paganos, sin duda dos rasgos que definen la conducta del Escudero y del propio narrador Lázaro, tanto en el Prólogo como al final de la epístola. La paradoja de los filósofos que menospreciando la honra se honraron al escribir sobre ella está, curiosamente, casi con las mismas palabras, al principio de la continuación que hizo Cervantes de Salazar de la *Dignidad del hombre* cuando se dedica a exponer los bienes que trae la fama. Las coincidencias entre los dos pasajes son tan grandes que sospecho que Arce de Otálora se inspiró en el texto del humanista toledano:

<i>Dignidad del hombre</i>	<i>Coloquios</i>
Cierto bien has mostrado que si no fueras hombre y tan agudo no hubieras contra el hombre hablado así, en lo cual imitaste a unos filósofos , los cuales escribiendo del menosprecio de la gloria en menospreciarla se gloriaron... (25v-26r)	Y aun los filósofos que escribieron del menosprecio de la honra y gloria mundana , en el principio y frontera de sus libros pusieron sus nombres para gozar la misma gloria que reprehenden . (I, 155)

En efecto, ninguno puede despreciar la gloria si, al hacerlo, se gloria, a no ser que lo haga a modo de paradoja burlesca o si, como ocurre en el *Lazarillo*, el nombre del verdadero autor queda oculto.³⁵

*

El verdadero autor, digo, porque el otro, Lázaro de Tormes, aparece con todas sus letras nada más iniciarse la epístola y a lo largo de todo el relato de su vida, desde su nacimiento en el molino, hasta alcanzar la cumbre de toda fortuna, que en su caso no es sino llegar a ser pregonero, un «oficio real», pues «no hay nadie que medre, sino los que le tienen». Dejando de lado la ironía, debe decirse que es la misma aspiración que tienen los dos interlocutores en los *Coloquios*. Palatino afirma que si se decidiera a entrar en la administración de justicia «querría ser juez más que abogado» y «con condición que lo fuese del rey». Pinciano parece darle la razón:

Alguna razón tenéis, que de los mal librados, los que sirven al rey son los mejores, porque tienen mejor amo y más honra y más libertad para administrar justicia, la cual no tienen los otros jueces que sirven a señores y grandes, porque les van a la mano muchas veces. (II, 901)

Y más adelante añade:

Por esto y porque no nos descompongan al mejor tiempo, soy de vuestro parecer que no seamos jueces sino de Su Majestad, y no de los temporales que andan en corregimientos, sino de los perpetuos, y que nos metamos oidores en Valladolid o Granada y nos quitemos de malas lenguas y de malas residencias. (II, 902)

*

Si los dos interlocutores de los *Coloquios* reflejan las inquietudes que debió tener Arce de Otálora de joven, Lázaro de Tormes se nos aparece como su reflejo paradójico. El oidor y el pregonero representan, tanto en su sociedad como dentro de la administración de Justicia, los dos extremos de la escala. Repárese, además, que la justicia está presente desde el principio en el relato de Lázaro. Sus padres la sufren en propia carne; más adelante, él mismo será llevado a declarar en el embargo de la casa del Escudero. La familiaridad con los procedimientos legales en algunos pasajes del *Lazarillo* delata quizá al hombre de leyes, así como algunos de los comentarios que se leen en los *Coloquios* ponen al descubierto los escrúpulos y dudas que un hombre como Arce de Otálora podía tener en casos como los del padre y padrastro de Lázaro:

PINCIANO.– Razón tenía el otro de decir que aunque el oficio de los oidores era trabajoso, pero que el de los alcaldes y jueces criminales era miserable y odioso, pues en ellos la blandura es peligrosa y la crueldad amarga y odiosa. De mí os digo que de mala gana sería pesquisidor ni alcalde, porque no podría acabar conmigo de tener el rigor y aspereza que estos oficios requieren.

PALATINO.– Dese peligro estaré yo seguro siendo clérigo, que no mataré ni verteré sangre. Pero si fuere alcalde, no dejaré de espantar, aunque en la ejecución procuraré de templar el rigor de la justicia con misericordia, y pecar antes de corto que de largo... (II, 917)

35.– Véase F. Rico, «El deseo de alabanza», en *Problemas del «Lazarillo»*, Cátedra, Madrid, 1988, pp. 57-68.

*

Desde luego en el *Lazarillo* la justicia es rigurosa y la misericordia muy escasa, especialmente con la gente menuda. Lázaro, astutamente, acabará logrando un oficio real dentro de la administración de justicia, como Arce de Otálora, aunque uno sea quien la imparta y el otro quien la declare a voces. Me digo a mí mismo: el oidor y el pregonero, el caballero y el mendigo, *the prince and the pauper*... Y, de pronto, según le doy vueltas a esta relación especular, las letras LÁZARODETORMES me bailan en la cabeza y, como por ensalmo, se me aparecen ordenadas de esta guisa: MSARZEDEOTÁLOR.

*

Dejémonos cautivar momentáneamente por el encanto del posible anagrama, sin que ello nos lleve a ninguna conclusión definitiva. Salvo una «a» que falta, todas las demás letras encajan, incluso M y S, que podrían ser las iniciales de «Magnífico Señor». En un documento expedido en 1564, tres años después de su muerte, se lee:

El magnífico Señor Arze de Otálora, Oidor, posee en su término tierras y heredades. Medina del Campo...³⁶

Y, al principio de los *Coloquios*, el amigo que le envía una carta dándole la opinión del libro, se dirige a él con el título de «Magnífico Señor».

*

Debemos tener en cuenta otro dato. En la misma obra, Palatino se muestra extraordinariamente interesado en «saber leer y escribir cifras»; y así durante casi dos páginas tanto él como su amigo Pinciano enumeran toda una serie de técnicas empleadas en la antigüedad y en los tiempos presentes para transmitir mensajes en clave:

Antiguamente se usó mucho, y hoy día se usa entre los príncipes y grandes señores, en negocios arduos y de gran importancia. Y así se hallan muchas cifras en las epístolas de Julio César a Gayo Opio y a Balbo Cornelio. Y en nuestros tiempos ha habido hombres tan curiosos que las han declarado, según lo refiere Aulio Gelio. (I, 352)

«Cifra», según el diccionario de *Autoridades*, es «modo u arte de escribir dificultoso de comprender sus cláusulas, sino es teniendo la clave, el cual puede ser usando de caracteres inventados o trocando las letras...». Palatino, incluso, confesará al final que «cuando muchacho... solía saber mil primores destos...». Además, en los *Coloquios* se menciona hasta dos veces al poeta y gramático griego Licofrón, que es conocido por lo oscuro de su estilo, pero también por haber sido el padre del anagrama.

*

De ser el nombre *Lázaro de Tormes* un anagrama que encerrara en cifra *M.S. Arze de Otálora(a)*, el misterio de la autoría estaría definitivamente resuelto, pero, además, arrojaría nueva luz sobre el propio sentido de la obra. No olvidemos que la vida que cuenta Lázaro en la epístola tiene mucho de paradoja encomiástica al modo de las de Luciano, al menos en su final. La lección que se desprende parece evidente: el provecho vale más que la honra y el disimulo trae la felicidad. Este cinismo último de Lázaro se asemeja,

36.- José Pérez Balsera, *Los caballeros de Santiago*, E. Maestre, 1932, p. 135.

claramente, al que tiene el «parásito» en el diálogo del satírico de Samosata, como queda indicado en los *Coloquios*:

PINCIANO.– Razón tuvo el parásito de Luciano de alabar su oficio y probar que era arte liberal y excelente sobre todas, porque ellos viven della abundantemente, sin engañar a nadie, porque el oficio es el mesmo engaño. Siempre tratan entre buenos y ricos y nunca saben qué cosa es pesar ni tristeza.

PALATINO.– ¡Dios les perdone y dé seso, que harta locura es quererle perder, y la vergüenza y honra, por interés!

PINCIANO.– No es sino cordura grande vivir de gracia y no de culpa ni de pena. Ellos entran en el trato con poco caudal de honra porque, por la mayor parte, son gente baja. ¿No os parece que hacen bien valerse por su pico? Leed aquel diálogo de Luciano y veréis cuán cuerdos son. (I, 71)

Un gran señor como Arce de Otálora, defensor de los privilegios de su clase y muy celoso de su propia «honra», naturalmente hablaba de burla al elogiar al «parásito», pero ya se sabe que toda burla encierra casi siempre algunas veras, y una de ellas era subrayar la tiranía absurda de la «negra honra» y otra la vanidad del hidalgo que olvida el «memento homo» y que todos somos «hijos de Adán y Eva». Una generación después, Juan de Salinas dedicaba un poema a «la presunción de algunos, aludiendo a un anagrama bien digno de considerar»³⁷ que muy bien podía haber sido escrito por el jurista vallisoletano:

¿Es bueno que no saludes
al humilde, y que le ultrajes
soberbio? ¿Hay otros linajes
más que vicios y virtudes?
Si a tus principios acudes,
¿qué ruedas no desharán?
¿Qué importa con tanto afán
ser por autos de Granada
hijodalgo, si la nada
es anagrama de Adán?

*

La *negra honra* es tiránica, cuando no resulta ridícula, pero peor, mucho peor, es la codicia. En el *Lazarillo* casi nadie se libra de este mal, ni altos ni bajos, ni ricos ni pobres, ni caballeros ni hombres de Iglesia. Pensemos en el Comendador de la Magdalena,³⁸ el personaje de mayor rango y categoría social en el *Lazarillo*. La madre del narrador parece

37.– Juan de Salinas, *Poesías*, ed. Henry Bonneville, Castalia (Madrid), 1987, p. 428.

38.– El Comendador de la Magdalena del *Lazarillo* debe ser, sin duda, don Antonio Galíndez de Carvajal, de quien se hace ya mención en 1539 en una nota escrita por el Padre Diego de Casares en torno a un manuscrito de los reyes de Castilla de López de Ayala que recogió de manos «de Antonio Carvajal, Comendador de la Magdalena, hijo del Doctor Carvajal» (*Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, 1795, p. 460). Casi treinta años después el viejo Comendador todavía se sentía con fuerzas para acompañar al Duque de Alba a Flandes: «Don Antonio Galíndez de Carvajal, Comendador de la Magdalena en la orden de Alcántara y veedor general del ejército que el año 1567 llevó a Flandes el valeroso Duque de Alba» (M. Salvá y Pedro Sainz de Baranda, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XX, Madrid, 1852, p. 284). Y, de ahí, que el poeta Diego Ximénez Ayllón, al dedicarle un soneto, lo empezara diciendo «Quietud con más sosiego y más reposo A vuestra edad Señor le convenía; Que en esta baja tierra húmeda y fría Andar siguiendo al de Alba belicoso» (*Sonetos*, ed. Ramón García González, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://www.cervantesvirtual.com>)). (2.10.07)

pensar en él cuando habla de «arrimarse a los buenos», con evidente ironía. No es necesario entrar en detalles de cómo se las gastan en su encomienda; baste decir que el ejemplar castigo que recibe el negro Zaide cuando se descubren sus hurtos es todo menos misericordioso. En los *Coloquios*, Pinciano explica la mezquindad de los comendadores con el siguiente razonamiento:

(las encomiendas) cuestan muy caras y los que las traen suelen ser cobdiciosos y avarientos, porque de costarles caras cuando mozos, vienen cuando viejos a guardar bien la renta *quia pretium sanguinis est.* (I, 139)

Palatino trata de justificarlo porque de jóvenes los comendadores ponen «la vida al tablero mil veces», aunque reconoce que deberían acordarse «que juran pobreza cuando toman el hábito» (I, 139).

*

Lázaro de Tormes llega a «buen puerto» cuando entra a servir al arcipreste de San Salvador, otro de los «buenos» del librito que parece hacer referencia a un personaje real. La dignidad de «arcipreste» no existía en Toledo, aunque es más que posible que el nombre aluda a algún miembro de la familia de los Álvarez Zapata, especialmente si tenemos en cuenta que varias de las capillas de la iglesia parroquial de San Salvador pertenecían a esta familia judeo-conversa.³⁹ Debe añadirse que la conducta del arcipreste encajaría perfectamente con la idea que se tenía entre los cristianos viejos del descendiente de judíos. Recordemos. Cuando Lázaro le comunica a su señor los rumores que corren en la ciudad sobre su mujer, el arcipreste le tranquiliza con estas palabras:

Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca: digo a tu provecho.

El pragmatismo del consejo deja entrever su origen. En los *Coloquios* Palatino comenta la difícil situación de los cristianos nuevos y señala que ya no les admiten ni en colegios ni en las iglesias catedrales, ni tampoco «en la iglesia de Toledo ni en la de Sevilla ni Jaén, ni en cofradías ni encomiendas ni oficios principales ni inquisiciones»; a lo cual Pinciano responde con un chiste que contaba el bufón de la corte de Carlos V, don Francés de Zúñiga, en torno a la elección que habían hecho los judíos entre la *honra* y el *provecho*. Viendo que «honra y provecho no caben en un saco», Dios les había dado a escoger:

Y aunque ellos lo quisieran todo, acordaron entre sí que la honra era tan trabajosa de sustentar que era bien no tenerla por no mantenerla; y escogieron el provecho y hicieron

39.- Véase M.^a del Carmen Vaquero Serrano, «Una posible clave para el *Lazarillo de Tormes*: Bernardino de Alcaraz, ¿el arcipreste de San Salvador?», Ciudad Real, Oretania Ediciones, Serie minor, 2000 y *Revista de Literatura Medieval y del Renacimiento*, n. 4, 2000. La profesora Vaquero me comunica que su hipótesis sobre Bernardino de Alcaraz como posible arcipreste de San Salvador ya la había apuntado un tiempo antes José Gómez-Menor Fuentes, algo que cuando ella redactó su trabajo desconocía. La cita de Gómez-Menor que me remite la misma investigadora dice: «El arcipreste de San Salvador del *Lazarillo* –título inexistente en la realidad– tiene, sin embargo, según todos los indicios, un modelo vivo en el Capellán mayor de la capilla de Santa Catalina, dentro del templo parroquial de San Salvador, capilla familiar del secretario real Hernandálvarez de Toledo, que desempeñó largos lustros su hijo don Bernaldino de Alcaraz de vida poco edificante, canónigo y maestrescuela de la Iglesia toledana. Se trata de un clérigo de familia burguesa, que vivía rodeado de clérigos y criados pobres, por él favorecidos» (José Gómez-Menor Fuentes, «Los médicos toledanos del Siglo de Oro y su clase social», en *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, XII, 369-392, Salamanca, 1973. p. 21(=387), n. 57). Véase también del mismo Gómez Menor, *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*, Zocodover, Toledo, 1971.

cuenta que de no entrar en colegios ahorraban el trabajo de salir dellos, y que si no fuesen comendadores, serían arrendadores, y que si no tuviesen parte en justicia, serían el todo en la hacienda, y que si no les admitiesen en las inquisiciones, les admitirían en las contractaciones; y que con éstas tenían otras mil gracias y prerrogativas tan copiosas que no podían vivir sin ellas, pues Cristo Nuestro Señor dijo a la Samaritana: «Salus ex judeis est». (I, 584)

Este pasaje se sitúa dentro del contexto de los estatutos de limpieza de sangre que paulatinamente se fueron implantando en las instituciones españolas desde finales del siglo XV y que alcanzará un punto álgido y ciertamente traumático en 1547 con la aprobación que se hace de ellos en la ciudad de Toledo a instancias del arzobispo Silíceo. No me atrevería a dar un nombre concreto para el *arcipreste de San Salvador*, pero sospecho, a tenor de lo leído en los *Coloquios*, que se trata de uno de los conversos que ocupaban todavía puestos de relevancia en la ciudad Imperial, como converso debe ser el capellán de la Iglesia mayor a quien sirve Lázaro en «ese primer escalón... para venir a alcanzar buena vida». Me gustaría todavía aportar otro dato. La *novella* de los dos estudiantes y las dos moriscas que se incluye al final de los *Coloquios* es una historia atrevidísima, en la cual se cuenta nada menos que un *ménage à quatre*, sin que haya por ello ni el menor asomo de castigo o arrepentimiento. Se ha dicho que un argumento así, de tanta inmoralidad, solo podía darse porque las dos mujeres eran de origen morisco, pero, a lo mejor, también porque los dos estudiantes eran de Toledo, una ciudad llena de cristianos nuevos. El mismo hecho de que al principio de la historia las autoridades aprehendan a uno de los estudiantes por cabalgar en mula en lugar de a caballo, como exigía la ley a los caballeros, podía ser un buen guiño para los lectores de la época.

*

La coincidencia de asuntos o de tratamiento entre dos o más textos tiene que venir acompañada por la correspondencia verbal, si es que queremos empezar a hablar de una misma autoría. El tratamiento de la «honra» en el *Lazarillo* y en los *Coloquios* tiene indudables concomitancias, pero importa mucho más, desde el punto de vista de la atribución, que la palabra «honra» en ambos textos atraiga unas mismas palabras:

- por la **negra** que llaman **honra** (*Laz*)
- esta **negra** de **honra** a ninguno perdona (*Coloquios* I, 154)
- por la **negra** **que llaman** **honra** (*Laz*)
- subjecto a la dolencia **que llaman** tísica (*Coloquios* II, 1340)
- por lo que toca** a mi **honra** (*Laz*)
- por lo que toca** a la **honra** de la Iglesia (*Coloquios* II, 706)
- no sientes** las cosas de la **honra** (*Laz*)
- Yo **no siento** mal de la **honra** (*Coloquios* I, 586)
- entra muy a tu **honra** y suya (*Laz*)
- cosa que no les esté muy bien a su **honra** (*Coloquios* II, 1091)

O que la secuencia «hacen cuenta de no sacar provecho» del *Lazarillo* tenga estos paralelismos verbales en los *Coloquios*:

- Ellos **hacen cuenta** que con ser ricos alcanzan toda la honra y virtud (*Col*, II, 1137)
- de ello podréis **sacar provecho** (*Col* II, 985)

El primer caso («Ellos hacen cuenta...») irradia un haz de significaciones que se refracta sobre el *Lazarillo*, pero la cercanía con el texto anónimo queda, a mi juicio, determinada, más bien, cuando las tres frases en bastardilla del párrafo «*en toda la ciudad* el que ha de echar vino a vender, o algo, si Lázaro no entiende en ello, *hacen cuenta* de no *sacar provecho*» no son compartidas por ningún texto en la Red o en CORDE, salvo el *Lazarillo* y los *Coloquios*.

*

El repertorio verbal de cada hablante —ya se ha dicho— es limitado, singular y recurrente. Tomo al azar este pasaje de Miguel de Unamuno, sacado de su epistolario íntimo:

No sabe Vd. bien, señora y amiga, el desconcierto de corazón que me ha dejado el tránsito de su Enrique, de nuestro Enrique. Era tan estrecha la comunión y comunidad de íntimos anhelos en él y yo! Nos unía el mismo fervor ante el misterio que él ha traspuesto, en mi pueblo, en nuestro pueblo, en nuestro Bilbao, y qué culto le rendíamos ambos! Era aquél en quien más me oía a mí mismo. Sobre su recuerdo pasan por mi alma las horas más llenas, más eternas de mi vida. Fue, sí, un hombre inteligente, pero sobre todo bueno. Su inteligencia fue una forma de bondad...⁴⁰

Todo lector del «fuerte vasco» conoce su obsesión por la muerte, su anhelo intimista o el dato biográfico de que había nacido en Bilbao, todo lo cual está nítidamente reflejado en esta sentida carta de pésame enviada a la viuda de «nuestro Enrique». Esta información, sin embargo, de muy poco nos serviría como prueba para identificar a su autor si la carta, por cualquier circunstancia, no tuviera la firma del remitente. Escojamos, pues, como hicimos en el *Lazarillo*, el topónimo *Bilbao* dentro de la secuencia «en nuestro Bilbao». CORDE trae dos únicos casos, además del ya citado:

Entre las cartas que guardo y colecciono figuran las que usted me escribía años hace. Sí, hace ya 20 años, 20!! que nos vimos **en nuestro Bilbao**.⁴¹

Y espero abrazarle aquí, en nuestra España, quien sabe si **en nuestro Bilbao**...⁴²

Vayámonos ahora a la Red. Allí, como es lógico, encontramos varios documentos ajenos al vasco con la secuencia «en nuestro Bilbao», pero, además, este otro:

40.— Miguel de Unamuno, 374: a Emilia M. Redas (1924) [*Epistolario inédito*], ed. Laureano Robles, Espasa-Calpe (Madrid), 1991.

41.— 247: a Timoteo Orbe (1917) [*Epistolario inédito*], ed. cit., II, p. 50.

42.— 421: a Jean Cassou (1930) [*Epistolario inédito*], ed. cit., II, p. 269.

Con qué santo recogimiento leímos estas líneas candorosamente románticas publicadas **en nuestro Bilbao** veinticinco años antes de nuestra visión de los Caños, de nuestros Caños, de los de nuestra mocedad...⁴³

Imaginemos que hay dudas aún sobre la autenticidad de la carta y que deseamos cerciorarnos más. Otras secuencias paralelas aparecen de inmediato:

Era tan estrecha la comunión y comunidad de íntimos anhelos en él y yo!	como quien va a buscar confirmación a sus más íntimos anhelos . (<i>El sentimiento trágico de la vida</i> , 123)
Nos unía el mismo fervor ante el misterio que él ha traspuesto	Y como el niño callara lleno de estupor ante el misterio que veía (<i>Abel Sánchez</i> , 788)
Y con los años, como toda bondad radical , se hacía mayor	¡Adentro! Hay allí más bondad radical de la que podría suponerse a primera vista

Ninguna es del todo exclusiva, pero si las combinamos («íntimos anhelos» «bondad radical») y buscamos en Google, no aparece un solo documento. Más aun. Si escogemos la secuencia «Su inteligencia fue una forma de bondad» nos encontramos que Eduardo Mallea tiene una oración casi idéntica, pero citando a don Miguel:

...en él, la **inteligencia fue siempre una forma de bondad**. Amar en espíritu es compadecer, ha dicho Unamuno, y quien más compadece más ama. (*Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación-Ediciones Corregidor, 1994, p. 28)

*

El experimento con Unamuno es aplicable a cualquier otro autor. Si poseemos un conjunto de textos relativamente amplio, observaremos el mismo fenómeno, esto es, recurrencia sistemática de unos mismos vocablos y secuencias verbales cortas, acompañada por alguna frase muy rara o exclusiva en relación con el corpus general. Ciertamente hablantes cercanos entre sí compartirán un repertorio verbal de algún modo semejante, pero la singularidad del idiolecto es mucho mayor de lo que hasta hace muy poco podíamos sospechar. Nadie repite ni de la misma manera ni con la misma frecuencia, de igual modo que nadie recorre los mismos lugares, come las mismas comidas o se pone la misma ropa que otro. El repertorio verbal de cada uno es, además, extraordinariamente limitado: no creamos frases *ad infinitum*, sino que, más bien, combinamos las mismas palabras y frases cortas *ad nauseam*. Ello no quiere decir, claro está, que no exista creatividad en la producción lingüística; todo lo contrario. La paradoja está en que con un repertorio limitadísimo todo hablante crea continuamente enunciados únicos que nunca antes o después se volverán a oír, ni siquiera por el hablante que los emite, aunque haya excepciones a la regla. Y cuando esa excepción se da, hay que pensar en un préstamo o en un mismo agente, porque el azar apenas existe en la producción lingüística.

43.- Miguel de Unamuno, *Sensaciones de Bilbao*. Ediciones Nájera, Bilbao, 1976. [http://angulooscuro.blogspot.com/2007_07_01_archive.html] (2.10.07).

*

Pues si algo empiezan a ver claro los lexicógrafos a través del análisis de concordancias llevado a cabo con los distintos corpus informatizados que disponemos es que los hablantes de una comunidad lingüística comparten no sólo las mismas palabras, sino un elevado número de sintagmas ya fijados de antemano, que van mucho más allá de expresiones fijas o modismos⁴⁴. La memoria juega un papel esencial en la adquisición lingüística. Memorizamos y repetimos inconscientemente todo lo que oímos y leemos, pero nunca a gran escala: a lo sumo un grupo de cuatro o cinco palabras, salvo si deseamos reproducir un refrán o la cita literal de un texto. La recurrencia verbal está en proporción directa con la cercanía entre hablantes. A mayor proximidad, mayor recurrencia. Ahora bien: ni dos hermanos siameses que escribieran sobre los mismos asuntos compartirían entre sí un número significativo de recurrencias verbales en comparación con las que cada uno produciría diariamente por su cuenta.

*

La fórmula «*acojámonos a*» es relativamente corriente en el corpus de CORDE. Sólo en textos del siglo XVI encuentro estas correspondencias:

y agora	acojámonos a	la villa	<i>Amadís</i>
Sea así, y	acojámonos a	aquel mesón	Arce de Otálora
crianza y amor.	Acojámonos a	nuestra posada	Arce de Otálora
por satisfecho,	acojámonos a	la posada	Arce de Otálora
más recia.	Acojámonos a	la posada	<i>Lazarillo</i>
Anda, mi vida,	acojámonos a	la iglesia	<i>Comedia Florinea</i>
Huye, huye!	acojámonos a	la iglesia	<i>Comedia Florinea</i>
no quiero perderos;	acojámonos a	un castillo o poblado	Jerónimo de Urrea
por tanto,	acojámonos a	nuestros albergues	Juan de Pineda
por tanto,	acojámonos a	la sombra de aquel pino	Juan de Pineda

En varios casos el sintagma <*acojámonos a*> está acompañado de otras palabras recurrentes, pero nótese que dos de las secuencias paralelas <*acojámonos a la iglesia*> y <*por tanto, acojámonos*> pertenecen a Rodríguez Florián y a Juan de Pineda respectivamente, mientras que la secuencia <*acojámonos a la posada*> está compartida por Arce de Otálora y el *Lazarillo*. Y esta recurrencia todavía se puede complementar con un paralelismo casi idéntico <*Acojámonos a nuestra posada*> y otro muy cercano <*acojámonos a aquel mesón*>. La singularidad queda aun más patente si nos fijamos en la oración que la precede. Leeamos en el *Lazarillo*: «esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia». Comparémoslo ahora con esta frase de los *Coloquios*: «se parece en una piedra cuando cae de alto: cuanto más baja, va más recia» (II, 959).

*

44.- Véase Alison Wray, *Formulaic Language and the Lexicon*, Cambridge University Press, 2002, pp. 11 y ss. Christopher Butler et al, *The Dynamics of Language Use*, John Benjamins, 2005, p. 235.

El texto del *Lazarillo* está fabricado con la misma fibra de los *Coloquios*. Daré un ejemplo aún más llamativo. Tras el incidente del jarrazo en el que Lázaro pierde varios dientes, el ciego comenta a la gente:

—¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose, los que oían, decían:

—¡Mirá, quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad!

Tomemos ahora el texto de los *Coloquios* y espiguemos correspondencias. Encuentro, para empezar, esta primera:

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente?	¡Ya pensáis que os llamé inocente! (II, 606)

El paralelismo es interesante, pero aún lo resulta más acompañado por la secuencia *otra tal hazaña*, de extraordinaria rareza, pues tanto CORDE como Google solamente nos deparan documentos pertenecientes al *Lazarillo* y al texto de Otálora. Además, hay un paralelismo con verbo *dicendi* similar:

Santiguándose, los que oían, decían:	... santiguándose otra vez, dijo (I, 95)
--------------------------------------	--

No queda ahí la cosa. La secuencia *quién pensara de* no tiene otro caso en CORDE que los *Coloquios*; y si cotejamos el paralelismo completo, las coincidencias son extraordinarias:

—¡Mirá, quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad!	¿Quién pensara de aquel mozo, que le tenía por un sancto, que había de hacer tal bellaquería? (I, 108)
---	--

Y podemos todavía complementarlo con este otro ejemplo sacado también de los *Coloquios*: «abrirle ha tres veces un **muchacho inocente**, que a las veces sabe **ruindad**» (II, 1212).

*

En el mismo Primer Tratado Lázaro advierte que el ciego «ganaba más en un mes que cien ciegos en un año». Esta comparación se lee, con alguna variante, en Torres Naharro:

Más ganáis vos en un mes / que yo no gano en un año. (*Tinelaria*)

Arce de Otálora, muy familiarizado con el autor de la *Propaladia*, ofrece varios casos más:

- famoso como ladrón ganaba más en diez años que un oidor en treinta
- mandan ellas solas más en un día que sus maridos en todo el año
- frutifica y da más en un año que la muy cansada en tres
- sabe mucho más en un año que un canonista en tres

Otra variante en el *Lazarillo* con el verbo «gastar» obtiene su correspondiente paralelismo en los *Coloquios*:

Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año , que yo bebo en dos (<i>Laz</i>)	por una niñería que no pesa un adarme hagan a un pobre estudiante tanto de costas como él gasta en medio año (Col)
---	---

O incluso este:

¡Pardiez, mucho agua bendita **gasta este** vuestro clérigo!

*

Se dice en inglés que cuando algo camina como un pato y grazna como un pato y vuela como un pato, es seguramente un pato; pienso lo mismo con Arce de Otálora en relación con el *Lazarillo*. No parece posible que dos autores distintos tengan un cúmulo de coincidencias tal, tanto en el repertorio verbal como en el temático, tanto si nos fijamos en la *res* de los asuntos tratados como en las palabras, frases y expresiones que recorren en paralelo los dos textos, el anónimo y el de Otálora. Uno y otro nombran lugares poco frecuentados, eligen comidas muy especiales, visten de la misma manera, coinciden en los gustos, en las opiniones, y hasta emplean las mismas comparaciones, algunas jamás utilizadas antes o después. Veamos ésta, entre otras. El arca del cura llega a tener tantas tachuelas que Lázaro concluye que, más propiamente, debería llamarse «corazas viejas de otros tiempos»; Arce de Otálora en los *Coloquios* trae, por su parte, esta comparación: «puédenle poner más **tachas** que a unas **corazas viejas**» (I, 107). A veces la correspondencia verbal no es tan clara, pero sí lo es el recurso humorístico. Ya vimos antes el empleo paródico del *Evangelio*; veamos ahora estos dos usos metafóricos para describir, respectivamente, el robo de una bolsa y la extrema delgadez de un individuo. En el *Lazarillo* el padre de Lázaro hacía «sanguías en los costales»; y parecido eufemismo leemos en los *Coloquios* de un vizcaíno al que le han saqueado su bolsa: «bien le pareció a él que su bolsa estaba flaca y que le habían mucho evacuado los humores cuando se la volvió» (I, 51).⁴⁵ En casa del Escudero, Lázaro está en los mismos huesos, de tal manera que al dormir «las cañas y (sus) salidos huesos en toda la noche» no dejaban «de rifar y encenderse». En los *Coloquios* la mujer de uno es tan flaca que, al tocarla el marido por la noche en la cama, le «suenan los huesos, como cuando el sastre la da en el tablero para buscar las tijeras». «O como el otro caballero que, por ser su mujer muy flaca, juraba: «¡Por los huesos de mi mujer!»; y decía que de noche y cuando no podía dormir rezaba rosarios por los huesos del espinazo» (I, 182). Ciertamente pueden ser chistes procedentes de una tradición, como los que trae Santa Cruz en su *Floresta* o Luis Zapata en su *Miscelánea*, pero ello no quita para confirmar la estrechísima cercanía entre el *Lazarillo* y los *Coloquios*.

*

Otros paralelismos son, en todo caso, más nítidos. Recordemos que Palatino negaba la condición hidalga de los escuderos y afirmaba que si no pagaban tributos era, entre otras cosas, por ser pobres, ya que «a quien no tiene, el rey le hace franco». Lázaro se compadece de su amo el escudero y disculpa que lo traiga muerto de hambre, pues «es pobre, y nadie da lo que no tiene». Añadamos ahora este otro paralelismo de los *Coloquios*:

45.- O esta otra, quizá más cercana: «¿Qué aprovecha?, que roban estas mesoneras sin sentir, y sacan la sangre dulce, como sanguijuelas, con amores y buenas razones y servicios de pelillo» (*Coloquios de Palatino y Pinciano*, I, 30).

Pues ahí, ¿qué es menester, más de alegar el capítulo «O, Duardus», y el refrán de Bártulo: «**Mal da qui no ha**»? Al que **no tiene**, el rey le hace franco. En caso que lo haya, digo yo que es necedad darlo, que cuando no lo hay, clara está la respuesta (II, 1061)

El Escudero echa la culpa de sus últimas desgracias a la casa «lóbrega y oscura» en la que vive. Su imprecación tiene una clara correspondencia en los *Coloquios*:

¡ Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré!	Maldito sea el diablo y el primero que estos juegos inventó, que debe de ser el mismo, según los diabólicos efectos que dellos se siguen! (II, 1009) ⁶
---	--

Lázaro es pronto consciente de la extrema pobreza del Escudero y, muy poco después, de su ridícula fatuidad, pero sólo paulatinamente se irá dando cuenta de la catadura moral de su amo. La última conversación que tiene con él terminará por retratarlo. Entonces sabrá que es de Castilla la Vieja y que si se vino a Toledo fue «no más de por no quitar el bonete a un caballero». Ante la extrañeza de Lázaro por razón tan peregrina, el Escudero le explicará que «las cosas de la honra» obligan a eso y a mucho más; y luego le describirá el altercado que tuvo con «un oficial» que le saludaba con un «Mantenga Dios a Vuestra Merced». Lázaro se dirá entonces que ya entiende por qué Dios «tiene tan poco cuidado» de mantenerlo, pues no sufre «que nadie se lo ruegue». Ya anteriormente, al poco de estar con él, había sospechado que el mal que aquejaba a personas como su señor no tenía cura: «El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir». Contrastemos ahora todo esto con un pasaje de los *Coloquios*, en donde se hace una descripción de la conducta de los *catarriberras*, con sorprendentes parecidos a la del Escudero del *Lazarillo*:

Yo querría venir más a ser bohonero y andar con una caja o vender pajuelas y veinte y cinco alfileres al maravedí que venir a ser uno desos *catarriberras* que amohinan a Dios y al rey y a la gente menuda. Con uno déstos se pudiera desafiar el otro soldado, que dicen que pidió campo a otro no más de porque le amohinaba.

PALATINO.– Ellos bien se mudan, mas por eso no les ayuda Dios mucho.

PINCIANO.– Harto es que no les cubra moho y que no se les coman las garrachas de polilla, según las traen al aire.

PALATINO.– No se las coman ellos de hambre.

PINCIANO.– Dios les remedie, que por cierto es piedad ver la manada dellos que sigue al presidente, como de aviones. (II, 915)

Además de la evidente semejanza temática, nótese las siguientes correspondencias verbales:

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
no más de por no quitar el bonete a un caballero	no más de porque le amohinaba
por eso tiene (Dios) tan poco cuidado de mantenerte	mas por eso no les ayuda Dios mucho

El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir	Dios les remedie, que por cierto es piedad ver la manada...
---	---

Al final de la conversación el Escudero le confesará a su criado que su mayor aspiración es servir a un «señor de título». Por desgracia, no lo encuentra por ningún lado, aunque de toparse con él, sería «muy gran su privado», porque sabría emplear todas las artes del lisonjero, desde mentirle o decirle lo que quiere oír, hasta «dar unos puntillos agudos para le encender la ira» cuando su señor riñese a un criado y pareciese así que se ponía «en favor del culpado». La mayoría del tiempo, sin embargo, no haría sino «decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas». La «valerosa persona» del Escudero queda de este modo expuesta, pero, además, si ponemos este pasaje al contraluz de los *Coloquios*, comprendemos que aquí se está haciendo también la crítica al lisonjero de corte. Veamos, simplemente, este pasaje:

También es de saber que el verdadero lisonjero y peligroso no es el que el vulgo piensa... Los finos y peligrosos son los que disimulan el arte y parecen graves y honrados y quieren parte de los negocios y cosas arduas... Aquella es más peligrosa lisonja que viene más encubierta y disfrazada, porque es más dificultosa de conocer y diferenciar de la verdadera amistad por la gran semejanza que con ella tiene... Y desta manera... (el lisonjero) finge a las veces esta libertad para perficionar su arte y muéstrase áspero en reprehender algunas cosas livianas, como hacen los cocineros, que para templar el manjar dulce y ponerle más apetito, echan un poco de vinagre o pimienta que pique; así ellos, para mayor cebo de su lisonja, a ratos, entre las burlas y blanduras, reprehenden unas faltillas menudas, encareciéndolas secretamente como si fuesen grandes. Y... así la aspereza que muestran los lisonjeros parece grave y es liviana y blanda y de poca perseverancia. El lisonjero, al revés, con todos es desabrido y mal acondicionado, con sus criados riguroso, con sus parientes recio, con los estraños duro; solamente con el que pretende engañar es sabroso en lo principal y finge que no tiene sufrimiento para disimular faltas de nadie, para hacerle entender que tampoco le tendría si supiese algunas suyas. Y con esta flor, hácese ignorante de los vicios grandes y culpas mortales, y en las veniales muestra enojo, reñéndole cosas de poca importancia... (II, 1274)

*

Casi ningún tema del *Lazarillo* está ausente en los *Coloquios* de Arce de Otálora. Hemos comparado con cierto detalle el motivo del hambre y el tema, mucho más complejo, de la honra; y, de pasada, las burlas más o menos tenues hacia los frailes, en la historia del convento del Valparaíso. No pensemos, sin embargo, que es una excepción. El jurista vallisoletano dedica en su obra todo un apartado a las órdenes religiosas en donde tiene ocasión de aplicar su irónica crítica hacia todo aquello que le disgusta o le parece abuso. Pero quizá en ningún momento la relación con el *Lazarillo* es mayor que cuando cuenta la historia de cómo los comisarios que venden las bulas vinieron a llamarse «echacuervos». Ciertamente, como uno de los interlocutores confiesa, la historia era de dominio común, pero la manera de contarla recuerda de inmediato al *desenvuelto* y *desvergonzado* quinto amo de Lázaro. Reproduzco el pasaje entero:

PINCIANO.– Créolo; por vos lo veo, aunque no sois nada echacuervo. Pero bien os apostaré, aunque sois de una tierra, que no me decís de dónde nació ponelles este nombre de echacuervos.

PALATINO.– Lo que yo he oído decir es que uno dellos, estando predicando en un lugar, les hizo en creyente que aquel año había de haber mucha falta de frutos en aquel lugar. Y era la causa porque estaba allí un demonio en figura de cuervo que los destruía todos. Pero que si ellos tomaban la bula, qué se echaría en oración y lo conjuraría de arte que no estuviese más allí. Ellos, con miedo, dijeron que sí harían. Y él mandóles que para otro día viniesen a la iglesia con devoción, por que viesen cómo se iba. Y él, entretanto, negoció con su alguacil que buscase un cuervo y otro día, a cierta seña, le soltase, estando subido en un álamo que estaba en la plaza. Hízolo así, y estando junta la gente, el bueno del predicador comenzó su oración y exorcismo, mandando al cuervo de parte de Dios que se fuese. Y, a cabo de rato, comenzó a dar voces, diciendo: «¡Agora, alzá todos las cabezas y veréis cómo se va!» Y entonces, el otro soltó su cuervo y la gente comenzó a dar gracias a Dios. Y de allí se le quedó como apellido y nombre «echacuervo» a él y a sus sucesores. (I, 545)

Debían existir otras muchas versiones, pero ninguna, a mi parecer, tan cercana como ésta al espíritu y, sobre todo, al lenguaje del *Lazarillo*: basta leer la de Sebastián de Horozco para comprobarlo. Allí, por ejemplo, el falso predicador tiene como colaborador a «un escribano» en lugar de «un alguacil». El estilo es también muy distinto y, naturalmente, sin las correspondencias verbales que comparte la versión de Otálora con el anónimo:

<i>Coloquios</i>	<i>Lazarillo</i>
Y él mandóles que para otro día viniesen a la iglesia con devoción, por que viesen cómo se iba	se acordó de convidar al pueblo, para otro día de mañana despedir la bula
Hízolo así, y estando junta la gente, el bueno del predicador comenzó su oración y exorcismo	El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón y a animar la gente... y desque hizo oración... Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella

La relación entre los dos pasajes es, creo, indiscutible, pero si queremos anclar aún más el Quinto Tratado en los *Coloquios*, tomemos este paralelismo:

como suelen hacer en los sermones de Pasión de predicador y auditorio (<i>Lazarillo</i>)	un gran exordio para este auto, como se hace en los sermones de pasión (II, 1040)
---	--

*

Los predicadores de bulas fueron uno de los blancos favoritos de la sátira clerical en la primera mitad del siglo XVI, con ejemplos notables en varias obras de la época, aunque, indiscutiblemente, la historia mejor y más original de todas las que tratan de bulas y bulderos sea el Quinto Tratado del *Lazarillo*. Digo «original», pero debe entenderse. La originalidad no está en el argumento, sino, más bien, en su construcción narrativa, en el

sabio empleo del punto de vista, en el magistral modo con que se cuenta la burla, pues la burla en sí, como es bien sabido, no es sino una adaptación de un cuento de *Il Novellino* de Masuccio. No parece que sea ésta, con ser la más importante, la única fuente italiana. El famoso «caso» final tiene todas las características de ser otro *rifacimento*, pero esta vez procedente de una facecia de Poggio, en concreto la 139, en la que se da cuenta de cómo resolvió un marido los rumores que corrían sobre su mujer:

Uno de mis compatriotas llamado Dante tenía una mujer con fama de no demasiado honesta, y así sus amigos a menudo le advertían que mirara por el honor de su casa, con lo cual él se pasaba el día recriminándola. Ella, entretanto, defendía su honestidad derramando muchas lágrimas y lanzando todo tipo de juramentos, mientras decía que eran insidias por parte de gente que buscaba malmeterlos. Persuadido por fin el marido de lo que le decía su mujer, la siguiente vez, cuando los amigos volvieron a insistir con lo mismo, les atajó: «¡Basta! No me deis más dolores de cabeza con este asunto. Si peca, como decís, ¿quién lo sabe mejor, ella o vosotros?» Los amigos no pudieron menos que reconocer que su mujer tenía que saberlo mejor que ellos. «Pues bien —replicó el marido— ella me asegura que sois vosotros los que mentís y, naturalmente, yo le doy más crédito a ella que a vosotros.»⁴⁶

La lectura completa del chascarrillo creo que no deja lugar a dudas en cuanto a la deuda,⁴⁷ por más que la defensa que hace Lázaro de su mujer sea mucho más sutil y mordaz que la del marido en la historia de Poggio, pues el mentís del pregonero pone en entredicho la misma moral de las mujeres toledanas: «Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo».

*

Arce de Otálora no hace ninguna mención de Masuccio o *Il novellino*, pero trae al menos cuatro facecias de Poggio en sus *Coloquios*, algunas recreadas con la misma gracia y libertad que vemos en el *Lazarillo*. Debe notarse, especialmente, la que trata de un predicador que, a última hora, tiene que improvisar un sermón al no haber tenido tiempo de prepararlo, por lo que, astutamente, calca otro que ya había dado la semana pasada. El original de Poggio⁴⁸, en cambio, es distinto: allí lo que hace el predicador, a ruego de otros eclesiásticos, es acortar el sermón de tal manera que, tras el introito, les dice a sus feligreses que el resto ya lo había dicho exactamente igual el año pasado, dándolo por terminado. El cotejo de las dos versiones pone de manifiesto el gusto de Otálora por el *rifacimento* y las historias de religiosos, además de recordarnos, una vez más, la estrecha relación que todo ello tiene con el *Lazarillo*

*

46.— «Contribulis meus, Dantes nomine, cujus uxor ferebatur parum pudica, cum saepissime admonitus esset a sociis, ut prohiberet turpitudinem domus, uxorem acrius increpabat. Illa multis lacrymis juramentisque honestatem suam tuebatur, asserens ea a malevolis confingi, qui eorum quieti inviderent. Persuasus vir hujusmodi verbis, cum adhuc amici in increpanda uxore perstarent: 'Ohe! ne me his verbis obtundatis amplius. Dicitur', inquit, 'ne illa an vos sua errata melius nostis?' Cum illi uxorem affirmarent: 'Illa vos omnes mentiri affirmat, cui soli magis quam vobis omnibus praesto fidem'». (Poggio Bracciolini, *Facetiae*, CXXXIX)

47.— V. José Fradejas, «Poggio y el *Lazarillo*», *Epos: Revista de filología*, n. 1, 1984, pp. 277-278.

48.— Poggio Bracciolini, *Facetiae*, XXXVIII. «De religioso qui sermonem succinctissimum habuit».

La decisión de Lázaro de poner paz en su casa, aun a riesgo de consentir las infidelidades de su mujer, no parece que sea la salida más digna, pero en los *Coloquios* Pinciano aboga precisamente por eso:

Si... no fuere Dios servido (de darnos mujer honesta, lo que se debe hacer es) llevar la cruz lo mejor que fuere posible; y si fueren aspás, disimularlas, como disimuló Tiberio las que le ponía Julia...; y como disimuló Antonio Pío las de su Faustina. Si por ventura lo fuéredes, gran ventura será no ser celoso ni sospechoso, porque muchas veces los celos y sospechas de los maridos hacen errar las mujeres y acaece lo que dicen, que la imaginación hace el caso... Y aún si, lo que Dios no quiera, os sucediese algo, será cordura disimular, porque en Italia dicen que los necios traen los cuernos en la frente y los cuerdos en la mente. (I, 538)

El escandalizado Palatino asegura que lo último que haría él es disimular las afrentas de su mujer. Pinciano insiste en lo ya dicho. Y añade:

Y si queréis otra regla más breve para vivir bien casado y en paz, aunque la mujer sea recia y ruin, el rey don Alonso de Aragón la daba en su tiempo y decía que con ser el marido sordo y la mujer ciega, no podían dejar de ser bien casados y vivir en paz. Y si ella no fuere ciega, con que él sea sordo y ciego, saldrá a una cuenta. Y ruin sea de los dos quien con ruin se casare, aunque se le den muchos dineros. (I, 539)

Las reglas matrimoniales de Pinciano son, no hace falta decirlo, las que sigue a pie juntillas Lázaro de Tormes. Palatino, en vista de tanto cinismo, asegura que jamás se casará, ni con mujer buena ni con ruin, y lo que más desea es ser clérigo para pasarse «la vida cantando en fiestas y procesiones, vestidos de oro y de seda cada día». Pinciano no puede resistirse a lanzar una última pulla a los religiosos:

Así respondió el otro, que le preguntaban, siendo hijo de clérigo, si tenía padre honrado, y él dijo: «Tan honrado que cada día viste de seda y oro, y de tan buena vida que, cuando los demás lloran sus muertos y los entierran, canta él y toma placer». Quédese por agora por averiguar esta disputa, que en cada estado debe de haber una legua de mal quebranto, y en ninguno debe de haber contento. (I, 540)

El haz de significados que sale de este pasaje de los *Coloquios* otra vez se refracta sobre el *Lazarillo* y nos devuelve, como en un reflejo fugaz, la irónica mirada de quien lo escribió.

*

En los estudios de atribución basados en datos internos tres son, principalmente, los métodos que se siguen para determinar una autoría:

- 1) El grado de frecuencia de palabras más comunes
- 2) Las preferencias lingüísticas
- 3) La recurrencia de *colocaciones* y secuencias verbales

El primer método ha gozado de enorme prestigio en los últimos años, con participación de especialistas en estadística, aunque me parece que el éxito de su aplicación depen-

de en buena medida de la homogeneidad de registro en los textos analizados.⁴⁹ Así, un documento notarial y un pasaje de una obra de teatro escritos por la misma persona difícilmente tendrán un mismo índice de frecuencia en el empleo de las palabras más comunes; y, por el contrario, es más que posible que dos obras de teatro sobre un mismo asunto escritas por dos autores diferentes obtengan números parejos. Con todo, puede servir de discriminador en muchas ocasiones, como hemos de ver más adelante. El segundo criterio se fija en rasgos peculiares de un escrito, a veces en detalles aparentemente nimios, como puede ser la elección de parejas de sinónimos del tipo de *mas / pero, do / donde, así / ansí*. Ocasionalmente puede ser de enorme utilidad en la discriminación de textos y, en especial, cuando de lo que se trata es de discriminar entre dos autores solamente. Así se hizo con varios artículos de los *Federalist Papers* en los cuales no se sabía si habían sido escritos por Madison o por Hamilton. Al final, la preferencia lingüística entre *upon / on* fue determinante para decantarse por el cuarto presidente de los Estados Unidos.⁵⁰ El tercer método tiene mucha más antigüedad y, a la vez, bastante menos predicamento en los estudios de atribución de corte no tradicional, al menos hasta la fecha. La razón es muy sencilla: hasta hace bien poco era imposible medir el índice de rareza de una recurrencia en particular. Todo hablante es muy consciente de que se repite al hablar y hasta el escritor más mostrenco se esfuerza en variar sus expresiones y giros sintácticos, pero sólo con la irrupción del ordenador y el uso de gigantescos corpus electrónicos se ha podido comprobar taxativamente que la producción lingüística se compone de un número muy reducido de palabras y secuencias verbales que el hablante combina de manera recurrente en su discurso hablado o escrito. Todas las palabras y muchas de esas secuencias son comunes a otros hablantes, pero no así la selección del repertorio verbal empleado por cada uno de ellos ni tampoco la singularidad de ciertas frases o incluso enunciados que, de manera esporádica, aparecen al hablar o cuando se escribe. La lengua no es un órgano o un mecanismo instalado en el cerebro con el cual producimos potencialmente infinidad de mensajes, sino un archivo de palabras y frases que vamos registrando desde nuestro nacimiento y que, al llegar a la madurez, ha adquirido ya una forma peculiar —y única— que nos define y nos identifica. Ninguna palabra pertenece a nadie y apenas hay una secuencia verbal de tres o cuatro palabras que sea enteramente nuestra; y, sin embargo, nadie —ni siquiera un hermano, un amigo o un estrecho colaborador— llegará nunca a acercarse al índice de nuestras recurrencias. Ahora bien: la lengua se aprende, no se inventa. Nadie es original. Tomamos de aquí y de allá. La originalidad lingüística está en la variedad, pero el contacto con otros textos, con otros hablantes, deja siempre un rastro contaminante o, si se quiere, una impronta mimética. La *mimetización* es, sin duda, el mayor obstáculo en la atribución de textos.

*

49.— Para todo lo relativo a estudios de atribución no tradicionales léase en especial el reciente artículo de Jack Grieve «Quantitative Authorship Attribution: An Evaluation of Techniques» en *Literary and Linguistic Computing* 22 no3 251-70 S 2007.

50.— F. Mosteller and D. Wallace, *Applied Bayesian and Classical Inference: The Case of the Federalist Papers*, 2nd edn., New York: Springer-Verlag, 1984. El empleo más sistemático de preferencias lingüísticas está en MacDonald Jackson; véase, por ejemplo, *Defining Shakespeare: Pericles as Text Case*, Oxford University Press, 2003.

El repertorio verbal del *Lazarillo*, como hemos visto ya sobradamente, está muy próximo en todo al de los *Coloquios* (véase Apéndice I). Tanto si nos fijamos en la coincidencia de campos semánticos o series con frases adverbiales, como si rastreamos *colocaciones* raras o secuencias verbales recurrentes, el texto de Otálora es, con mucha diferencia, el que obtiene los mejores números. En CORDE, además, la proximidad textual queda de manifiesto cuando, de manera reiterada, la búsqueda de palabras o frases en series cortas extraídas del *Lazarillo* no depara más documento que el del jurista vallisoletano. Ello no quiere decir, sin embargo, que no haya otros textos con notables correspondencias. Están, en primer lugar, las obras anteriores a la publicación del *Lazarillo* que comparten algún que otro paralelismo característico. Aquí no hay otra explicación que el préstamo más o menos consciente por parte del autor anónimo. Vimos algunos que procedían de la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva, pero hay bastantes más, ya sean la primera *Celestina* o el *Amadís*, las obras de Guevara o las comedias de Torres Naharro. Curiosamente todas estas obras y otras más que dejo sin nombrar se encuentran citadas en los *Coloquios*, de modo que si Arce de Otálora es, como creo, el autor del *Lazarillo* no debería extrañarnos, pues ya se sabe que todo texto no es sino una amalgama de palabras y frases *recordadas* por un autor, tanto en su sentido español de *recuerdo*, como el que tiene en inglés de *record* o archivo. Por lo mismo, debemos pensar en la influencia que ejerce el *Lazarillo* sobre otros textos con posteridad a su publicación. No sabemos con certeza el impacto que tuvo el librito anónimo entre los lectores de la época, pero debió de ser grande a tenor de su temprana presencia en el refranero y por las traducciones que aparecen en otras lenguas europeas pocos años después. Sabemos, eso sí, que López de Velasco lo edita castigado en 1573 y en el prólogo elogia el arte con que el autor anónimo ha sabido imitar la realidad: «es una representación tan viva y propia de aquello que imita con tanto donaire y gracia, que en su tanto merece ser estimado». Un amigo suyo, Cervantes de Salazar, no lo menciona nunca, pero en su *Crónica de la Nueva España* ha mimetizado muchas expresiones y giros peculiares, de tal manera y con tal consistencia que a mí, hasta hace muy poco, me hizo pensar que era el autor del anónimo. Con todo, no es la *Crónica* de Cervantes de Salazar, de entre las obras escritas con posteridad a 1554, la más cercana al *Lazarillo*, sino los *Diálogos familiares* de Juan de Pineda⁵¹, un texto en muchos aspectos estrechamente unido a los *Coloquios* de Otálora.

*

A lo largo de este estudio el franciscano Juan de Pineda ya ha aparecido más de una vez al arrimo del *Lazarillo*, pero ahora debo constatar que en casi todos los experimentos llevados a cabo con CORDE, su obra ha ocupado consistentemente lugares muy cercanos al anónimo en relación con el resto de textos que componen el corpus creado por la Real Academia. Hay una primera explicación. A diferencia de Arce de Otálora, que cita multitud de obras españolas, el franciscano parece no conocer otra obra de entretenimiento sino ésta, pues la menciona nada menos que en trece ocasiones. Su familiaridad con el *Lazarillo* y, especialmente con la *Segunda Parte*, resulta llamativa en un religioso y verdaderamente sorprendente si se tiene en cuenta que para 1589, año de la publicación de los

51.— Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, ed. Juan Meseguer Fernández, Atlas (Madrid), 1963-1964.

Diálogos, ya llevaba bastantes años circulando la edición castigada de Velasco, quien, entre otras cosas, había eliminado toda la *Segunda Parte*, al considerarla, según decía en el prefacio, «impertinente y desgraciada». A Pineda no le parece así en absoluto; y no sólo menciona con más frecuencia la Segunda que la Primera, sino que una de las veces llega a llamarla «teología burlona». Luego volveré sobre el asunto, pero ahora me interesa resaltar este otro aspecto: si el *Lazarillo* tiene una presencia indudable en los *Diálogos* de Pineda, no la tiene menos el texto de los *Coloquios* de Arce de Otálora, que actúa claramente de modelo, empezando por el mismo título. Así, en uno de los manuscritos existentes la obra dialogada del jurista vallisoletano se titula *Diálogos familiares sobre las letras y ciencias y de lo que pasan los que las siguen y pretenden, especialmente los juristas*. Sin entrar en un estudio comparativo, creo que unos cuantos pasajes compartidos entre los dos textos servirán para demostrar a las claras su estrecha vinculación.

*

Entre los muchos debates que se dan en los *Diálogos* de Pineda, no falta el de la gallina o el huevo. Uno de los interlocutores dice lo siguiente:

La cuestión de Macrobio me desata, que quiere que, si el mundo tuvo principio, fué primero el huevo que la gallina; mas, si el mundo fue eterno y sin principio, la gallina fué primero que el huevo... (I, 235)

No dudo que puedan darse otros pasajes paralelos que citen a Macrobio para este asunto, pero el único que encuentro en CORDE está en los *Coloquios* de Arce de Otálora:

Es verdad, porque aunque es bien dudoso problema cuál fue primero, el huevo o la gallina, la resolución es que la gallina fue primero, segund Macrobio (I, 124)

Si consideramos esto mera coincidencia de aluvión, veamos este otro paralelismo, mucho más significativo:

Arce de Otálora	Pineda
Y aun en la carnicería de Toledo refieren algunos que en todo el año se ve más de una sola mosca, y ésa, blanca. (II, 770)	que en Toledo anduvo en la carnicería un año una gran mosca blanca (I, 185) Ludovico Celio dice haber sido vistos en Tesalia al seno Pagearico, o con la mosca blanca que dice el mesmo haberse criado por un año en la carnicería de Toledo (II, 194)

La curiosidad de la «mosca blanca» no está registrada en ningún otro texto castellano, que yo sepa, ni la secuencia verbal «en la carnicería de Toledo» tiene otros casos en CORDE o en la Red que éstos dos diálogos. Pineda ha leído, pues, la obra de Otálora, pero, ¿cómo si, hasta hace bien poco, los *Coloquios* andaban sólo en manuscrito? La extrañeza es aun mayor si observamos esta *colocación*:

Arce de Otálora	Pineda

Suélenles dar tantos jaques de un general a otro que les hacen ir retrayendo... y aun allí les dan hartas veces mate. (II, 1162)	Señores, de poco sirve andaros en jaques, si no hay mate. (II, 130)
--	---

No creamos que es una *colocación* común: en el siglo XVI, con el sentido que vemos en Arce o en Pineda, solo está en otro texto, precisamente la *Segunda Parte del Lazarillo*,⁵² y por dos veces:

y pareciéndome que a pocos de aquellos jaques podría ser mate, comencéme a reír con ellos (20)

Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibía mal mate, échame la cuarta cuestión muy entonado (81)

*

Sabemos muy poco de Juan de Pineda, menos aun que de Arce de Otálora, pero hay un dato de su biografía esencial para nuestro estudio, y es que estudió en Salamanca a finales de la década de los treinta, quizá por el mismo tiempo en que lo hizo el jurista vallisoletano⁵³. ¿Se conocían? No lo podemos asegurar, pero es lo más lógico. Los dos diálogos participan del mismo espíritu erasmista, tocan muchas veces temas semejantes y el repertorio verbal de los dos textos coincide en muchos aspectos, entre otros en su sorprendente coincidencia con el *Lazarillo*. Otálora lo nombra solamente una vez en los primeros manuscritos conservados; Pineda, como ya hemos visto, lo hace con frecuencia, pero parece estar mucho más interesado en la *Segunda Parte*.

*

Los comentarios que Pineda hace revelan, por lo pronto, un conocimiento profundo de la *Segunda Parte*. La primera mención es una analogía en la cual se resume buena parte del argumento. Un interlocutor advierte a otro que no se engolfe demasiado en la materia que trata, no sea que le ocurra como «a Lazarillo de Tormes andando hecho atún en su montería marina»; tras de lo cual se produce este intercambio:

Policronio.– Si eso fuese, perdiéndonos en la disputa, hallaríamos la Verdad en ella, como la halló Lazarillo en los profundos abismos.

Filaletes.– Plega a Dios que la topemos, que no será para que nos reprehenda de mentirosos, sino para que nos alumbre como a golosos dellas. (II, 132)

El encuentro de Lázaro de Tormes con la Verdad, al final de su aventura acuática, merece este otro comentario en los *Diálogos*:

¡Oh, cuán bien se habla de la virtud, y cuán mala cara se le hace a las más puertas! Yo os prometo que nos lo pintó bien Lazarillo de Tormes con aquella su teología burlona: que como todos alaben a la verdad, ninguno la quiso, en su casa, y por eso ella se sumió en los profundos de los mares, donde la halló Lazarillo, andando hecho atún, aunque no la buscaba, como nunca le fue muy aficionado; y esto

52.– *Segunda Parte del Lazarillo de Tormes*, Francisco Rico, Edición electrónica (S.L.), 1996.

53.– «Cuando yo era rapacillo en el año de mil y quinientos y treinta y siete, cuando cayeron tantas nieves, que asíamos a manos los pájaros de flacos y hambrientos por estar el mundo cubierto de nieve y no hallar en qué picar, comencé a estudiar en Salamanca y hacía muchas veces esa experiencia...»

mesmo significó la teología pagana diciendo que la doncella Erigone, escandalizada de los pecados de los hombres, se subió al cielo con Dios, su padre. El cómico Menandro protestó, que acostumbrase uno a siempre hablar, verdad le da mucho esfuerzo para bien pasar su vida. Y porque Lazarillo fue gran mentiroso, se vio en tantos peligros; y por ser de hombre de bien tratar verdad, se puso una ley el poeta Diodoro Sinopense de siempre hablar verdad. (IV, 371)

La historia de la Verdad, hija de Dios, que huye al mar perseguida por los hombres, recibe un amplio tratamiento en el *Cróton* y el mismo Arce de Otálora también la menciona:

Y, sobre todo, ponerles por blanco del vicio y enemistad capital la mentira, y por seña de todo bien la verdad. Decirles que ésta es la hija de Dios, la otra del diablo, tan aborrecible que casi con más razón se debía ahorcar un mentiroso que un ladrón famoso. (*Coloquios* I, 360)

*

La Verdad, hija de Dios, no es infrecuente en los textos del siglo XVI, pero sí lo es comentar que «los atunes ordenan su ejército con tan gran concierto como entre soldados», como hace Arce de Otálora en sus *Coloquios*. Pineda no menciona este dato, pero describe detalladamente el desove de los atunes en las almadrabas de Cádiz.⁵⁴ Pedro de Medina también trae una detallada descripción, y alguno, casi sólo por esto, ha pensado en él como autor de la *Segunda Parte*.⁵⁵ En el caso de Pineda, lo que llama la atención no es sólo su interés por los atunes, sino que el hundimiento en el mar se asocie con «la conversión en la gentilidad»:

Con razón se compara con la mar la gentilidad por su inconstancia de idolatrar sin fundamento de creencia; y el demonio, corrido de se le haber salido algunos del judaísmo, es representado procurar impedir semejante conversión en la gentilidad; y no fue tan por de más la caída del demonio entre los gentiles, que no haya sido causa de la perdición de la tercera parte dellos, significados en la tercera parte del mar convertida en sangre, por la persecución, que moverán contra los católicos; y en la tercera parte de los pesces muertos se significa la condenación de muchos, que parecían tener una vida spiritual; y por los navíos hundidos se significan los que tenían consejo para sobrellevar a otros, mas no por eso dejaron de se hundir con los engaños del Anticristo... (V, 308)

O este otro pasaje, aun más significativo:

54.- «De los atunes dice mi familiar Ateneo lo primero que cuando pasan de un mar a otro (y debe ser al desovar) costean la tierra, hacia la parte siniestra, y al tornar la costean hacia la parte diestra... A lo menos vemos en nuestra Andalucía que, cuando suben al estrecho de Gibraltar a desovar, llevan la tierra a la parte izquierda, como dice Ateneo, mas de la tornada no sé cómo se hayan... Aristóteles dice que no viven más de dos años, y que los viejos son malos para comer así frescos, como en adobo; y dice que a veces engordan hasta hendérseles la carne, y que se vió atún tan grande que su cola tenía de ancho cinco codos y un palmo... Ate-neo quiere que la venida de los atunes al estrecho andaluz sea porque los pica el gusanillo asilo, que es como la mosca en los toros; y añade con Polibio que por la mucha bellota que hallan de las encinas que nascen en el mar de las costas andaluzas, engordan notablemente; y que no será mal dicho llamarlos puercos marinos, pues se ceban como puercos con el manjar de puercos... y yo vi en la villa del Puerto de S. María no pocos atunes, recién llegados de las pesquerías del Duque, que pesaban a catorce arrobas y a trece, y doce, y de buen comer, aunque pesado», J. de Pineda, *Diálogos familiares*, ed. cit., I, p. 179.

55.- V. *Segunda Parte del Lazarillo*, ed. Pedro M. Piñero, Cátedra, Madrid, 1988, p. 23.

(Los) sacerdotes egipcios y grandes teólogos significaban con el pesce enemistad y odio, por haber muerto Tifón a su hermano Osiris; y entre otras alegorías dice Plutarco y le sigue Celio, que se entiende el río Nilo por Osiris, y la mar por Tifón que le mató, porque así el amargo marino corrompe la dulzura del agua del Nilo, donde viven los pesces. Tan grande malquerencia dice el mismo Plutarco haber tenido los egipcios a las cosas del mar, que ni a los mareantes querían hablar ni ver, hasta enviar al templo de Hamon, en mitad de los arenosos secadales de la Libia, por sal para algunos de sus sacrificios, porque la de la mar era de la reputada por ellos por descomulgada. (I, 178)

No puede sorprender, a la vista de estos pasajes, que Pineda califique el *Lazarillo* de «teología burlona», si, como se ve, el «mar» se asocia simbólicamente a la vida gentilicia y «descomulgada». La alegoría marina se relaciona también con el hombre pez; y así uno de los interlocutores de los *Diálogos* refiere, poco antes de la descripción de los atunes, que «la madre de Semiramis... se había tornado en pesce, y por eso, adoraron por dioses a los pesces de aquel río». Más adelante, en un apartado dedicado a las Nereidas, un dialogante habla de un gran pez en forma humana que vino a morir a las costas de Valencia y otro, enseguida, se acuerda burlonamente del *Lazarillo* de Tormes y de cómo «vino en las almadrabas, transformado en el atún». De ahí se sigue toda una discusión sobre «Jonás, que anduvo tres días en el vientre de la ballena», en donde no puede faltar la mención a la alegoría de la Pasión:

Tras eso habéis de creer que entendió el misterio, que se significaba en su caída en el mar y en ser tragado del pesce, que fué la muerte del Redentor y su Resurrección... y, sabiendo Jonás que en aquella su tribulación se significaba que Cristo había de ser tragado de la muerte y que había de resucitar al tercero día, consiguientemente supo que su estada en el mar, tragado del pesce, no le había de ser peligrosa, so pena que no dijera, la figura en lo figurado. (II, 459)

Las afinidades temáticas son, a lo sumo, un indicio en la atribución de textos y éstas, además, podrían explicarse perfectamente por la admiración que siente Pineda por la *Segunda Parte*. El fenómeno no sería ni mucho menos nuevo. Cualquier obra leída deja una huella en el lector y, mucho más, si esa lectura resulta impactante, como se desprende de las muchas menciones que hay del *Lazarillo* a lo largo de los *Diálogos familiares*. Tomemos, por ejemplo, la secuencia en *el vientre de la ballena*. El corpus de CORDE, solamente en textos del siglo XVI, ofrece nueve documentos, pero a mí me resulta llamativo comprobar que tanto los *Coloquios*, los *Diálogos* y el *Lazarillo* original la compartan:

Arce de Otálora	<i>Lazarillo</i>	Juan de Pineda
Algo más me valiera haberme quedado con vos, aunque fuera en Villalar, y haberme metido en el vientre de la ballena , como el profeta Jonás (II, 924)	De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena	¿ Qué me diréis de Jonás, que anduvo tres días en el vientre de la ballena ? (II, 458)

Lecturas afines, se me insistirá. Arce de Otálora debe de redactar el grueso de los *Coloquios* entre 1543 y 1550⁵⁶ y, salvo amigos o gente cercana a él, no parece que su lectura fuera fácilmente asequible al no haber edición impresa. Sin embargo, se dan paralelismos con la *Segunda Parte* que no se entienden de otra manera. Veamos, simplemente, este:

<i>Segunda Parte</i>	Arce de Otálora
bajos y altos, todos dones: don acá, y don acullá , doña nada, y doña nonada (64)	Yo no sé si es engaño o no, mas séos decir que me holgué tanto cuando me hice bachiller que aquellos ocho días no me trocara con el papa; y andaba tan ancho y tan contento de ver cómo me llamaban « señor bachiller » acá, « señor bachiller » acullá, que no me hartaba de alabar a Dios, que tanta honra me había dado (I, 575)
Nunca me vi entre los hombres tan honrado, ni tan « señor acá, y señor acullá ». (82)	

O este otro:

<i>Segunda Parte</i>	Arce de Otálora
Torné a llamar y dar golpes a la puerta , y mi señor, enojado, se levantó y púsose a la ventana , y a grandes voces comenzó a decir (72)	y ella, a los golpes, púsose a la ventana y vio la obra que andaba sobre quebralle la puerta y díjoles riendo (II, 1192)

La secuencia *púsose a la ventana* tiene sólo un caso más en CORDE, pero en un contexto ya muy distinto en donde no aparecen ni *golpes* ni *la puerta*. ¿Cómo se puede explicar una correspondencia así? A mi juicio, hay solo tres explicaciones posibles: 1) Arce leyó la *Segunda Parte*; 2) el autor de la *Segunda Parte* leyó a Arce; 3) Arce colaboró en su redacción. De las tres, las dos últimas son las únicas que me resultan plausibles, especialmente cuando me encuentro con este paralelismo tan peculiar:

<i>Segunda Parte</i>	<i>Coloquios</i>
y quedó obligado a dalle cada un año largas parias, entre las cuales daban cien sollos vírgines y cien sollos	¿No habéis oído que antiguamente daban en parias cient doncellas en cabello? (I, 160)

*

Un autor puede tocar el mismo tema que otro y compartir lecturas con varios, pero es bastante más difícil, como ya vimos con Arce de Otálora, que haya concurrencia en los topónimos, máxime si éstos no son muy transitados. *La Segunda Parte* tiene, entre otros, *Salamanca*, *Toledo* y *Sevilla*, pero también *Cartagena*, *Argel*, *Zocodover* o el *estrecho de Gi-*

56.- «Lo más ordinario es desembarcar en un pupilaje que, aunque parece puerto seguro, es más peligrosa su playa que la de Argel, y adonde se pasa más hambre y afrenta que la que pasaron Su Majestad y los suyos allá, agora tres años» (*Coloquios*, I, 551). Si nos atenemos al dato, este pasaje está fechado hacia 1544, pues la campaña de Argel ocurrió en 1541. Nótese, por cierto, que es la campaña en la que participa Lázaro en la *Segunda Parte*. Hay también varias menciones a Antonio de Guevara (+1545), y en unas aparece como todavía vivo y en otra se hace referencia a su mausoleo en Valladolid.

braltar. Si buscamos documentos en CORDE que los reúnan, nos encontramos solamente con tres: la *Crónica de Carlos V* de Santa Cruz, un documento legal sobre las Cortes de Toledo de 1559 y los *Diálogos familiares* de Juan de Pineda. De todos los topónimos de la *Segunda Parte* sólo faltan en Pineda los muy raros de *Conil* y *Vejer*, los cuales, en el corpus de CORDE, aparecen nada más que en los *Anales* de Zurita. Pero los *Anales* de Zurita y la *Crónica* de Santa Cruz abarcan, por el tema tratado, buena parte de la toponimia peninsular, con lo cual apenas tienen valor en la atribución textual. Los *Diálogos familiares*, en cambio, son una obra mucho más personal. Cierto que Pineda tiene admiración por la *Segunda Parte*: aun así, se me hace muy difícil pensar que un escritor pueda trasvasar todos los topónimos de una obra ajena en otra propia. Nótese, además, que *estrecho de Gibraltar* está inserto en un mismo contexto y que la colocación <*estrecho de Gibraltar* y *desovar*> no se da en ningún otro documento salvo los aquí reseñados:

<i>Segunda Parte</i>	Pineda
En este medio, se llegó el tiempo que las atunas habían de desovar , y el rey me mandó que yo fuese aquel viaje... dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar , y aquel pasado, venimos a Conil y a Vejer, lugares del duque de Medina Sidonia, do nos tenían armado (68)	A lo menos vemos en nuestra Andalucía que, cuando (los atunes) suben al estrecho de Gibraltar a desovar , llevan la tierra a la parte izquierda, como dice Ateneo, mas de la tornada no sé cómo se hayan... (I, 179)

*

Si aplicamos el mismo método con los nombres propios, obtenemos también algún que otro resultado interesante con respecto a Pineda. En CORDE la tirada <*gran Pompeyo* y *Alejandro* y *Aníbal* y *Calístenes*> está solamente en *La Segunda Parte* y en los *Diálogos*, además de en *Las epístolas familiares* de Guevara, mientras que <*Esau* y *Jacob* y *gran Pompeyo* y *Aníbal* y *Calístenes* y *Alejandro* y *rey de Persia*> aparece nada más que en Pineda. No debe dársele mucha importancia, pero por lo menos demuestra cercanía. Compárese, además, este pasaje paralelo:

<i>Segunda Parte</i>	<i>Diálogos familiares</i>
Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedía mal. (64)	Calístenes como filósofo, aunque indiscreto, reprehendía muy rasgadamente a Alejandro por el título de dios que tomaba para sí; y habiendo también Alejandro hallado por verdad que se había Calístenes conjurado con otros contra él, le hizo traer metido en una jaula para le matar cuando le pareciese, sino que Lisímaco, su amigo y discípulo, le dió un vaso de ponzoña, con que se mató... (I, 349)
Acordéme del dicho Calístenes, que por decir verdades a su amo Alexandro, le mandó dar cruelísima muerte (66)	

Vemos que en la *Segunda Parte* solo se menciona el «tratamiento» de Alejandro al filósofo, mientras que en los *Diálogos* tenemos la descripción detallada de lo que ocurrió,

como puede leerse en Valerio Máximo. Si escogemos tres unidades verbales sacadas del texto anónimo (<*decir verdades y mandó dar y cruelísima*>) y buscamos documentos en CORDE que las incluyan, nos encontramos exclusivamente con el texto de Pineda y la *Segunda Parte*. Ahora bien, no es determinante; y así, la serie <*sucedía mal y cruelísima*> depara también dos únicos documentos, pero el segundo ya no es el de Pineda, sino de los *Anales* de Zurita. Con todo, *Melo*, *Luna* y *Licio*, los tres atunes protagonistas de la *Segunda Parte*, son nombres con correspondencia en los *Diálogos* y, basta combinarlos con *rey de Persia*, para separar el texto de Pineda y la *Segunda Parte* de entre todos los demás documentos del corpus de CORDE.

*

La identidad de un texto puede quedar demostrada mediante una simple palabra, si esta palabra es rarísima o exclusiva; o, con terminología más técnica, si se trata de un *hápax legomena*. En rigor, el *hápax* es una palabra que concurre una sola vez en el corpus de una comunidad lingüística, aunque también se considera *hápax* toda palabra que aparece solamente dentro del idiolecto de un hablante. En la *Segunda Parte del Lazarillo* no se puede decir que haya un *hápax*, pero sí una palabra, *parlones*, que en todo el corpus de CORDE no tiene más casos que los que aparecen en los *Diálogos familiares* de Pineda:

- pasaba yo por la memoria unos hombres **parlones** (*Segunda Parte*, 63)
- como el vino hace **parlones** a los que le beben (*Diálogos*, I, 54)
- y a muchos más hace **parlones** bien como a otros tristachos (*Diálogos* III, 171)

Si comprobamos la recurrencia de la forma singular *parlón*, vemos que de los seis casos que se dan en el corpus de CORDE, cinco de ellos pertenecen también a los *Diálogos* de Pineda y el sexto, ya en el siglo XVII, está en la *Pícara Justina*, novela con posibles influencias tanto de la *Segunda Parte* como de los *Diálogos*.

*

El mayor obstáculo para aceptar la autoría o co-autoría de Pineda está en el hecho de que los *Diálogos* se publican muchos años después de la *Segunda Parte* y que a lo largo de la obra hay numerosas citas que reflejan indudable admiración y profundo conocimiento, pero, a la vez, ningún atisbo de otros posibles vínculos. Ciertamente que esta misma admiración e interés, en época tan alejada ya, resulta bastante extraña, y más por parte de alguien que estudió en Salamanca por los años en que lo hizo Otálora y que, tanto a través de los *Diálogos familiares*, como en algún que otro comentario, se ve que está muy ligado al jurista vallisoletano. ¿Tan aventurado es atribuirle la autoría de la *Segunda Parte*? Algunos datos parecen corroborarlo; otros, en cambio, lo ponen en entredicho. Daré uno solo, pero muy significativo. Entre las frases adverbiales más frecuentes de la *Segunda Parte* está *por manera que*, con ocho casos. Pues bien, la voluminosa obra de Pineda, al menos diez veces mayor, no tiene uno solo. En comparación, Arce de Otálora trae veintiuno en total. Si elegimos una serie de secuencias en torno a la palabra *manera* que aparezcan al menos dos veces en la *Segunda Parte* (*en tanta manera y de tal manera y la manera que y Desta manera y a manera de y en gran manera*) y buscamos en CORDE, encontramos veintinueve documentos en total, entre ellos los *Coloquios* de Arce de Otálora, pero Pineda vuelve a faltar. Hagamos ahora esta otra serie con conectores sacados de la *Segunda Parte*, como, por ejemplo, esta:

En este tiempo y Con esto 'y con y 'Y hecho esto y por manera que

El resultado es francamente sorprendente. Solo cuatro documentos, además de la *Segunda Parte*: las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, *El espejo de príncipes y caballeros* de Ortúñez de Calahorra, la *Historia de Carlos V* de Sandoval y los *Coloquios* de Arce de Otálora. Aquí no hay ni trampa ni cartón. La elección de frases no ha sido premeditada; las he escogido prácticamente al azar. Si sale Otálora, no es porque yo manipule o maquille los datos. ¿Podría ser el jurista autor de la *Segunda Parte* también?

*

Me resisto a creerlo en su totalidad, pero sí que parece haber participado en su redacción. Vimos ya antes la mención a los atunes que se comportan como soldados, además de varios paralelismos, desperdigados aquí y allá, con un grado de rareza notable. No es un fenómeno esporádico. Los dos primeros capítulos de la *Segunda Parte* están cuajados de palabras y secuencias procedentes del repertorio verbal de los *Coloquios*. Se da, como en el primer *Lazarillo*, una misma selección en las comidas, ya sea el *pernil de tocino*, las *cecinas*, el *carnero* o los *frutos*. Se da también el truco de *echar mano a la bolsa* fingiendo que se paga para que sean los otros los que se adelanten, como hacía el andaluz con el vizcaíno en una de las historias largas de los *Coloquios*:

<i>Segunda Parte</i>	<i>Coloquios</i>
Y lo mejor desto es que todo este tiempo, maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó, ni se la consentían gastar ; antes, si alguna vez yo de industria echaba mano a la bolsa fingiendo quererlo pagar, tomábanlo por afrenta y mirábanme con alguna ira y decían: <i>Nite, nite, Asticot, lanz</i> , reprehendiéndome diciendo que do ellos estaban nadie había de pagar blanca. (4)	Y llegaron a Villanueva de las Carretas a comer... Y en llegando, él fue el primero que se apeó y puso los caballos y echó mano a la bolsa y comenzó a gastar y jurar a Dios que él solo había de gastar ... El vizcaíno, en porfiándole sobre ello, lo tomó por punto de honra, y juraba y perjuraba que no lo consintiría. (I, 48)

La escena en ambos casos se construye de manera parecida, pero si desmenuzamos el párrafo del anónimo y lo cotejamos con la obra de Otálora aparecen varias secuencias verbales coincidentes:

todo este tiempo
si alguna vez
de industria
(echar) mano a la bolsa
fingiendo
(tomar) por afrenta

La serie <*mano a la bolsa* y *por afrenta* y *si alguna vez* y *fingiendo* y *de industria*> no produce en CORDE más documentos que el anónimo, los *Coloquios* y el *Fructus Sanctorum* de Villegas. Pasemos ahora al siguiente párrafo:

... sin escrúpulo ni asco de entrarse en cualquier bodegón, la gorra quitada si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tan bien proveída, que no me la depare Dios peor cuando buena sed tuviere (5)

En los *Coloquios* rastreamos, por de pronto, *bodegón, gorra quitada y si... lo merece*, serie sin otro equivalente en CORDE, de igual modo que tampoco tiene equivalente la serie <*bodegón y tan bien proveída*>. La proximidad textual se acentúa con este paralelismo:

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
que no me la depare Dios peor cuando buena sed tuviere	Antes me desengañó; no nos la depare Dios más maliciosa ni desgraciada (II, 1184)

CORDE no ofrece ni un solo documento en el siglo XVI que contenta la secuencia *depare Dios*, salvo estos dos, y los dos únicos casos que se dan en el siglo XVII están dentro de un contexto algo distinto.⁵⁷

*

Las similitudes se extienden al segundo capítulo en el cual se narra el naufragio de Lázaro y su transformación en atún. La historia es conocida. El pregonero, poco antes de hundirse el barco, decide engullir todo el vino que hay a bordo porque, como bien dice:

parecióme inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que la mala agua había de ocupar era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao había, el cual aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha prisa comencé a beber. (9)

Hace ya muchos años Bataillon señaló que, muy probablemente, el autor anónimo se valía de un conocido chascarrillo folclórico, recogido, entre otros, en la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz y en la *Sobremesa* de Timoneda, en el cual un pasajero se afana en comer mientras otros se encomiendan a Dios⁵⁸. Pues bien, una versión de la misma anécdota está también en los *Coloquios* de Arce de Otálora:

... y a porfía comen más cuando esperan la calentura, por que los halle proveídos, como el otro soldado que cuenta Merlino en su *Macharronea*, que viendo que se iba la nao a hundir y todos se encomendaban a Dios, él se daba gran prisa a comer de un pernil de tocino, diciendo que él adivinaba que había de hartarse de beber y que no quería ir ayuno.⁵⁹ (I, 402)

El motivo es, sin duda, importante, y quizá decisivo si lo complementamos con estas correspondencias observadas en un párrafo algo anterior al momento del naufragio. Lázaro nota que «los capitanes y gente granada» han saltado a otros barcos en mejores condiciones y comenta:

Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es más para estos que para otros. (8)

57.- «Rogad, perro mal nacido que os la depare Dios buena» (Hipólito Vergara); «Tal me la depare Dios» (Gonzalo Correas)

58.- *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Anaya, Madrid, 1973, p. 81.

59.- Véase las semejanzas con la que trae Santa Cruz en su *Floresta española*: «Navegando mucha gente en una nao, levantóse gran tormenta, que pensaban ser hundidos. Uno de los que allí iban sentóse despacio a comer, entre tanto que unos lloraban, y otros se confesaban y hacían votos. Enojado el maestre de la nao con él, porque a tal tiempo se paraba a comer, le respondió: ¿No le parece a vuestra merced que quien espera de beber tanta agua como aquí ve, que es razón que coma algún bocado?» (Ed. Maxime Chevalier, Crítica, Barcelona, 1997).

En los *Coloquios* hay, por lo pronto, dos casos en donde se juega con la misma figura de repetición:

dejé anoche de llegar a buena villa y a buena posada, y la he tenido **ruin** y en **ruin** aldea (I, 314)

vaya el mundo para **ruin** y los letrados se queden por más **ruines** (II, 921)

A ello debe añadirse este paralelismo:

<i>Segunda Parte</i>	<i>Coloquios</i>
Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es más para estos que para otros.	Galterio no decía eso, sino que la justicia y la cuaresma no era sino para los ruines (II, 743)

Por último, la serie <*diz que y que para otros y nao y cuaresma*> se encuentra tan solo en dos documentos en CORDE, además de los *Coloquios* y *La Segunda Parte*.

*

Los paralelismos son muchos, en todo caso. Daré alguno más. En el convento del Valparaíso —si nos acordamos— el viajero estaba tan hambriento que «el pobre no se podía tener en pies, de flaco». La coincidencia con un pasaje del *Lazarillo* original era evidente, como ya vimos, pero la que se da con este otro de la *Segunda Parte* es incluso mayor: «Estaba tan mareado, que en pies no me podía tener». A punto de naufragar, Lázaro se encomienda a la Virgen María y a todos los santos y santas, en un claro guiño al *Naufragium* de Erasmo, y, entre las oraciones que reza, están «la del Conde, la de la emparedada, el Justo Juez y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua». Pinciano en los *Coloquios*, por su parte, recomienda a los predicadores que cuando tengan que improvisar lleven memorizada «una oración larga, como la de S. León, papa, o la de la emparedada». No pensemos que es común: la secuencia *la de la emparedada* no tiene otros documentos en CORDE que los *Coloquios* y la *Segunda Parte*. En el mismo pasaje Lázaro promete ir en peregrinación a los conventos de *Guadalupe*, *Montserrat* y la *Peña de Francia*, si se salva. Los tres topónimos juntos no están más que en la *Segunda Parte* dentro del corpus del siglo XVI, pero si sustituimos *Montserrat* por *Argel*, obtenemos cuatro, entre ellos el texto de Otálora. El dato importa, porque el topónimo *Argel* refiere, igual que el texto anónimo, a la campaña de Argel de 1541, mientras que *Guadalupe* y *Peña de Francia* citan explícitamente sus conventos:

Yo he estado en Guadalupe, y con ser la casa más rica y frecuentada del reino, es cosa maravillosa el sosiego y recogimiento de los frailes. (I, 186)

Y algunos enemigos se convierten desde entonces y les prometen favor y ayuda para delante. Y con esto y con irse a la Peña de Francia o a Valparaíso o a alguna aldea seis o ocho días, se desamohinan y vuelven a la galera, haciendo de los tristes y agraviados. (II, 1253)

*

La coincidencia de topónimos y nombres propios suele ser casi siempre un indicio de cercanía entre textos. Lo vimos sobradamente en el primer *Lazarillo* y, de algún modo, lo

estamos viendo ahora, si bien en esta *Segunda Parte* los límites no son ya tan claros. Lázaro, tras muchas tribulaciones y aventuras, se convierte en privado del rey de los atunes y, entre las cosas que primero hace, es tomar cumplida venganza de quienes habían colaborado en el complot contra su buen amigo, el capitán Licio. El interrogatorio a los implicados en la traición y todo el proceso judicial que se sigue está descrito con una terminología muy técnica, que parece delatar al hombre de leyes. Si selecciono una serie de palabras extraídas del referido pasaje (<condenación y auto y proceso y probanza y falsarios y litigantes y testigos falsos>) y busco luego en CORDE, obtengo solamente tres documentos: el anónimo, la *Crónica de Carlos V* de Santa Cruz y un texto sagrado de fray Alonso de Cabrera. Claro que si hago una leve modificación —pasar a singular *falsarios* y *litigantes*—, la serie está exclusivamente en los *Coloquios*: <condenación y auto y proceso y probanza y falsario y litigante y testigos falsos>. Poco después, Lázaro asegura que todo su conocimiento jurídico se lo debe al ciego, «que cierto sabía, según él decía, más que Bartolo, y que Séneca en doctrina». Bartolo es, como se sabe, modelo de jurisprudencia, además de ser uno de los textos con que todo estudiante de derecho tenía que lidiar. Su mención no es, naturalmente, privativa de abogados, pero ayuda a discriminar. Así, la serie <Bartolo y Séneca y Alejandro y Aníbal y Pompeyo> no da en CORDE más documentos que los *Coloquios* y los *Diálogos familiares* de Pineda; y lo mismo si añado, *rey de Persia* y *rey de Francia* y *Escipión*. Podemos cribar aun más: si sustituimos en la dicha serie *Pompeyo* por *gran Pompeyo*, ya queda solo Pineda, que aparece también en solitario con una serie tan exigua como <Bartolo y gran Pompeyo y Escipión>. Ninguna conclusión definitiva puede —ni debe— sacarse de ello, salvo constatar que, definitivamente, la *Segunda Parte* se instala en las inmediaciones de dos obras escritas por personas que estudian en Salamanca, que con toda seguridad se conocen y que comparten con el anónimo un número muy significativo de coincidencias verbales.

*

La presencia de Otálora en la *Segunda Parte* se diluye a partir del capítulo IV y sólo esporádicamente aparece, mientras que las coincidencias con el texto de Pineda aumentan notablemente. Hay algunas semejanzas muy llamativas. La secuencia *bien rodeada*, que aparece al principio del capítulo IV, no tiene más que cuatro casos en todo CORDE y ninguno en el siglo XVI, excepto los *Diálogos* y la *Segunda Parte*. Si creamos la serie <*bien rodeada* y *recatándose*>, no volvemos a obtener más que estos dos documentos; y, si buscamos en Google, el único resultado es el texto anónimo. No niego que un mismo entorno lingüístico puede propiciar este tipo de concurrencias verbales de manera independiente, pero difícilmente si viene acompañado, un poco más adelante, por este paralelismo:

<i>Segunda Parte</i>	<i>Diálogos familiares</i>
estaba la cueva tan llena, que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes; y así, atocinados unos sobre otros , nos ahogábamos todos (23)	diciendo que las gargantas de los tales son sepulcros abiertos para recibir cuantos cuerpos muertos les echaren dentro, atocinados unos sobre otros (II, 181)

En un caso así no cabe más explicación que influencia directa o una misma autoría. Pineda publica los *Diálogos* más de treinta años después y deja clara constancia de su admiración por la *Segunda Parte*, por lo cual no sería extraño una absorción del texto

anónimo. A la vez, cuesta trabajo aceptar que se haya producido una asimilación tan grande con el repertorio verbal de una obra ajena, aunque no olvido que un fenómeno de esta naturaleza me llevó a pensar durante mucho tiempo en Cervantes de Salazar como autor del primer *Lazarillo*. Sin embargo, nunca los paralelismos entre el librito anónimo y la *Crónica de la Nueva España* fueron de tal calidad ni se daba un repertorio verbal tan cercano ni, menos aun, había coincidencia en los temas. Incuestionablemente la *Segunda Parte* y el corpus de Pineda comparten algunas palabras muy raras. Vimos ya antes *parlones*, pero está también *hocicada*, que no tiene otra recurrencia en CORDE sino el texto de Pineda; o *ahidalgado*, muy raro también. Otras *colocaciones* poco frecuentes pueden tener menos importancia, pero subrayan la proximidad entre los dos textos, como *mal mirar y tan desalmado*, tomadas de un párrafo del mismo capítulo IV. En el capítulo XI, el bando capitaneado por Licio en el que milita también Lázaro, ha decidido enviar una embajada al rey, pero nadie parece ponerse de acuerdo en quiénes deben ir; el narrador entonces compara la situación en la que están con la de los ratones que dirimían quién debía ponerle el cascabel al gato:

De manera que estábamos en la duda de los ratones cuando, pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendían sobre quién se lo iría a colgar. (51)

Casualmente, la misma analogía trae Pineda en sus *Diálogos*:

Tal fue el consejo que tomaron los ratones de echar un cascabel al gato para le sentir en meneándose, por que no los tomase tan callando; que como ninguno osase acometer de se le echar, por demás fue su consultar. (v, 82)

El dicho, procedente de *El Libro de los gatos* y bien conocido desde Lope de Vega, no lo era tanto en el siglo XVI o, cuando menos, no hay una sola referencia más en CORDE hasta ya entrado el siglo XVII. Vemos también que la serie formada con <ratones y gato y cascabel y pescuezo y colgar y sobre quién y pareciéndoles > no produce en CORDE otro texto paralelo que los *Diálogos* de Juan de Pineda.

*

La relación de Pineda con la *Segunda Parte* no parece ofrecer dudas. Más difícil resulta determinar si participó en su composición o si, más bien, se vio influido, como lo está por los *Coloquios* o por el propio *Lazarillo* original. A estas alturas de la investigación me inclino a pensar que colaboró con Otálora, pero sin descartar quizá otros participantes. A mi parecer, el jurista vallisoletano toma parte en la redacción de los dos primeros capítulos, casi todo el tercero y probablemente traza las líneas maestras del resto. En cambio, su huella apenas se nota en los capítulos centrales, salvo algún que otro paralelismo esporádico. Puede que haya supervisado el texto y añadido aquí y allá algunas cosas. Pero es pura especulación por mi parte. Me faltan datos que lo avalen. El espíritu alegórico de la *Segunda Parte* sintoniza muy bien con la obra de Pineda y apenas tiene lugar en los *Coloquios*, aunque Otálora sí cita la «Verdad, hija de Dios» y, al hilo de ello, desarrolla el motivo, muy grato al *Eclesiastés* y a la literatura sapiencial, del desprecio a la ciencia,⁶⁰ lo cual explicaría

60.— Véase, sin más, este pasaje de los *Coloquios*: «Dime, niño: ¿qué ha menester el hombre? ¿Buscar cosas mayores que él? Si miras y rodeas muchos años el estudio de Salamanca, Valladolid y Alcalá y París y Bolonia y Tolosa y Lovaina y todos los estudios y universidades mayores del mundo, en cada uno dellos hallarás muchos estudiantes que de día ni de no-

la disputa final de Lázaro entre los catedráticos de Salamanca.⁶¹ Nótese, sin embargo, este pasaje procedente de los *Diálogos* de Pineda, muy en sintonía con algunas de las *cuestiones* que le hacen a Lázaro, como «cuántos toneles de agua había en el mar» o «cuánto había de la tierra hasta el cielo»:

Estos linajes de medir se confirman con lo que Plutarco dice haber sido conclusión de geómetras, que ni las alturas de los montes, ni los profundos de los mares pasan de diez estadios, que son mil y docientos y cincuenta pasos; lo cual dice haber averiguado el geómetra Xenágoras. Plinio abona esto diciendo que Dicearco, gran geómetra, tuvo al monte Pelión de Tesalia por el más alto del mundo y le midió y halló tener de altura los dichos diez estadios; y en otra parte dice que el geómetra Fabiano mostró que el más hondo mar no tiene más de quince estadios de hondura, que son dos mil pasos, menos ciento y veinte y cinco; y también dice en otra parte del geómetra Posidonio que midió la altura del aire, donde se engendran los rayos y granizos y truenos con los demás impresiones meteorológicas y que no sube más de cuarenta estadios, que son cinco mil pasos menos ciento y veinte y cinco; y también dice en otra parte del geómetra Posidonio que midió la altura del aire, donde se engendran los rayos y granizos y truenos con los demás impresiones meteorológicas y que no sube más de cuarenta estadios, que son cinco mil pasos.

PÁNFILO.— Señor Maestro, paréceme contradecirse los sabios que habéis alegado, poniendo uno más hondura que otro, y paréceme ser común lenguaje que hay montes muy más altos que la región del aire donde se engendran las impresiones meteorológicas.

FILALETES.— En todo habéis alegado verdad. Y en ello habéis de ver cuán frágiles sean los ingenios de los hombres, pues aun en lo que ven y se muestra al ojo y palpa, tan lejos van unos de otros, cuánto más irán en lo que no se sabe sino por conjeturas; y por ello lo dejó Sócrates y se dio a lo de la filosofía moral de las virtudes, que se dejan alcanzar de los que de veras las procuran, y esto nos es necesario y nos basta para nos salvar; mas los hombres, olvidados desto, se fatigan tras las ciencias curiosas o que se ordenan, o las ordenan ellos, no más de para ganar de comer (III, 293)

*

Como ya pasaba en el primer *Lazarillo*, se rastrean varias frases y secuencias de otras obras, especialmente de los libros de caballerías, muy explicables, dado que las aventuras marinas de Lázaro son una clara parodia del género. Véanse, sin más, estos paralelismos:

che no pegan los ojos trabajando e muriendo, y no hallarás uno que viva contento ni sepa cosa cierta. Yo, en mi edad, pasé por esto y en mi vejez discurrí por todo y en fin hallé que todas las cosas son dificultosas y mucho más esto de la ciencia. Y al fin, lo uno y lo otro es vanidad de vanidades y todo vanidad. Por esto las dejé todas y escogí sola una que me pareció buena, y es que cada uno descansa y goce con alegría de su trabajo, que ciertamente el continuo estudio es enflaquecimiento de la carne. Tú eres niño y he lástima de ti, que vas engañado de mi consejo: tú te volverás a tu tierra y huélgate y date a placer y goza tu mocedad, que sin dubda más vale un puñadito con descanso que entrambas las manos llenas con el trabajo y quebranto del estudio» (I, 203).

61.— Claro que la disputa es también buen reflejo de «la lucha contra los bárbaros idiotas, los viri obscuro... que es un rasgo común a los movimientos humanísticos europeos y España no constituye una excepción» (v. M. Morreale, «Luciano y las invectivas antiescolásticas en *El Scholástico* y en *El Crotalón*», *Bulletin. Hispanique*, LIV (1952), n° 2, p. 372).

Yo me fui solo, y dando muy grandes y prestas vueltas en el agua, y lançando por la boca grandes espadañadas della. (<i>Segunda Parte</i> , 18)	començó de acometerle, andando tras él por cojerle entre sus gruesos y fortísimos braços y grandes uñas, y lançando grandes espadañadas de fuego por la boca (<i>Espejo de príncipes y caballeros</i> , v, 186)
y como lo pensé, así lo puse por obra (<i>Segunda Parte</i> , 15)	E como lo pensé, lo puse por obra , que luego me partí para la su Ínsula de la Ximía, do lo hallé, (<i>Lisuarte de Grecia</i> , 168) Y así como lo acordé lo puse por obra , (<i>Espejo de príncipes y caballeros</i> II, 245)
ninguno dellos entendía sino en huir y esconderse y meterse por aquellas casas sin hacer defensa alguna, más de las que las flacas ovejas suelen hacer a los bravos y carniceros lobos	acudieron allí con muy grande priessa, y entrando por los enemigos, matando y derribando, como hizieran fuertes leones en las manadas de las flacas ovejas... (<i>Las sergas de Esplandián</i> , fol. 120r)
cuando Lázaro atún había hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante dél se ponían con su toledana espada. (<i>Segunda Parte</i> , 45)	Entonces Macareo, determinando de vengar bien su muerte, se mete por medio de todas las hazes de la ciudad y iba hiriendo y matando a cuantos delante se le ponían... (<i>Baldo</i> , 193)

Estas secuencias casi idénticas son como jirones arrancados y cosidos en el texto para recrear paródicamente el estilo de los libros de caballerías y no deben, en ningún caso, confundirse con el idiolecto del autor anónimo. Otras coincidencias, sin embargo, crean mayores dificultades. Alonso de Villegas fue un autor prolífico, famoso en su época por el *Flos sanctorum*, una colección hagiográfica de extraordinaria influencia en los siglos áureos, tanto en dramaturgos como en pintores, aunque en su temprana juventud escribió también una comedia celestinesca, la *Selvagia*, con cierto gracejo. Además, ya al final de su vida, publicó el *Fructus sanctorum*⁶², que es una especie de apéndice del *Flos* con infinidad de anécdotas sagradas y profanas, obra que su editor moderno no duda en calificar de «la más extensa colección de exempla de la literatura española»⁶³. Por ello no puede sorprender que muchos de los nombres propios de la Antigüedad (*Cayo Patricio*, *Aníbal*, *Escipión* o *Pompeyo*) y algún que otro ejemplo procedente de Valerio Máximo incluido en la *Segunda Parte* se lean también en el compendio de Villegas. La sorpresa no está ahí, sino que, de igual manera que en Pineda, su repertorio verbal esté muy próximo al de la *Segunda Parte*, con alguna secuencia compartida de gran rareza. Daré las más claras, aunque hay más:

62.– Alonso de Villegas, *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum*, ed. Josep Lluís Canet Vallés, LEMIR (Valencia), 1988.

63.– Alonso de Villegas, *Fructus Sanctorum y quinta parte del Flos Sanctorum*, Cuenca, Juan Masselin, 1594. Edición electrónica de José Aragués Aldaz (<http://parnaseo.uv.es/lemir/textos/Flos/Index1.html>).

<i>Segunda Parte</i>	<i>Fructus</i>
... y hubo con ellos muchas batallas campales y aunque algunas perdió, de las más salió con victoria ; mas no era maravilla perder algunas	Hallóse en ciento y veinte batallas campales , y en las más vencieron los de su parte. Uno a uno hizo campo treinta y seis veces, y las ocho estando los exércitos a la mira, y en todas salió con victoria y ganó despojos. (177v)
así lo había visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad	puso ley que ninguno entrasse con armas en ayuntamientos donde se trataban los negocios de la República (233v)
la vuelta fue tan grande y el ruido y voces tan espantoso	Era tan grande el ruido y voces , y la llama tan espantosa (74r)
y preguntando la causa, le dijeron	y, preguntando la causa, dixéronle
Mas entendamos en lo que conviene , pues ya veis lo que pasa	Aora entendamos en lo que conviene al bien y utilidad de su iglesia (436r)
ser justo tornarme a mostrar su airado y severo gesto cruel	con rostro airado y severo le dixo (124v)

Esta última pareja de sinónimos *airado* y *severo* no es solo exclusiva en todo CORDE, sino que en el *Fructus* se halla dentro de un pasaje en el cual el Apóstol Santiago se le aparece a «un cura de almas descuidado en su oficio» para conminarle a que cambie de conducta, un poco como la Verdad hace con Lázaro cuando se le aparece en sueños:

Consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la Verdad, y mostrándose muy **airada**, me dijo: «Tú, Lázaro, no te quieres castigar...» (76)

En el *Fructus* la aparición en sueños por parte de la Virgen para recriminar al pecador es muy común y a veces tiene semejanzas indudables, como cuando en una de las ocasiones su intervención divina libra de la enfermedad al penitente:

Aparecióse a la noche la Madre de Dios con San Agustín y **visitóle**, diziéndole la Virgen que tomase un pan y le pusiese en agua, y comiese en nombre de Cristo, y sería libre de la enfermedad, como lo fue. (9V)

O esta otra, en la cual la Virgen, viendo que el pecador no se arrepiente, lo castiga con severidad:

No se enmendó el mal hombre por esto, aunque fueron tres veces las que se le

apareció **en sueños** la Sagrada Virgen, y le amonestava que cessasse de blasfemar della... Sucedió que, estando durmiendo después de comer cierto día, llegó a él esta **Señora**, y sin dezirle cosa alguna, tocóle con un dedo las manos y pies. Despertó Gayano, y vídose cortado los pies y las manos, y desta manera vivió

el miserable algunos años, en angustia y lágrimas, confessando públicamente su pecado. (433V)

La escena de la *Señora* que increpa *en sueños* al enamorado o al pecador es, sin duda, un motivo recurrente en Villegas. Contrástense estos dos casos, uno de la *Selvagia* de 1554⁶⁴ y otro más del *Fructus*:

La *señora* que en captividad mi corazón tiene puesto, se me demostró con tanta ira y enojo contra mí, quanta hermosura y beldad con para con todos tiene....Habiendo, pues, algún tanto mis muchos miedos considerado, con algo más apacible rostro, desta manera me habló: «¡Oh tú, que por tan mi verdadero captivo te has mostrado... (57)

El abad Ciriaco... estava un día en su celda y vido como *en sueños* passar una *señora* de grande magestad, vestida de púrpura y muy honesta... El abad salió a la puerta de la celda y pidió humilmente a aquella Señora, que era la Madre de Dios, fuesse servida de entrar dentro... Oído esto por la Virgen Sacratíssima, con boz *severa* le dixo: Tienes dentro de tu celda a mi enemigo, ¿y quieres que entre dentro? (227V)

Compruébense, por último, estas secuencias coincidentes:

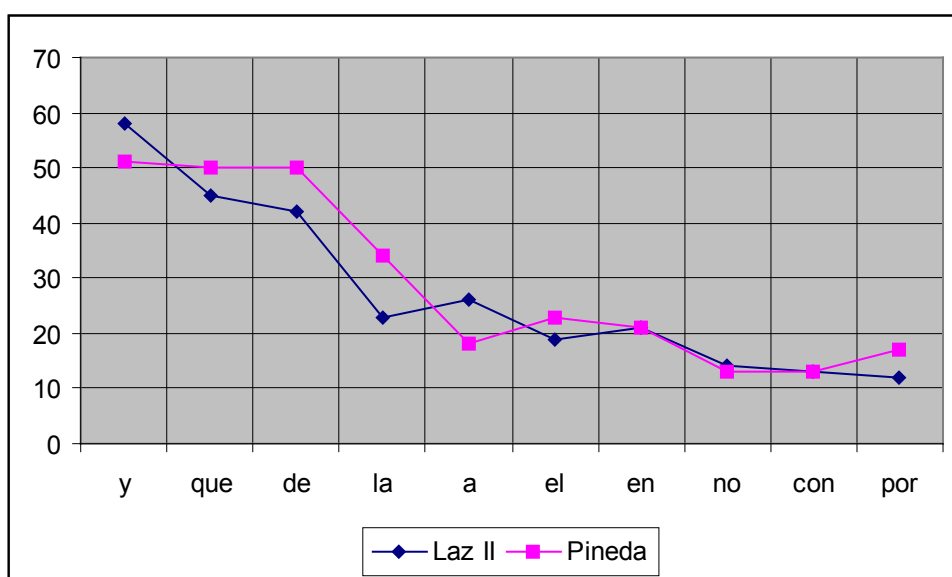
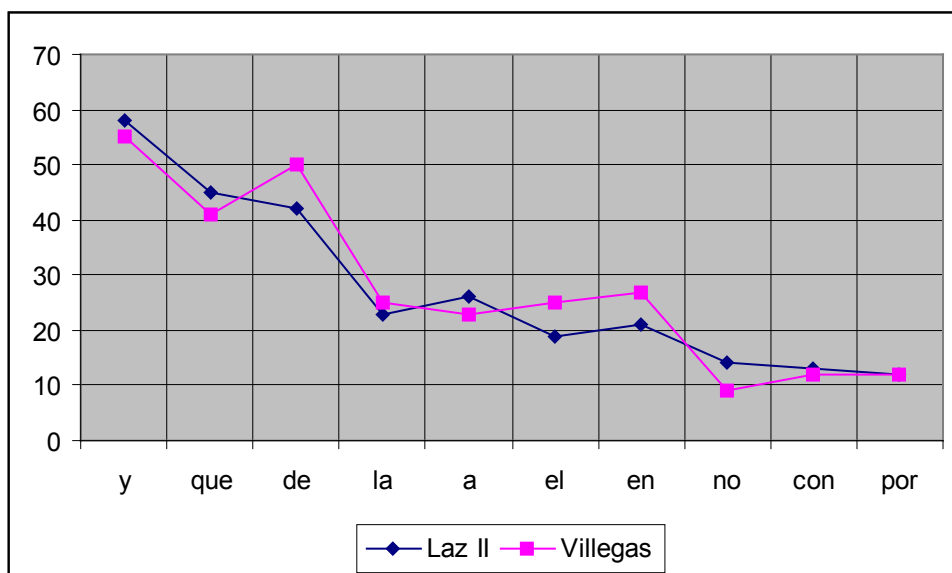
<i>Segunda Parte</i>	<i>Fructus</i>
tornarme a mostrar su airado y severo gesto cruel	con rostro airado y severo le dixo
mostrar su airado y severo	hasta mostrarse Dios airado con él
y mostrándose muy airada , me dixo	se halla en las Divinas Letras averse mostrado Dios airado
y mostrándose muy airada , me dixo	El conde, muy airado , le dixo :
y mostrándose muy airada	y mostrándose muy celoso
aunque muy airado estaba	Él, muy airado , le echó de allí

*

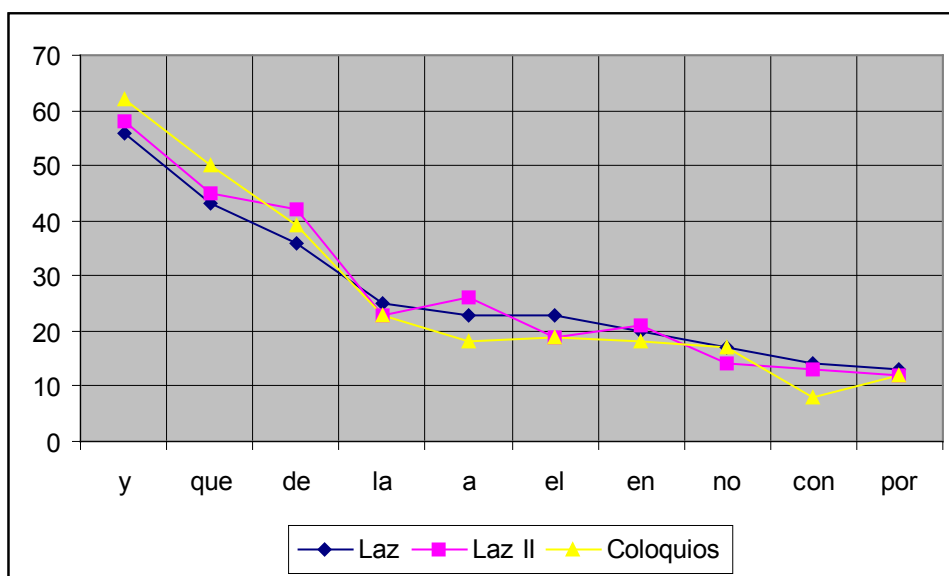
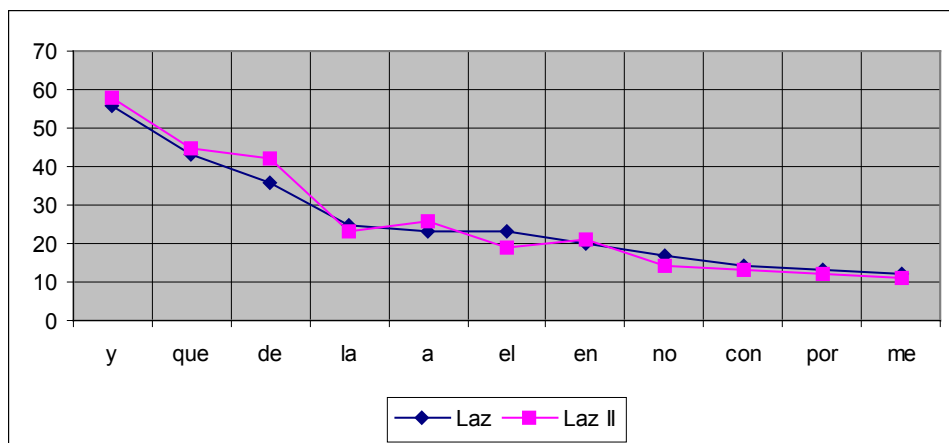
No insinúo siquiera que Villegas sea el autor o participe en la redacción de la *Segunda Parte*: simplemente pongo estos pocos casos para advertir de la extraordinaria cautela que se ha de tener a la hora de interpretar los datos que nos proporciona un corpus como CORDE. La transmisión «contagiosa» de los textos es un hecho y la paradoja del montón (cuándo es montón y cuándo no) nos acecha continuamente en los estudios de atribución. Desde luego unos cuantos paralelismos «claros» o una cierta similitud verbal no bastan. Debe haber más, mucho más. La recurrencia tiene que ser sistemática en cada párrafo, casi en cada renglón, así como semejante deberá ser el índice de frecuencia de las palabras funcionales más comunes, especialmente si el corpus del posible autor y el texto anónimo no difieren grandemente en su registro. Villegas y, sobre todo, Pineda compar-

64.- *Comedia llamada Selvagia*, M. Rivadeneyra, 1873.

ten bastantes paralelismos verbales con la *Segunda Parte del Lazarillo*, pero cuando cuantificamos la frecuencia de las diez palabras más comunes del anónimo y las contrastamos en un gráfico con el corpus de estos dos escritores se observan notables divergencias:



Por el contrario, si hacemos la misma operación con los dos *Lazarillos* y luego con los *Coloquios* de Arce de Otálora, observamos un dibujo muy parecido en las líneas del gráfico:



En todos los experimentos llevados a cabo con textos del siglo XVI, solamente el *Cróton* y el *Amadís* obtienen una gradación similar a los dos *Lazarillos* y a la obra de Otálora en el orden de frecuencia de las diez palabras más comunes (ver Apéndice II), lo cual no nos puede servir para corroborar nada, pero sí para descartar quizá a Pineda como autor de la *Segunda Parte del Lazarillo*.

*

Empecé con cierta grandilocuencia y quiero terminar sin ninguna fanfarria: *not with a bang but a whimper*. El autor del *Lazarillo* representa mi Everest y mi Moby Dick, pero al cabo ¿qué es un autor sino un montón de letras sin otro destino que su inevitable y completa desaparición? No quedará nada, lo sé. O quedará la estela invisible de lo que alguna vez fue y ya no es y nunca más volverá a ser. Miro las hojas arremolinadas en el alcorque de mi jardín y, poco después, la portada del libro anónimo. ¿Lázaro de Tormes, Arze de Otálora? Me sonrió con escepticismo, pero también con la extraña satisfacción que debió sentir George Mallory muy poco antes de su final. Aunque...

Wer spricht von Siegen? Überstehn ist alles

Apendice I

El repertorio de palabras léxicas en relación con el *Lazarillo* depara resultados muy favorables para Arce de Otálora frente a la totalidad de los autores consultados en el corpus de CORDE. Así, en un primer experimento con un total de 138 palabras léxicas organizadas en torno a campos semánticos (comida, ropa, religión, etc), Arce obtiene el 92% de equivalencias, por 82% en Miguel de Cervantes, 76% en Oviedo y 74% en Pineda. En un segundo experimento con un total de 330 palabras léxicas escogidas por su terminación (-or, -al, -ncia, etc), Juan de Pineda obtiene un 93% de coincidencias, seguido muy de cerca por los *Coloquios* de Arce (89%), mientras que Oviedo se encuentra algo más alejado, con el 84%, aunque debe notarse que tanto el corpus de Oviedo como el de Pineda triplican en tamaño al jurista vallisoletano. Pongo debajo las listas de palabras y los resultados. Se ha desechado todo autor analizado con un porcentaje total por debajo del 50%.

Autores	Obras consultadas	Núm. de palabras	% por campos	% por terminación	Total
Arce de Otálora	Coloquios de P y P	420450	92%	89%	90%
Juan de Pineda	Diálogos familiares	1376807	74%	93%	83%
Oviedo	CORPUS	1542927	76%	84%	80%
M. de Cervantes	CORPUS	1069186	82%	78%	80%
B. de las Casas	CORPUS	1627718	74%	82%	78%
A. de Guevara	CORPUS	790135	66%	77%	71%
C. de Villalón	CORPUS	256496	52%	63%	57%
C. de Salazar	Crónica de la NE	379099	52%	60%	56%
Jerónimo Zurita	Anales de Aragón	2204036	43%	60%	51%

I) Repertorio de palabras por campos semánticos

Comida (34)

manjar	nabo	torreznos	almodrote
vianda	berzas	huevos	cocida
merienda	lechuga(s)	longaniza	sazonada
colación	cebollas	carnero	salsa
pan	melocotón	sesos	lima(s)
migajas	duraznos	tocino	queso
migaja	peras verdinales	tripas	caldo
mendrugos	naranjas	uña de vaca	
bodigo	rebanadas	faisán	

Ropa (22)

ropa	sayo	mangas	cinta
sayete	capa	capuz	vaina
faldas	frisada	bonete	zapatos
calzas	camisa	birrete	pañó de manos
jubón	collar	talabarte	
fustán	manga	sartal	

Vivienda (15)	Dinero (12)	Religión (15)
vivienda	maravedí	sacerdote
casa	una blanca	clérigo
casilla	un real	fraile
solar	reales	clérigos
cámara	marco	frailes
recámara	pieza	capellán
caballerizas	de a dos	canónigos
portal	trueco	feligreses
posada	cambio	predicador
mesón	cornado	echacuervo
aceña	mitad del justo precio	bulas
patio	media blanca	ofertorio
valladar		altar
poyo		auditorio
palomar		iglesia

Gente (15)	Oficios (13)	Animales (11)
niño	molinero	galgo
mochacho	pregonero	podenco
mozo	calderero(s)	asno
mozuelo	herrero	bestias
mozos	mesonera	ratones
mozas	mayordomo	cabrón

criaturas	hilanderas	toro
marido	acreedores	águila
mujer	escribano	mula
hijos	alguacil	puercos
hijas	acemilero	palominos
huéspedes	porquerón	
vecinos	camarero	
buenas gentes		
mujercillas		

II) Repertorio de palabras por terminación

-or (9)	-al (6)	-ncia (8)	-go (15)	-cio (8)	-rio (9)
pecador	caudal	substancia	relámpago	palacio	armario
predicador	leal	inocencia	trigo	necio	centenario
Comendador	oficial	indulgencia	testigo	espacio	ordinario
cazador	panal	experiencia	hidalgo	precio	inventario
matador	servicial	continencia	prólogo	maleficio	falsario
esgremidor	parcial	abstinencia	embargo	juicio	contrario
Emperador	-ria (7)	esencia	amargo	quicio	necesario
vendimiador	miseria	sentencia	trasgo	vicio	auditorio
salvador	alegría	-aja (4)	mendrugó	-ajo (6)	ofertorio
-echo (4)	gloria	migaja	fuego	escobajo	-illo (6)
contrahecho	furia	teja	juego	tajo	golpecillo
lecho	injuria	vasija	enemigo	atajo	huesecillo
trecho	laceria	congoja	castigo	destajo	jarrillo
estrecho	memoria		galgo	prolijo	canastillo
			huelgo	brujo	larguillo
					pelillo

-oso (10)	-eto (6)	-iento (12)	-te (13)	-ados (12)	-ero (13)
malicioso	pobreto	ciento	birrete	hados	extranjero
victorioso	secreto	aliento	banquete	honrados	acemilero
industrioso	discreto	mandamiento	deleite	templados	molinero
goloso	angosto	razonamiento	convite	librados	pregonero
ruinoso	mosto	pensamiento	viviente	grados	camarero
donoso	luto	maltratamiento	almodrote	bienaventurados	herrero
mentiroso	puerto	ayuntamiento	cogote	maltratados	carpintero
reposo	hurto	mantenimiento	sacerdote	espantados	montero
peligroso	concierto	nacimiento	garrote	mojados	caldero
perverso		arrepentimiento	azote	enojados	acero
		hambriento	trote	callados	fiero
		sacramento	arte	dejados	carnero
			talabarte		grosero

-ar (41)	-adas (16)	-ado (32)	-elas (2)	-gos (5)
adobar	colgadas	trabado	candelas	ciegos
escarbar	desdichadas	predicado	tachuelas	canónigos
predicar	quijadas	sudado	-uras (3)	hidalgos
roncar	señaladas	certificado	herraduras	domingos
refrescar	inclinadas	delicado	criaturas	largos
descuidar	preñadas	soldado	dulzuras	-echos (3)
convidar	puñadas	andado	-án (4)	pechos
menear	labradas	guardado	imán	derechos
rifar	rebozadas	endemoniado	faisán	provechos
allegar	faldas	industriado	refrán	-ros (5)
mudar	andas	desbocado	truhán	cántaros
alquilar	haciendas	pelado	-ales (2)	aceros
bramar	reverendas	peinado	cardenales	panderos
jurar	sendas	sobrado	verdenales	fieros
perjurar	guardas	alumbrado	-ores (7)	extranjeros
asar	menudas	alterado	sinsabores	-entos (14)
atravesar	-azas (9)	mirado	burladores	juramentos
guisar	plazas	desesperado	moradores	contentos
posar	amenazas	cerrado	acreedores	ungüentos
reposar	corazas	desterrado	traidores	deméritos
apretar	cabezas	malaventurado	sudores	efectos
visitar	caballerizas	bienaventurado	colores	delictos
faltar	lanzas	casado	-co (10)	secretos
cantar	mozas	reposado	pronóstico	malditos
espantar	berzas	usado	banco	saltos
levantar	fuerzas	amasado	podenco	cestos
asentar	-ones (7)	apretado	puerco	gestos
presentar	maldiciones	cuitado	marco	prestos
contentar	bendiciones	quitado	pico	gustos
sustentar	invenciones	cornado	rico	astutos
pintar	devociones	sepultado	bellaco	-z (8)
notar	provisiones	afrentado	hueco	sagaz
hartar	sermones	-mas (3)	angélico	haz
hurtar	ladrones	formas	-cos (4)	asaz
gustar	-vo (3)	sábanas	bancos	jaez
desamar	echacuervo	semanas	blancos	vejez
animar	clavo	-nas (3)	arcos	raíz
reformar	esclavo	ajenas	puercos	capuz
cercenar	-zo (1)	fortunas		cruz
burlar	lienzo	cunas		
pregonar				

Apéndice II

Entre los rasgos lingüísticos susceptibles de cuantificación, quizá sea el índice de frecuencia de palabras comunes el más valioso en la discriminación de textos,⁶⁵ especialmente si contamos con un corpus tan amplio como CORDE. Por lo general, en textos de registro similar escritos por un mismo autor el índice de frecuencia de las diez palabras más comunes resulta muy semejante, mientras que en textos similares de distinto autor las diferencias suelen ser significativas. Este fenómeno queda sobradamente de manifiesto al comparar las dos partes del *Guzmán de Alfarache*, sin apenas divergencias entre sí (Tabla 7; Gráfico 5.1), con el *Guzmán* apócrifo o la *Pícara Justina* (Tabla 7; Gráfico 5.2, 5.3). A veces la evolución del estilo de un escritor puede ofrecer alguna anomalía, como es el caso del relativo «que» en el *Libro áureo de Marco Aurelio* con respecto al *Relox de príncipes* (Tabla 5; Gráfico 6.1); pero en todas las demás obras de Antonio de Guevara el índice de frecuencia es prácticamente idéntico (Gráfico 6.2, 6.3), como resulta casi idéntico en las dos partes del *Símbolo de la fe* de Fray Luis de Granada (Gráfico 7.1). Si hacemos la misma operación con los dos *Lazarillos*, nos encontramos con un sorprendente grado de cercanía (Tabla 2; Gráfico 2.1), muy semejante al fenómeno observado con textos de un mismo autor. Entre todas las obras analizadas solamente los *Coloquios* de Arce, el *Cróton* y el *Amadís* se acercan a los dos *Lazarillos* (Gráfico 3.1, 3.1.1, 3.1.2, 3.1.3). Nótese, además, que este grupo de obras sigue un mismo orden de frecuencia en las primeras cuatro palabras <y que de la> cuando lo normal en el siglo XVI es <de y que la> (Tabla I, Gráfico 3). Todos los otros textos analizados difieren notablemente entre sí (véanse Tablas 2, 3 y 4). Por último, debe señalarse que Hurtado de Mendoza, Sebastián de Horozco, Cervantes de Salazar y Alfonso de Valdés no tienen un solo texto que se acerque al texto anónimo en el índice de frecuencia de las diez palabras más comunes (Tabla 3; Gráfico 4.1., 4.2, 4.3, 4.4).

	TOTAL s. XVI		TOTAL s. XVII		TOTAL 1700-1850		TOTAL 1850-1950	
	52178460		38101309		25707360		66814107	
y	2383645	0.045	1747284	0.045	990840	0.038	2315613	0.034
que	2260932	0.043	1585002	0.041	981686	0.038	2146633	0.032
de	2786392	0.053	2117666	0.055	1561270	0.060	4010892	0.060
la	1430946	0.027	1071151	0.028	840475	0.032	2464121	0.036
a	1091992	0.020	833604	0.021	411335	0.022	1440787	0.021
el	1178345	0.022	909432	0.023	652536	0.025	1782284	0.026
en	1183966	0.022	91861	0.023	638819	0.024	1736013	0.025
no	590718	0.011	448572	0.011	291323	0.011	739443	0.011
con	548844	0.010	460463	0.012	272418	0.010	666542	0.009
por	677289	0.012	411146	0.010	267429	0.010	702262	0.010

Tabla 1

65.- Para el interesado en este tipo de metodología consúltense los siguientes trabajos: J. F Burrows, «Not unless you ask nicely: the interpretative Nexus between analysis and information», *Literary and Linguistic Computing*, 7 (1992): 91-109; J. F Burrows and H Craig, «Lucy Hutchinson and the authorship of two seventeenth-century poems: a computational approach», *The Seventeenth Century*, 16 (2001): 259-82; J. F Burrows and A. J Hassall, «Anna Boleyn and the authenticity of fielding's feminine narrative», *Eighteenth Century Studies*, 21 (1988): 427-53; A Kenny, *The Aristotelian Ethics: A Study of the Relationship between the Eudemian and Nicomachean Ethics of Aristotle*. Oxford, Clarendon Press, 1978.

	<i>Lazarillo</i>		<i>Lazarillo II</i>		Arce de O		Pineda		Villegas	
	18570		26330		420450		1376807		617839	
y	1050	0.056	1529	0.058	26426	0.062	70581	0.051	34080	0.055
que	804	0.043	1185	0.045	21120	0.050	68878	0.050	25811	0.041
de	687	0.036	1116	0.042	16570	0.039	69948	0.050	31000	0.050
la	469	0.025	606	0.023	9982	0.023	47834	0.034	15574	0.025
a	443	0.023	689	0.026	7974	0.018	25316	0.018	14742	0.023
el	436	0.023	504	0.019	8189	0.019	32972	0.023	15525	0.025
en	379	0.020	568	0.021	7944	0.018	29726	0.021	16684	0.027
no	317	0.017	371	0.014	7543	0.017	19182	0.013	6073	0.009
con	266	0.014	347	0.013	3574	0.008	18032	0.013	7927	0.012
por	248	0.013	319	0.012	5456	0.012	23669	0.017	7700	0.012

Tabla 2

Los siete tratados del *Lazarillo*

	I		II		III		V		VI y VII	
	4428		4007		6317		1970		1238	
y	260	0.058	211	0.052	338	0.053	140	0.071	73	0.058
que	189	0.042	177	0.044	272	0.043	83	0.042	61	0.049
de	159	0.035	152	0.037	246	0.38	58	0.029	62	0.050
la	128	0.028	116	0.028	161	0.025	49	0.024	21	0.016
a	100	0.022	89	0.022	157	0.024	63	0.031	28	0.022
el	137	0.030	97	0.024	121	0.019	52	0.026	14	0.011
en	82	0.018	97	0.024	128	0.020	38	0.019	34	0.027
no	67	0.015	74	0.018	113	0.017	28	0.014	16	0.012
con	20	0.004	62	0.015	82	0.012	23	0.016	20	0.016
por	59	0.013	59	0.014	88	0.012	25	0.012	16	0.012

Tabla 2.1

	Alfonso de Valdés, <i>Diálogo de las cosas acaecidas en Roma</i>		Hurtado de Mendoza, <i>Guerra de Granada</i>		Cervantes de Salazar, <i>Crónica de la Nueva España</i>		S. de Horozco, <i>Libro de los proverbios glo- sados</i>	
	57381		24873		379099		180375	
y	895	0.035	2833	0.049	18060	0.047	9668	0.053
que	1297	0.052	2098	0.036	20473	0.054	7041	0.039
de	1004	0.040	3731	0.065	18785	0.049	8307	0.046
la	543	0.021	2043	0.035	8015	0.021	4634	0.025
a	458	0.018	1691	0.029	9614	0.025	3880	0.021
el	457	0.018	1470	0.025	5838	0.015	5782	0.032
en	542	0.021	1447	0.025	7424	0.019	5820	0.032
no	643	0.025	417	0.007	4811	0.012	2016	0.011
con	243	0.009	1039	0.018	5427	0.014	1339	0.007
por	348	0.013	885	0.014	4780	0.012	2336	0.012

Tabla 3

	<i>Segunda Celestina</i>		<i>Amadís</i>		<i>Cróton</i>		<i>Baldo</i>	
	103121		486425		111755		249067	
y	3823	0,037	28565	0,058	6541	0,058	10747	0,043
que	6546	0,063	26243	0,053	5086	0,045	9043	0,036
de	3595	0,034	17213	0,035	5051	0,045	10650	0,042
la	2398	0,023	13361	0,027	2591	0,023	7421	0,029
a	2061	0,019	10357	0,021	2393	0,021	6666	0,026
el	1517*	0,014	9196	0,018	2156	0,019	4854	0,019
en	1652*	0,016	10322	0,021	2906	0,026	4859	0,019
no	2699	0,026	6143	0,012	1260	0,011	2840	0,011
con	1277	0,012	5798	0,011	1486	0,013	3540	0,014
por	1432*	0,013	6606	0,013	1749	0,015	2791	0,011

Tabla 4

Fray Antonio de Guevara

	<i>Reloj de príncipes</i>		<i>Epístolas familiares</i>		<i>Menosprecio de corte</i>		<i>Arte de marear</i>		<i>Libro áureo de Marco Aurelio</i>	
	332668		298236		36865		15357			
y	12324	0,037	12636	0,042	1388	0,037	682	0,044	4218	0,039
que	16670	0,050	15534	0,052	1997	0,054	737	0,047	4416	0,041
de	1500	0,0045	13375	0,044	1488	0,040	771	0,050	4840	0,045
la	8260	0,024	7334	0,024	934	0,025	516	0,033	2755	0,0257
a	7986	0,024	7675	0,025	1031	0,0279	385	0,025	2293	0,021
el	6727	0,020	6833	0,0229	759	0,020	331	0,021	2104	0,019
en	9087	0,027	7528	0,025	1010	0,027	425	0,027	2978	0,0278
no	6048	0,018	5242*	0,017	709	0,019	220*	0,014	1719	0,016
con	2773	0,008	2262	0,007	287	0,0077	133*	0,008	1060	0,0099
por	4059	0,012	2931	0,009	308	0,008	166	0,010	1525	0,014

Tabla 5

Fray Luis de Granada

	<i>Libro de la oración</i>		<i>Traducción de la Escala</i>		<i>Introducción del símbolo de la fe</i>		<i>Segunda parte de la Introducción del Símbolo</i>		<i>Memorial de la Vida Cristiana</i>	
	234608		109016		126375		134460		207929	
y	11330	0,048	5640	0,051	6538	0,051	7070	0,052	10086	0,048
que	9822	0,041	4185	0,038	5678	0,044	5495*	0,0408	8098	0,038
de	12623	0,053	6131	0,056	6242	0,049	7021	0,052	10737	0,051
la	7394	0,031	3759	0,034	4060	0,032	4469	0,033	6324	0,030
a	4063	0,017	2087	0,019	1913	0,015	2472	0,018	56	0,0002
el	5285	0,022	2445	0,022	2781	0,022	2697	0,020	4604	0,022
en	4488	0,019	2054	0,018	2655	0,021	2749	0,020	4203	0,020
no	2965	0,012	1389	0,012	1369	0,010	1459	0,010	2359	0,011
con	2629	0,011	1474	0,013	1442	0,0114	1803	0,013	2678	0,0128
por	3345	0,014	1360	0,012	1387	0,010	1894	0,014	2759	0,013

Tabla 6

Los guzmanes y la Pícaro Justina

	<i>Guzmán I</i>		<i>Guzmán II</i>		<i>Falso Guzmán</i>		<i>Pícaro Justina</i>	
	108105		143934		93836		138977	
y	4648	0,043	6122	0,042	5056	0,053	5792	0,041
que	4708	0,042	6443	0,0447	4632	0,049	7001	0,050
de	4740	0,0438	6185	0,0429	5089	0,054	7332	0,052
la	2933	0,026	3317	0,023	2709	0,028	3920	0,028
a	2381	0,022	3551	0,024	1671	0,017	3111	0,022
el	2066	0,019	2655	0,018	2070	0,022	2898	0,020
en	2211	0,020	2789	0,019	2151	0,0229	2658	0,019
no	1893	0,017	2543	0,017	1437	0,015	2342	0,016
con	1437	0,013	2166	0,015	1104	0,011	1598	0,011
por	1255	0,011	1925	0,013	1164	0,012	1591	0,011

Tabla 6

Gráficos

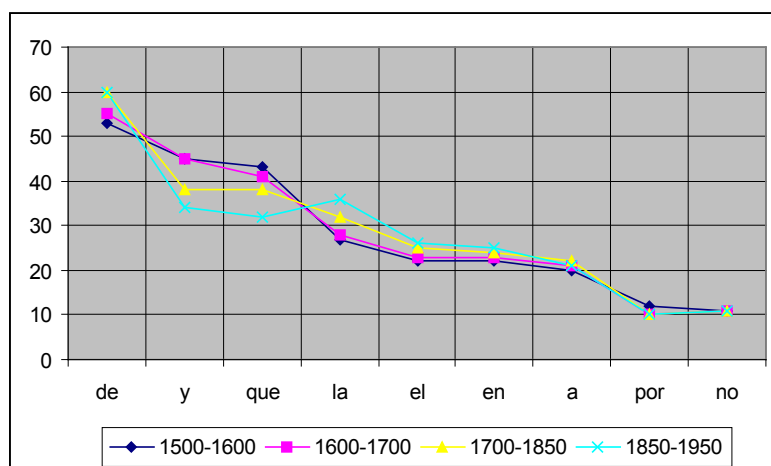


Gráfico 1.0

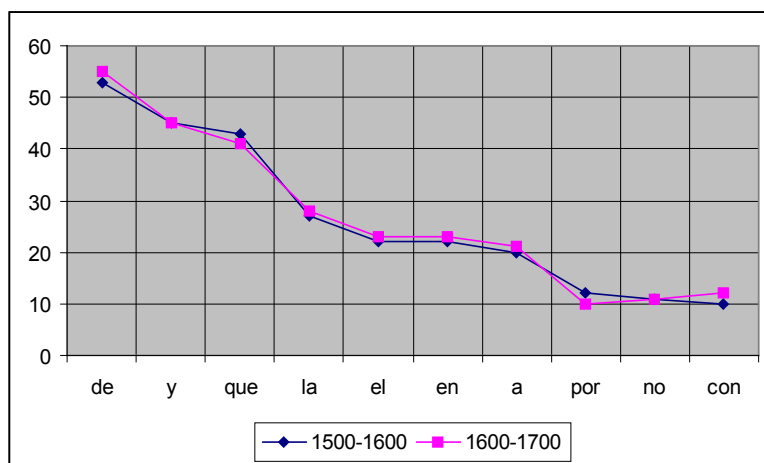


Gráfico 1.1

Los dos Lazarillos

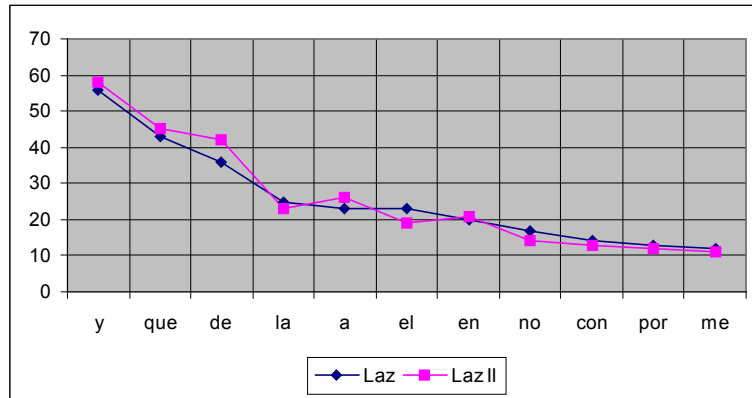


Gráfico 2.1

Los Coloquios de Arce de Otálora y los dos Lazarillos

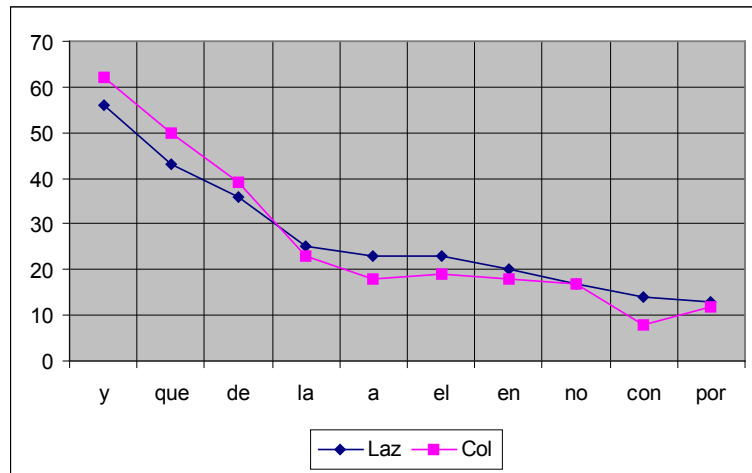


Gráfico 3.1

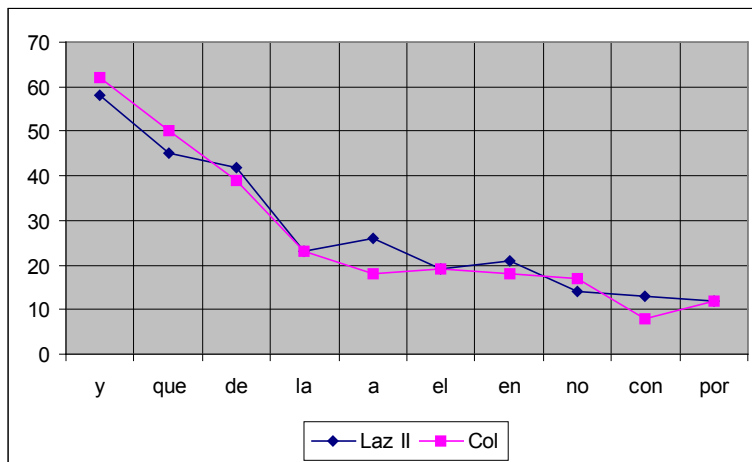


Gráfico 3.1.1

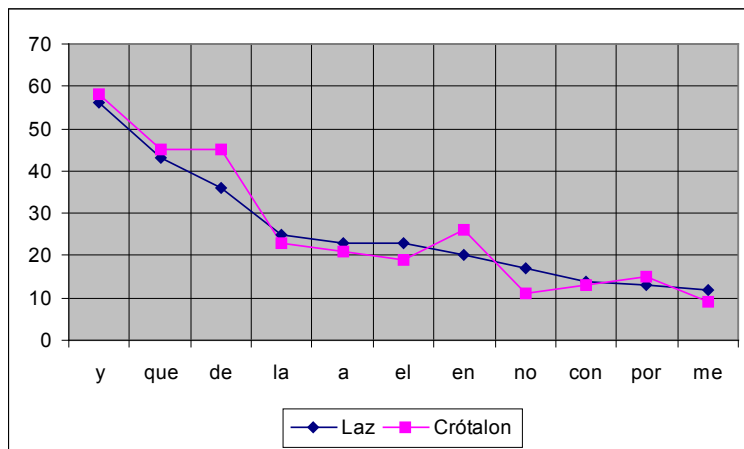


Gráfico 3.1.2

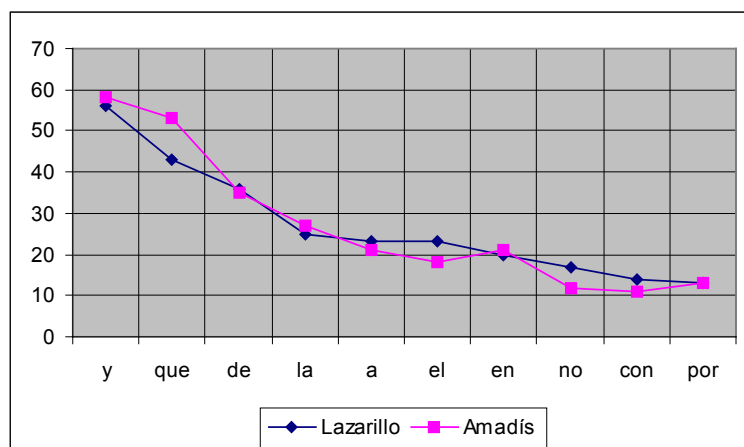


Gráfico 3.1.3

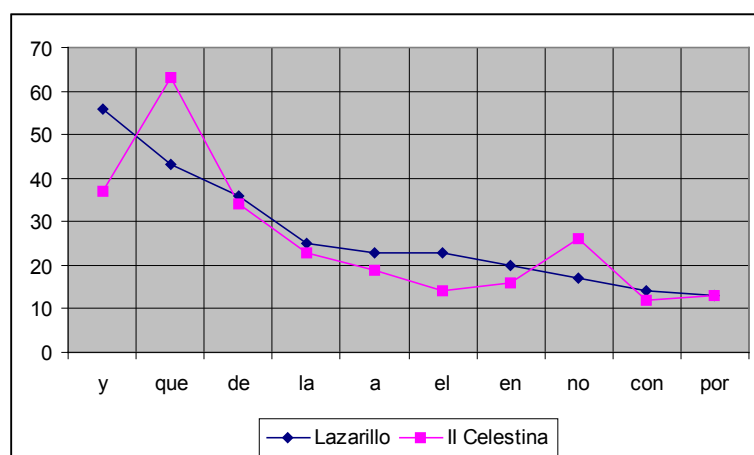


Gráfico 3.1.4

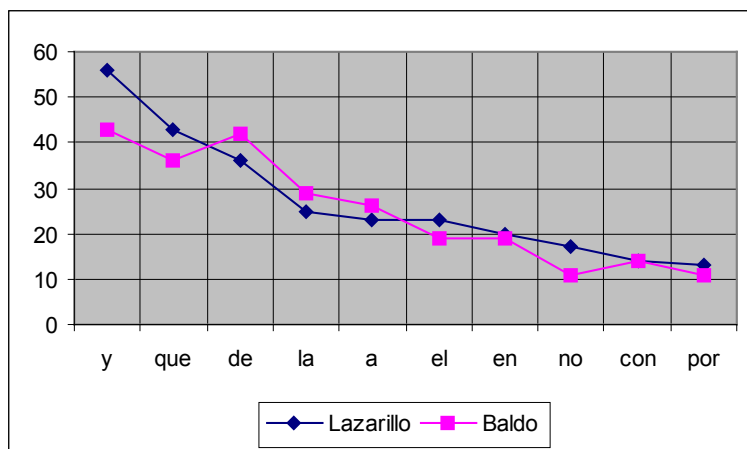


Gráfico 3.1.5

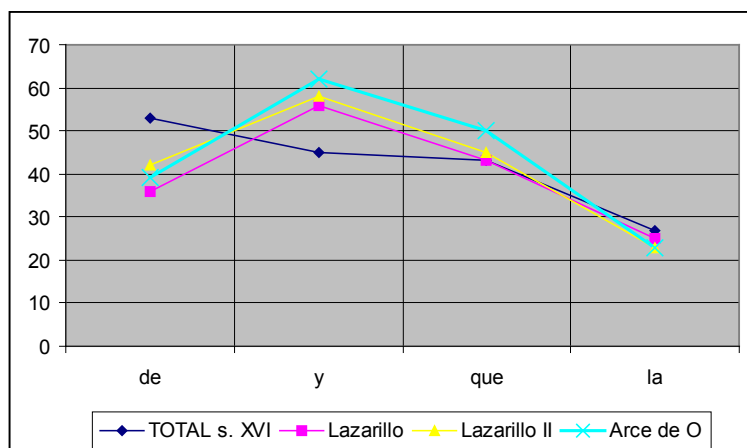


Gráfico 3.2

Atribuciones

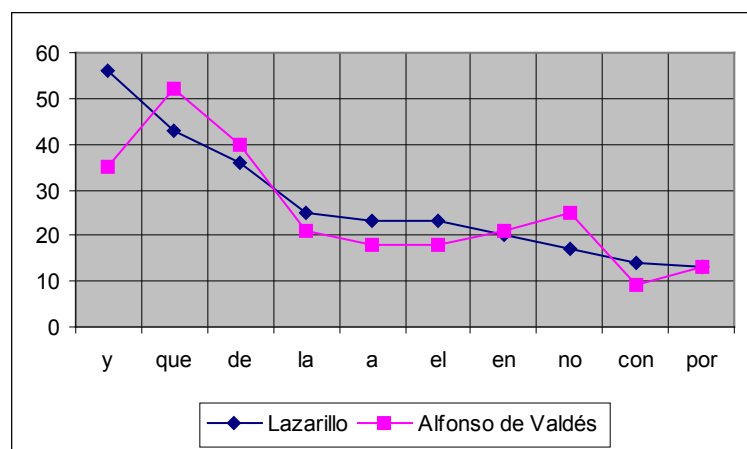


Gráfico 4.1

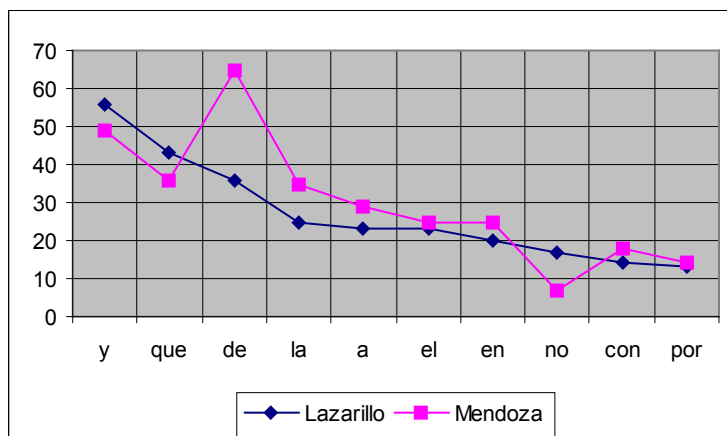


Gráfico 4.2

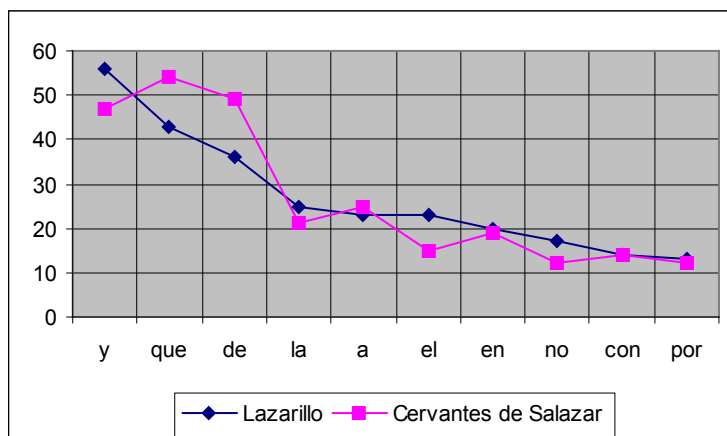


Gráfico 4.3

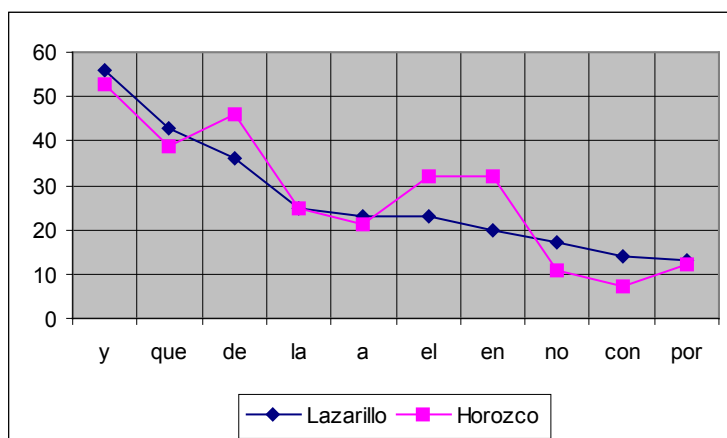


Gráfico 4.4

Los guzmanes

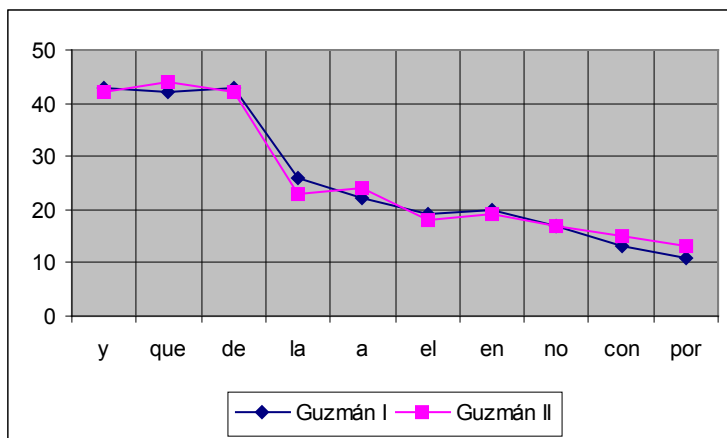


Gráfico 5.1

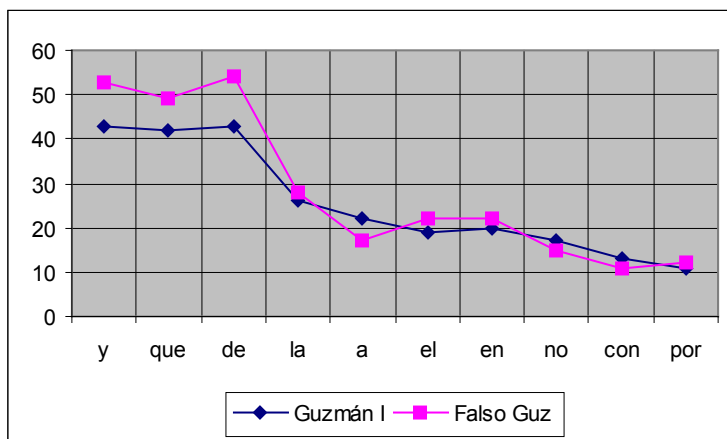


Gráfico 5.2

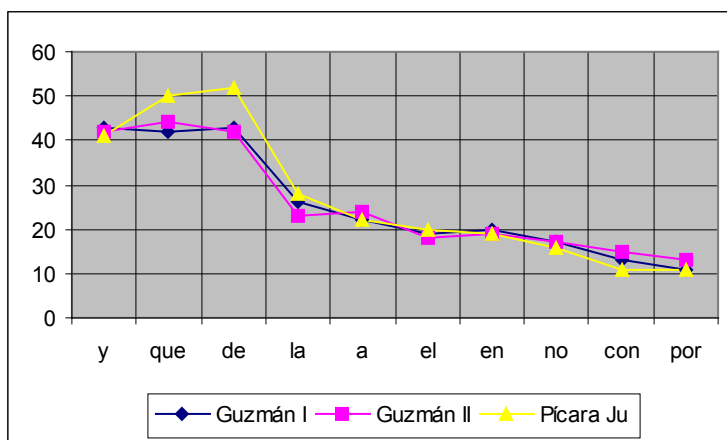


Gráfico 5.3

Antonio de Guevara

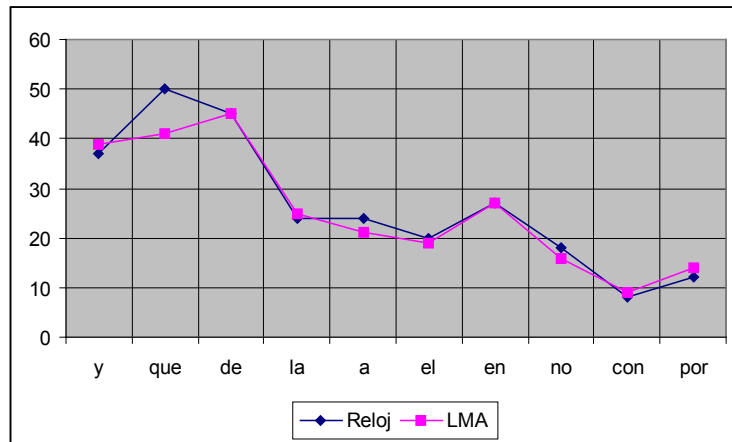


Gráfico 6.1

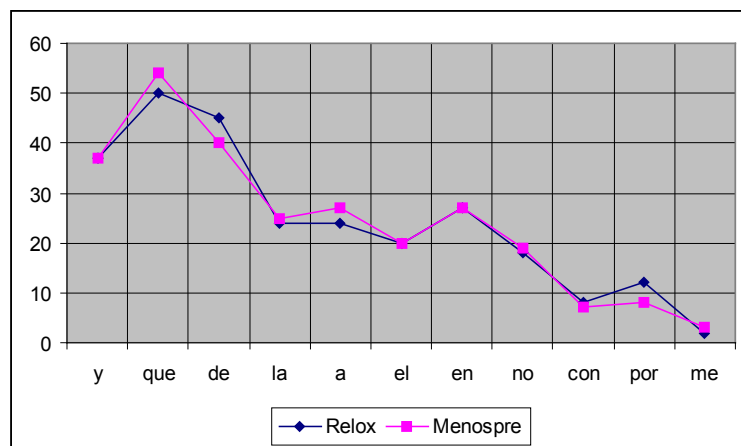


Gráfico 6.2

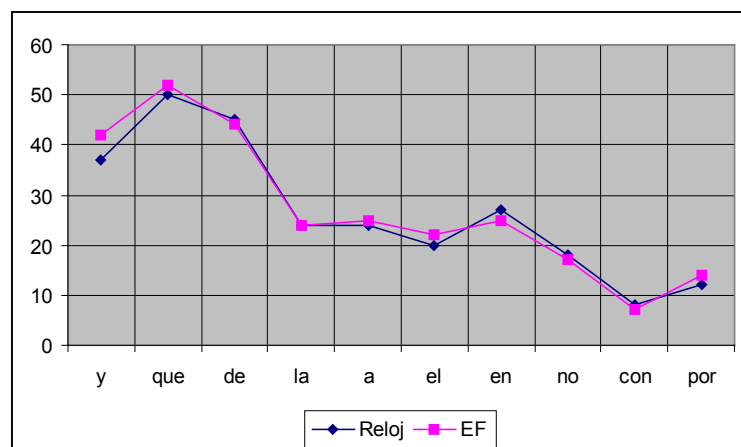


Gráfico 6.3

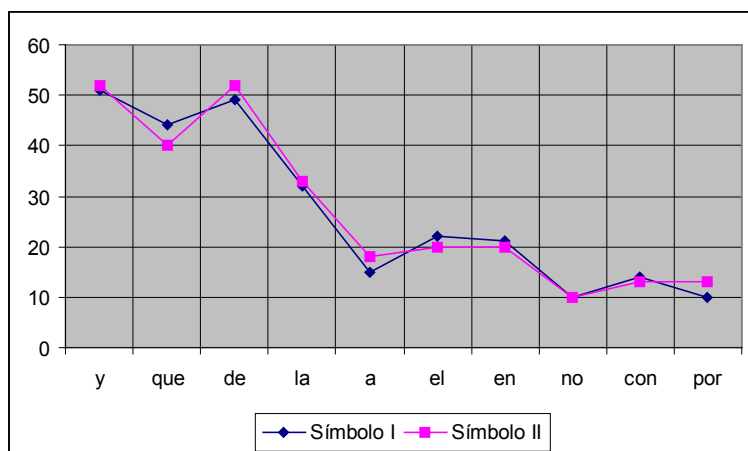
Fray Luis de Granada

Gráfico 7.1

Apéndice III

Prólogo y Tratado I

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades	Algunas veces me acuerdo de la vida pupilar y de sus fortunas y me muero de risa de los tormentos y naufragios que en ella se pasan
pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade	¡Ya habéis hallado algo que os agrade!
Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»	como dice Plinio el Mozo: «no hay libro tan malo que no tenga algo bueno»
Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes».	A este propósito dice Tulio en el libro tercero <i>De oratore</i>
«¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!»	Honradamente lo ha hecho el buen viejo
parescióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona	por tomar el agua de su nacimiento, no lo quise pasar sin comenzar por estas niñerías de la niñez.
... porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto	como la ganaron los padres, la podrán ganar los hijos e descendientes, si fueren virtuosos; y si no lo fueren, la que heredaron será para su confusión y condenación
preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí.	y así le salió a buen puerto su confianza, ella se fingiría preñada y tomaría el parto por suyo
achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas	¿ Qué aprovecha? , que roban estas mesoneras sin sentir, y sacan la sangre dulcemente, como sanguijuelas, con amores y buenas razones y servicios de pelillo
Espero en Dios que está en la gloria	Sin dubda que ese tal está en la gloria , si tuvo paciencia para sufrir eso
Mi viuda madre... determinó arrimarse a los buenos, por ser uno dellos	pues por eso dicen « Llégate a los buenos y serás uno dellos».
Éste algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana	Quizá se venía al olor de la comida y a ver el regocijo Y Vero Antonio andaba por los bodegones y tabernas..., y a la mañana se iba a sentar con pompa imperial
Respondió él riendo: ¡Hideputa!	Respondió el tío, medio reyendo
«¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mesmos!»	Al otro lado ha de estar un hombre pintado que huye de otros y de sí, para significar que los letrados han de huir del tráfago y conversación de la gente, y aun de sí mesmos ¿No dijistes el día que hablamos de los locos que no había cosa más dificultosa que conocerse a sí mesmo?

y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba,	Y cuando otra cosa no haya, coma el trabajo de sus manos y no la sangre de los pobres
No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto	Ahora no me maravillo de los letreros y armas y vanidades y blasones que se usan en el mundo... cuando una mujer pecadora como ésa tanto deseó dejar memoria de su persona y deshonesto vivir. Consolaos con Jesucristo Nuestro Señor, que, con ser Dios, se quejaba de otro tanto y decía
porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo:	Pero, con miedo de las amenazas , no osaré probar la fruta si no me hacen la salva de allá dentro Ellos, con miedo , dijeron que sí harían Veisme aquí lavado y peinado, que las podría pedir de almorzar, como niño , sino que he miedo que nos manden primero ir a misa.
hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí.	no se escusó del mandado de su padre
Al triste de mi padrastro	El triste del opositor
Por no echar la sogá tras el caldero	Y no sería mucho ir la capa tras la espada, como soga tras el caldero
la triste se esforzó y cumplió la sentencia	atados a la triste de la higuera y cumplí la sentencia por espacio de tres semanas
Y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas	Sólo por escusar este peligro , me parece que no me osaría casar. Bien hizo don Alonso Manrique, hijo del conde de Osorno, que por <u>librarse de malas lenguas</u> que nos metamos oidores en Valladolid o Granada y nos quitemos (de) malas lenguas y de malas residencias
y allí, padesciendo mil importunidades	sufriendo importunidades de todos y viviendo siempre tan enfrenados
En este tiempo vino a posar al mesón un ciego	y veamos misa, con protestación de que, aunque pase por aquí cien veces no <u>posaré en esta posada</u> más en toda mi vida...
diciéndole cómo era hijo de un buen hombre,	y así, para decir que uno es cornudo suelen decir: «Es un buen hombre ». PALATINO Una cosa es ser buen hombre, otra ser hombre de bien. Si, por malos de mis pecados, me acaesciese tal desastre, no ternía paciencia ni cordura para disimular.
y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre	y que con esto saldría hombre de bien y tendría de comer
un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer	Y aun devoto y humilde , como aquel que ha de consagrar y recibir a Dios

Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.	En lo primero, decía que averiguado estaba que un abogado famoso como ladrón ganaba más en diez años que un oidor en treinta...
	Pero, con todo eso, sabe mucho más en un año que un canonista en tres .
	mandan ellas solas más en un día que sus maridos en todo el año
	... la tierra holgada abundantemente frutifica y da más en un año que la muy cansada en tres
... no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.	Ésa es otra falta que faltaba de acusar, que es grande y muy común
ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio	sé que os han de engañar en más de la mitad del justo precio
Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha	deben de tener virtud atractiva para atraer el dinero, como la piedra imán el acero
	ese podían engastar en paja larga y lana basta
	les puso delante un haz de pajas de centeno atado
y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábase entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbré que teníamos	a cada una hincaba el suyo descuidadamente en el almohadilla, y al tiempo de contar hallábala tan estrellada como el cielo por enero.
	Y otro día, fingiendo ser otro caminante, le alquiló una cámara
	a la vuelta gastó de la del triste compañero
No diréis, tío, que os lo bebo yo - decía -, pues no le quitáis de la mano.	No diréis hoy que soy perezoso y dormilón, que ya tengo los caballos...
Tantas vueltas y tientos dio al jarro que halló la fuente y cayó en la burla	¡ Ya cayó en los amores y en la burla!
Y aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el maltratamiento que el mal ciego dende allí adelante me hacía	En mi vida supe pulla, y aunque la supiera, no me daban lugar para ello, según las voces y trisca que metían
Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña	murió estotro año de otra tal hazaña .
Santiguándose, los que oían, decían:	... santiguándose otra vez, dijo
-¡Mirá, quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad!	¿ Quién pensara de aquel mozo, que le tenía por un sancto, que había de hacer tal bellaquería?
Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo».	Alléganse al refrán antiguo «Bene oculis, bene scrinio».
Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro	fue necesario desatarla y lavarla con vino para que volviese

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes.	Solón, con celo de su patria, acordó de hacer ciertos versos desusados disimuladamente Si desto os contentáis, yo os quiero hacer un gran banquete esta noche, pues ha de ser la última cena de nuestra comedia Mayor sospecha será desdeciros por contentarme
Sentámonos en un valladar	nos podremos sentar en aquella sombra de aquel valladar
Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas dél tanta parte como yo	Agora quiero probar y entender el mundo, para que, si fuere flaire, lo sepa todo bien aunque usaran conmigo la misma liberalidad y luego ordenó el rey que de ahí adelante diesen a la iglesia de Santiago tanta parte de la ganancia de los moros como a un caballero
Yo haré lo mesmo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño.	No se digan más lástimas en ese punto, que de ambas partes no habrá engaño ni peligrará nadie
Hecho <u>ansí</u> el concierto, comenzamos;	Hecho este concierto , acordó el criado nuevo de ir al corregidor a pedirle que mandase soltar a su amo y a quejarse
Como vi que él quebraba la postura	no digáis que no cumplo la postura
no me contenté ir a la par con él,	Por tal le aprendí yo, y no me contenté con saberle en latín, sino volverle en romance
Lázaro, engañado me has.	Engañado me habéis...
¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.	¿Y sabéis en qué lo veo? Que vos solo sois en quien ser pequeño está tan bien que ser grande os fuera feo.
noté mucho la discreta consideración del ciego.	Pero aunque ésta es discreta consideración para perder algún pavor, no creo que basta para el todo
dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaescieron, y quiero decir el despidiente y, con él, acabar	En burlas y donaires hizo él algunas muy agudas y graciosas . De aquí a la posada os quiero decir dos o tres que se me acuerdan. La primera fue al doctor Villalobos
queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.	Licofrón, hijo de Sófocles gramático, fue también poeta griego, muy obscuro en sus tragedias, y vino a morir por sus deméritos destripado de una estocada.
pensando también llevar parte de la longaniza,	no quería el camello ayudar a llevar parte de la carga
Alteróse y dijo	ella, que estaba inocente de todo, se alteró y dijo
Alguno estaba ahí y por burlar haría esto	Y ella, por sacudirse dél o por burlar , díjole una vez que quería ver al doctor
Yo torné a jurar y perjurar	juraba y perjuraba que no lo consintiría
como debió sentir el huelgo, a uso de buen podenco	Y si no lo tenéis de vuestro, que busquéis como podenco

Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta;	Cuando esto oyeron, fue muy mayor la risa de todos . y fue tan grande la risa, que nos caímos ... podrémonos quedar allí esta noche y mañana, hasta ver la fiesta...
mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír.	Esto decía el fraile con tan buen donaire que, aunque era crueldad, nos finábamos de risa. Y tenía tan buena gracia en contarlo que nos daba placer, aunque teníamos lástima dél. ni las burlas quitan la gravedad a las veras, ni las veras vayan sin alguna gracia y donaire... estaba tan maltratado como él
y, no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda	y tras esto entra la demanda y no podéis negarla
y, con el vino que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta	Y tras el temblor, le vino calentura y tan gran desmayo que fue necesario desatarla y lavarla con vino para que volviese
Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos	¡Pardiez, mucho agua bendita gasta este vuestro clérigo! hagan a un pobre estudiante tanto de costas como él gasta en medio año
Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso	Así no saldré yo mentiroso , que dije que no haríades grandes excesos en el gasto
Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia.	Lo segundo se parece en una piedra cuando cae de alto: cuanto más baja, va más recia
Acojámonos a la posada con tiempo.	Yo me doy por satisfecho, acójámonos a la posada , que ya se va el fresco pasando en sereno.

Tratado II

fuime a un lugar que llaman Maqueda,	Aquel lugar de allí es Palacios de Meneses, que llaman ellos Aulis, y el otro... es Monte Alegre, que llaman Monte jocundo
Finalmente, el clérigo me rescibió por suyo	él le recibió por señor y amo

<p>No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era o lo había anejado con el hábito de clerecía.</p>	<p>mas yo os digo que el estado que a mi condición cuadra más es éste que tengo comenzado de ser clérigo. No sé si es porque fue el de mi padre, o porque ya estoy puesto en él, o por haber visto la buena vida que pasan estos clérigos en estas misas nuevas</p> <p>Y él (no sé si de ver desfavorecida la hija o por el amor que me tenía) la cobró tanta afición</p> <p>Vuestra merced tiene de su cosecha tan buen aire y semblante que no ha menester avisos</p> <p>éste sólo sin ella, porque le están anexados cuantos achaques y males y dolencias hay en la tierra (A de O)</p> <p>había tomado el hábito de religión</p>
<p>algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran</p>	<p>comieron ocho años de <u>las migajas que sobraron de la mesa</u> de sanct Bartolomé</p>
<p>con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo.</p>	<p>Eso será de las que se cantan en la iglesia o se rezan en el breviario, que de las escuelas, maldita la cosa</p>
<p>que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.</p>	<p>Yo holgara que el favor se os hobiera hecho a vos o, a lo menos, que os cupiera parte, por que me consolara con el refrán</p> <p>Holgárame que estuviera aquí muerto de hambre y no comiera más de con la vista.</p>
<p>si por malos de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.</p>	<p>Si, por malos de mis pecados, me acaesciese tal desastre...</p> <p>No me pongáis tasa tan presto, que aún no he comido dos tajadas</p>
<p>Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más.</p>	<p>Con todo eso, el portero tuvo poca caridad e más gracia de la que fuera menester</p>
<p>Mejor vida tienes que el Papa. «Tal te la dé Dios», decía yo paso entre mí.</p>	<p>A lo menos, si las monjas tienen muchos ratos como el de esta tarde, mejor vida tienen ellas que las casadas</p> <p>esta vida es suerte; Dios nos la dé buena para salvarnos</p>

<p>A cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre.</p>	<p>en los días de regocijos o banquetes que había bebido más de lo acostumbrado, no podía sosegar las piernas.</p> <p>Tras esto, le subió al coro y le mostró las sillas y los libros iluminados, y el pobre no se podía tener en pies, de flaco</p> <p>Entendamos agora en comer, que he miedo no se me pase la gana, de pura hambre</p> <p>Démonos priesa, que se me afloja la cinta y se me acorta el vivir, de pura hambre.</p>
<p>todavía, aunque astuto, con faltalle aquelpreciado sentido, no me sentía</p>	<p>ya los sentidos están tan sin sentido y tan botos y estupecidos que ninguna cosa sienten</p>
<p>Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaron.</p>	<p>No basta justicia ni bastaría un alcalde de corte a remediarlo si Dios no lo remedia</p>
<p>... mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía.</p>	<p>Bien parecía ése obispado de burlas, que para los de veras ¡bendito Dios!, ninguno hay que se escuse, antes todos salen a ofrecerse como Esaías</p>
<p>Bailábanle los ojos en el caxco como si fueran de azogue</p>	<p>Otros hay loquetes y livianos de cascos, que saltan como azogue y se arrojan de presto a cada cosa</p>
<p>... el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador</p>	<p>Creo que pensábades que era la caridad que se da en vuestra tierra al acompañamiento de los mortuorios.</p> <p>... deseaba llegar a alguna venta o lugar para hacerle honra y darle de beber a costa del muerto, como se usa entre ellos</p> <p>no hay sciencia que no cueste gran trabajo si no es la del Simónide Luciano, que se aprende holgando, comiendo y bebiendo y tomando placer a costa ajena</p>
<p>y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción,</p>	<p>Por eso decía el otro vizcaíno Cantero al cura cuando le daba el santísimo sacramento y le preguntaba por los artículos, como suelen</p>
<p>Y cuando alguno de éstos escapaba, Dios me lo perdona,</p>	<p>Dios me lo perdona, que ya la tenía olvidada.</p>
<p>pues si deste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenescer?»</p>	<p>Cuando el primero y tan fácil se guarda al revés, ¿qué será de los otros?</p>
<p>el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios</p>	<p>y yo soy el ángel enviado por Dios para libraros</p>
<p>Tío, una llave de este arte he perdido</p>	<p>A ser todas las mujeres de este arte</p>
<p>y en dos credos le hice invisible</p>	<p>en un credo me veréis en calzas y en jubón</p> <p>hacían invisible al que la traía</p>
<p>mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos</p>	<p>a la verdad un legista, como lleva el estómago hecho a manjar delicado, no puede tomar gusto en aquellos capitulazos</p>

en aquella cara de Dios, que así dicen los niños	y lo que viniere, para todos sea, como dicen los niños
no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir	No se echaría de ver la falta , segund la sobra es mucha
añadiendo la ración del trabajo de mis manos	Ayúdanse del trabajo de sus manos
pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería	Lo que habéis dicho debe caer en los ruines estudiantes, y los buenos deben pasar la lacería por todos
tocándolos muy ligeramente, a uso de esgremidor diestro	dicen que ha de ser diestra como esgremidor
noche y día estaba pensando la manera que ternía en substentar el vivir.	Démonos priesa, que se me afloja la cinta y se me acorta el vivir , de pura hambre con sólo el dormir se puede sustentar la vida mucho tiempo
y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados de el rey de Francia.	A mí no bastaría ese cuidado ni otro mayor para quitarme el sueño ni el comer, ni aun a encanecerme, porque ya me he visto en otros y tengo tan ancho el corazón que no se congoja de nada que ya dicen que de nuestra moneda paga el turco y rey de Francia sus campos y ejércitos en aquel tiempo se debía tener por más honesto ir tapadas
Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche	y a Penélope , que esperó diez años a Ulises, destejendo de noche lo que había tejido de día
quien quisiera propriamente della hablar, más corazas viejas de otros tiempos que no «arcaz» la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.	puédenle poner más tachas que a unas corazas viejas y otras mil tachas y tachuelas con que le martirizan
En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe de ser, sin dubda.	Pues yo me acuerdo haber oído allegar al propósito Ya puede ser que fuese algún gato o comadreja, o alguna zorra o erizo, que suelen andar por estas aldeas a cazar gallinas.
la tenía tan hecha bolsa que me acaesció tener en ella doce o quince maravedís, todo en medias blancas	y voy tan hecho a holgar que no he de poder ni de saber volver a trabajar A mí me acaesció caminar docientas leguas sin mojarme y un día que por no parar no la oí, con hacer el día claro y sereno, como hoy, vino un turbión con que pensé perecer de agua y tempestad
el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave	como un seto o atajo que atraviesa por lo hueco de los pechos

Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba y conoció el daño que me había hecho	andándole tentando, le pareció que no era él en el aire y aliento, y en ver que callaba; y para certificarse, tentó el gorjal de la camisa para mirar a la mañana en él, y las manos y la ropa
aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba.	la llave de su entendimiento no hace a mi puerta o cerradura como la vuestra, porque tiene diferentes guardas
aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena	Algo más me valiera haberme quedado con vos, aunque fuera en Villalar, y haberme metido en el vientre de la ballena , como el profeta Jonás
la cabeza toda emplastada y llena de aceites y unguentos	adrezá vuestro rostro con ungüentos y afeites le pone ungüentos suaves y blandos y aceites refrigerativos. Así el amigo no ha de dejar triste y amargo a su amigo, sino untarle el casco después de descalabrado , y regalarle y meterle en burlas y cosas que le den placer y gusto.
No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.	No es posible sino que ha de haber también muchos ciervos No es posible sino que vos habéis sido enamorado desta vieja, que tantas ganas tenéis de verla
Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada	Placera a Dios que sea así

Tratado III

<i>Lazarillo</i>	<i>Coloquios</i>
y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo	y poco a poco , juego a juego, llegamos cerca de media noche y es gran contentamiento llevar honra con ayuda de buenos y a pesar de ruines encomiéndase a Dios y a las buenas gentes yo no pienso hacer más que rezar vísperas y completas y dar conmigo en la cama...
topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden.	Veisme aquí lavado y peinado , que las podría pedir de almorzar.. ... S. Ambrosio dice que los que andan a compás , blanda y compuestamente imitantur histrionicos gestus et statuarum notantium motus. El buen andar y meneo no ha de ser afectado ni compuesto, sino grave y honesto, con un descuido natural, ni espacioso ni acelerado, porque lo primero arguye condición perezosa y remisa, y lo segundo, livianidad.
que aún no eran dadas las ocho	Las nueve son dadas en el reloj de acá

Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él,	Y quiso Dios que en el camino se entró en una iglesia a hacer oración y descansar, y durmióse
comenzamos a ir por una calle abajo.	Agora nos podemos ir por esa calle abajo .
Y yo le di más larga cuenta que quisiera	Con lo que he oído les daré bien larga cuenta
Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras	A medianoche os mostrarán la cámara , tan limpia como el tinelo y tan desnuda que no terná mesa ni banco ni silla ni candelero ...
También, en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean.	No hayáis miedo de ser capeado ni maltratado... Nosotros, toros somos y no nos osarán capear
- Señor, de mí - dije yo - ninguna pena tenga Vuestra Merced, que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.	agraciédmelo y no tengáis pena, que yo sé que no daremos pesadumbre y que seremos bien recibidos
«Si por esa vía es - dije yo entre mí -, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero, en mi desdicha, tenella toda mi vida.»	Si por alguna vía fuese posible desengañarlos Extremadamente me contenta esa regla más que cuantas he oído a Alderete. Yo la propongo de guardar de hoy más...
y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice, mas maldito el sueño que yo dormí...	Si vos fuérades buen camarero, no os habíades de echar en la cama de vuestro amo, sino en otra a sus pies
porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse	Mejor migajón debía de tener esa señora que mi vecina, que dice su marido que para buscarla en la cama no ha menester sino dar una puñada en la ropa, porque luego suenan los huesos , como cuando el sastre la da en el tablero para buscar las tijeras. O como el otro caballero que, por ser su mujer muy flaca, juraba: «¡Por los huesos de mi mujer!»; y decía que de noche y cuando no podía dormir rezaba rosarios por los huesos del espinazo
- Lázaro, mirá por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar.	No hay que subir, que en este aposento bajo está por eso, mirá no os hurten alguna Sentémonos donde estemos cerca del ofertorio, por que veamos la ofrenda de vuestro beneficio y no os hurten algo della; aunque creo que no habrá quien ofrezca
- ¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de lana.	¿ Veísla ahí? Ésa es Yo me obligo mañana de cumpliros de justicia de lo uno y de lo otro
o a lo menos camarero que le daba de vestir	Llamemos los mozos que suban una luz y nos den de vestir
¿Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama,	Hecho esto, se vuelve a su casa contento o descontento, según va satisfecho de sí , porque no hay nadie que mejor entienda si ha contentado o no que él mismo, quia constientia mille testes
Grandes secretos son, Señor, los que Vós hacéis y las gentes ignoran!	Grandes secretos hay en todas las cosas
fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes,	encomiéndase a Dios y a las buenas gentes

Y así Él me ayude como ello me parece bien	Tal sea mi vida como eso me parece bien
«Este - decía yo entre mí - es pobre, y nadie da lo que no tiene	Pues ahí, ¿qué es menester, más de alegar el capítulo «O, Duardus», y el refrán de Bártulo: « Mal da qui no ha »? Al que no tiene , el rey le hace franco.
¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré!	Maldito sea el diablo y el primero que estos juegos inventó, que debe de ser el mismo, según los diabólicos efectos que dellos se siguen!
¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer...?	«¿ Quién pensara de aquel mozo, que le tenía por un sancto, que había de hacer tal bellaquería?»
y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos se hacía servir de la halda del sayo?	Vámonos a lavar a aquella fuente que allí fuera está y llévennos un pañó de manos . mas así no tengo con qué, sino con lavarme con estos manteles
¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debéis Vós tener por el mundo derramados, que padescen por la negra que llaman honra lo que por Vós no sufrirán!.»	Harta mala ventura es que tengamos tan poca devoción que no suframos de una hora arriba la palabra de Dios y suframos tres o cuatro horas arreo de liviandades y ruines conversaciones y burlas
y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer	y en un credo me veréis en calzas y en jubón, y de allí arriba, hasta que no me falte hebillata
vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres	Por esto no se repudiaría hoy ninguna, que todas salen cubiertas rebozadas . No sé cuál es peor. PINCIANO Lo que se tiene por tal: en aquel tiempo se debía tener por más honesto ir tapadas; hoy se tiene por mejor ir descubiertas.
Y, como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió.	¿ Qué les parece a vuestras mercedes qué Macías está hecho el señor mi compañero...? . Y por ésta no me moriré de amores ni le diré más dulzuras ni le pediré que me abrace... Y lo que a mí más me convence es aquella carta que Ovidio escribió a Tiberio César
no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar	Veisme aquí lavado y peinado, que las podría pedir de almorzar , como niño, sino que he miedo
y comenzó a turbarse en la plática	después que llegó a los umbrales comenzó a turbarse y querer volver atrás
Ellas, que debían ser bien instituidas	yo le tengo (la capa) por la cosa más decente y bien instituida

<p>y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero vecino</p>	<p>Yo querría venir más a ser bohonero y andar con una caja o vender pajuelas y veinte y cinco alfileres al maravedí que venir a ser uno desos catarriberas que amohinan a Dios y al rey y a la gente menuda. Con uno déstos se pudiera desafiar el otro soldado, que dicen que pidió campo a otro no más de por que le amohinaba.</p> <p>PALATINO.- Ellos bien se mudan, <u>mas por eso no les ayuda Dios mucho.</u></p> <p>PINCIANO.- Harto es que no les cubra moho y que no se les coman las garnachas de polilla, según las traen al aire.</p> <p>PALATINO.- No se las coman ellos de hambre.</p> <p>PINCIANO.- <u>Dios les remedie,</u> que por cierto es piedad ver la manada dellos que sigue al presidente, como de aviones.</p>
<p>Eres mochacho - me respondió - y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien.</p>	<p>Yo no siento mal de la honra sino de los que la desean desordenadamente</p> <p>Aunque en el día de hoy, en el caudal están muy menguados y en la verdad muy faltos y quebrados...</p> <p>«Pues habemos comunicado las bolsas y todo el caudal, justo es que comuniquemos los caballos y mudemos sillas</p>
<p>Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada; ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.</p>	<p>no reconocen superior, sino a Dios y al Rey</p> <p>Y daquí dize el mismo Casaneo que el que dice «yo soy tan hidalgo como el rey o como el duque o conde» dice mal et <i>infert iniuriam illis: quia sicut dignitas capit augmentam et diminutionem, ita et nobilitas</i> y como el rey y los grandes del rey no sean más antiguos y conocidos por su sangre y linaje que otros simples hidalgos no les pueden decir con razón ni verdad los más modernos que son tan hidalgos como ellos y diciéndoselo <i>quodammodo fierit illis iniuria</i> como se les haría teniéndoles las armas y blasones, <i>ita in eisdem terminis dicit Cassaneus, ubi supra, loquendo in nobilibus Franciae, qui (ut dixi) appellantur gentilez homez, quod si tales dicant «je sui gentilez homez comme le roy», dicunt mendatium et inferunt regi iniuriam, et idem de aliis magnatibus...</i> (De nobilitatis, Granada, 1553, fol. 17r.)</p>

<p>— ¡Mira mucho de enhoramala! — dijo él —. A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de «Beso las manos de Vuestra Merced», si el que me habla es caballero.</p>	<p>En hora mala se haga, y en mal punto!</p> <p>Eso es de personas de poca arte.</p> <p>Y por esa razón dicen mal los que dicen: «Beso pies y manos de vuestra verced».</p> <p>PALATINO ¿Adónde deprendistes esos primores?</p> <p>PINCIANO En una lección de Quintiliano, y en los avisos cortesanos del obispo de Mondoñedo.</p>
<p>dieciséis leguas de donde nací, en aquella Costanilla de Valladolid</p>	<p>podrán leer y entender la carta, aunque esté muchas leguas de donde se escribiere</p> <p>Qué cosa es ver un día de Corpus Cristi aquella Costanilla y las otras calles y ventanas, que semejan las moradas de los dioses!</p>
<p>Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra</p>	<p>Pero todavía, por lo que toca a la honra de la iglesia, habiades de proveer que no la diga sino clérigo de orden sacro</p>
<p>Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no, «Anda con Dios», os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos; y las más y las más ciertas, comido por servido.</p>	<p>Y si se calienta la conversación, os rogarán que tañáis una pavana y que la dancéis, y os harán jugar a las malillas. Y el pobre galán ha de representar todas estas personas, como en farsa, y oír y ver y callar y pasar por todo</p> <p>«Andá con Dios, no os toméis conmigo, que siempre he traído mi cara descubierta y sin vergüenza».</p> <p>Debíasele de cumplir el plazo de algún pagamento y no quiso faltar su palabra</p> <p>Comido por servido, de una vez se hartan y ceban para muchos días (Arce de Otálora)</p>
<p>Ya cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria.</p>	<p>Lo que habéis dicho debe caer en los ruines estudiantes, y los buenos deben pasar la lacería por todos</p>
<p>muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro</p>	<p>y que no le engañase, porque él sabía conocerla tan bien como cuantos corredores había</p>
<p>Si riñese con algún criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado;</p>	<p>a ratos, entre las burlas y blanduras, reprehenden unas faltillas menudas, encareciéndolas secretamente como si fuesen grandes</p> <p>aun hoy en día hay en esta letra ciertos puntillos que hacen que se lea así o así</p>
<p>Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría</p>	<p>y otros mil secretos de este jaez que, como digo, no se causan de amistad ni de inclinación natural</p>
<p>saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos</p>	<p>Tampoco tengo por tacha tener dos caras, que así las tiene el dios Jano... y los buenos ducados de a dos</p>

Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuime a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.	me pusieron tres tachas y me probaron las dos, y agora hube miedo que no me probasen la tercera, que bastara para llevarme a la hoguera
Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas a estotra puerta...	Quiso Dios que antes que se cumpliese el tercio se alzó el cambio y quebró, y concurrieron todos los acreedores a cobrar sus dineros y deudas
- Sin duda - dicen ellos - esta noche lo deben de haber alzado y llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está.	Holgóse y maravillóse dello, y calló y fuese a él y díjole: «Señor, bien me ha salido cierto lo que vuestra merced me dijo, que el cambio donde tenía mi dinero se ha alzado y agora no hay de qué pagar , ni los acreedores primeros consienten que se defalquen las deudas, sino que de lo que hubiere les paguen primero.
Allá van todos cinco dando voces. No sé en qué paró.	Y al tiempo de la residencia, allá va todo , rocín y manzanas y garnachas Querría saber en qué paró el pleito y por cuál colegio se dio la sentencia
Creo yo que el pecador alfámar pagara por todos;	Es una vida de gitanos, donde el opositor es el conde y paga por todos .

Tratado IV

Hube de buscar el cuarto amo, y éste fue un fraile de la Merced	han de buscar marido y las casadas guardar los que tienen Y por que no me digáis más, os digo que los de la Merced comenzaron en tiempo del rey don Jaime de Aragón
Éste me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días, ni yo pude con su trote durar más.	Yo me espanto cómo no se quiebran los pies y las manos de los golpes que se dan, y cómo no rompen cada fiesta unos zapatos y borceguíes (A de O) Y fue así que los dos se concertaron que el preso le recibió allí por su criado y le prometió de dar zapatos y de comer su ordinario, a fuer de Salamanca, y le mudó el nombre y se llamó Ramírez
Y por esto y por otras cosillas que no digo, salí dél.	y que por esto y por otras mil razones, él no quería estudiar ni ver libro Y por esto y por estar tan cerca de Valladolid, enían aquí los caballeros presos

Tratado V

el más desenvuelto y desvergonzado y el mayor echador dellas que jamás yo vi, ni ver espero ni pienso que nadie vio	Creo que allí vi un medio sacristán, que es el que se muestra más gracioso y desenvuelto , y dicen que ha de predicar mañana un sermón incestuoso y profano y echar unas bulas . Por salir uno de vergonzoso no ha de venir a ser desvergonzado , y por no ser atado desenvuelto no ha de llegar a chucarrero
---	--

porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.	es una de las invenciones sutiles del mundo
una lechuga murciana, si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdinales.	... mandóla comer de un ave y que cenase unas lechugas y unas peras ; y cumpliólo y hallóse bien dello, porque comió de un pato y cenó de una ensalada y dos o tres peras verdinales Dejemos los peces y tomemos sendas peras , y dejemos la mesa a los mozos Pongamos aquí un par de duraznos y váyanse ellos a comer... ... mandaba que la esposa no se viese con su esposo sin que primero le enviase un melocotón o membrillo
y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.	Los provechos y daños della dejémoslos por agora, que son largos de contar . Pues para quitaros ese escrúpulo, os diré muchas otras por las cuales os probaré que no solamente es lícito, pero necesario holgarnos estas vacaciones Si ello pasó así, fue donoso el cuento, y de reír
En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni a mi ver tenían intención de se la tomar.	si ellos tomaban la bula , qué se echaría en oración y lo conjuraría de arte que no estuviese más allí
Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo	Entrad y ved; las que yo sé las hallaréis tan hermosas y humildes que perderéis el enojo
El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón	y acordó de subirse al púlpito y dijo su tema
Buenos hombres, oídme una palabra, que después oiréis a quien quisieredes	Ésas me dad vos a mí, y los huevos, a quien quisieredes
El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito y, puestas las manos y mirando al cielo, dijo así:	y con el mismo hizo una cruz en la pared y se hincó de rodillas ante ella y pidió a Dios con lágrimas... Y juntando las manos a la luz y alzando los ojos al cielo, dijo Y en acabando de beber, mirando al cielo, dijo
En lo que a mí toca, yo lo perdono, no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a Ti hecha te suplico y por justicia te pido no disimules	Lo que a mí toca remediado está, que yo no os diré baldón ni afrenta ninguna. Yo os perdono la afrenta por que me perdonéis la palabra. Ellos no saben lo que hacen y nosotros somos obligados a creerlos y obedecerlos
que si es verdad lo que aquel dice	siempre se sienten menos, si es verdad lo que dicen

Unos decían: «El Señor le socorra y valga». Otros: «Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio». Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin hartó temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente	... unos decían que se guardase la antigüedad de cada colegio...; otros decían que antes se había de probar primero lo del Colegio de S. Bartolomé.. Otros replicaban que si aquello era lo mejor y más anejo se debía guardar para la postre.... En fin , fue la cuestión tan reñida que acordaron de la poner en suertes; y quiso la ventura que cupo la primera al Colegio de S. Bartolomé...
y a todos daba las manos llenas	quien esto buscare que aquí le den las manos llenas
El señor comisario... los miró y miró al delincuente y a todos los que alderredor estaban y muy pausadamente les dijo	Él los miró , y rodeó el de su compañero y dijo ...
vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado	y sacan tan buenos y señalados discípulos que se han señalado en el rostro, por señalarse en el juego
comienza una oración no menos larga que devota	Hízolo así, y estando junta la gente, el bueno del predicador comenzó su oración y exorcismo, mandando al cuervo de parte de Dios que se fuese. Tenerlas pensadas de antes y hacer una oración larga , como la de S. León Papa, o la de la emparedada
con la cual hizo llorar a toda la gente,	le increpó hasta hacerle llorar de vergüenza y corrimiento
como suelen hacer en los sermones de Pasión de predicador y auditorio devoto, suplicando a Nuestro Señor	Si yo fuera buen retórico, había de buscar un gran exordio para este auto, como se hace en los sermones de pasión , y proseguirle muy enteramente
pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento	pues Él no quiere la muerte del pecador , sino que se convierta y viva
Y a tomar la bula hubo tanta priesa que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella	si ellos tomaban la bula , qué se echaría en oración y lo conjuraría de arte que no estuviese más allí
Y, aunque mochacho, cayóme en gracia	Cayóle tanto en gracia a Agosto aquella réplica...
«¡Cuántas destas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!	¡Cuántas cosas calla y disimula un pobre en perjuicio de la virtud y verdad, por no osar defenderlas!

Tratados VI y VII

un capellán della me recibió por suyo	y él le recibió por señor y amo
Éste fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida	Yo me maravillo cómo una pecadora destas puede venir a alcanzar tanto caudal con sola su persona
Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez	antes querría que de lo necesario me sobrase algo para la vejez ...
declarar a voces sus delitos; pregonero, hablando en buen romance.	En buen romance me queréis dejar! dejando estas filosofías aparte y hablando en romance castellano de las tejas abajo
si Lázaro no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho	Ellos hacen cuenta que con ser ricos alcanzan toda la honra y virtud
Porque allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido...	porque allende de ser honrada , no es verde, que ya ha sido otra vez casada y estará como leña seca, curada y tresnada...

<p>aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces- hablando con reverencia- de Vuestra Merced</p>	<p>En un lugar del conde de Aguilar vi yo traer una a la vergüenza por justicia, porque había parido y andaba en motila</p> <p>a la cual amó Júpiter y parió dél un niño</p> <p>No debe de haber cincuenta años, y hasta ellos dice la ley que puede parir, como parió su mujer del emperador Enrico</p>
<p>Mirá, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar.</p>	<p>no me digáis</p> <p>Yo no tengo por buen hombre a quien tal sufre</p> <p>si se lo daban de buena gana, hacían placer al huésped, y si de mala, por hacerle pesar y enojo</p>

